

# ASCETIKÓN

VIDA Y DOCTRINA  
DE LOS PADRES DEL DESIERTO



Isaías de Gaza

LOGOS 1 Normas para los hermanos que viven con Isaías. ....	1
LOGOS 2 Del abad Isaías: sobre el espíritu, según su naturaleza.....	3
LOGOS 3 Reglamento de los novicios. ....	5
LOGOS 4 Sobre la conciencia de los que viven en la celda. ....	9
<i>Exhortación a seguir la conciencia</i> .....	14
LOGOS 5 Sobre los preceptos seguros y la edificación de los que desean vivir en concordia unos con otros. ....	19
LOGOS 6 Sobre aquellos que quieren estar en concordia y se guardan para discernir lo que les violenta y no perder el tiempo en esclavitud y servidumbre amarga, los cuales persuaden a sus corazones en lo que no les conviene y les aparta de sus pecados.....	24
LOGOS 7 Sobre las virtudes. ....	26
LOGOS 8 Apotegmas. ....	30
LOGOS 9 Preceptos para los que se retiran del mundo. ....	35
LOGOS 10 Otros apotegmas.....	37
LOGOS 11 Sobre el grano de mostaza.....	38
LOGOS 12 Sobre el vino.....	39
LOGOS 13 Sobre los que han combatido y concluyeron.....	41
LOGOS 14 Sobre la práctica del duelo.....	44
LOGOS 15 No le es posible al hombre amar a Dios y amar al dinero (Mateo 6,24). ....	46
LOGOS 16 Del mismo: sobre la alegría que tendrá el alma que quiere ser sumisa a Dios. ....	48
LOGOS 17 Sobre los pensamientos en el trabajo.....	56
LOGOS 18 Sobre la ausencia de rencor.....	61
LOGOS 19 Sobre las pasiones.....	64
<i>La presencia del Espíritu Santo, signo de la muerte de las pasiones</i> .....	64
<i>La alegría de aquellos que llevan a Cristo como la Virgen María</i> .....	64
<i>El alma, novia del Señor</i> .....	65
<i>Exhortación</i> .....	65
LOGOS 20 Sobre la humildad. ....	67

LOGOS 21 Del mismo: sobre la penitencia, le preguntaba al abad Pedro; los dos caminos.....	68
LOGOS 22 Sobre la obra santa del hombre nuevo. ....	78
LOGOS 23 Del mismo: sobre la perfección. ....	84
LOGOS 24 Del mismo: sobre la impasibilidad (I).....	89
LOGOS 25 Al abad Pedro, su discípulo. ....	90
LOGOS 26 Sentencias .....	109
LOGOS 27 Del abad Isaías: sobre la impasibilidad (II).....	114
LOGOS 28 Sobre las ramas de la malicia. ....	119
LOGOS 29 Lamentaciones. ....	125
LOGOS 30 Palabras de los Ancianos, recogidas por el mismo. ....	134
<i>Poimén y sus hermanos: condiciones de la convivencia pacífica .....</i>	<i>134</i>
<i>Condición de la visita del Espíritu Santo.....</i>	<i>135</i>
<i>Conversaciones entre monjes .....</i>	<i>135</i>
<i>Vigilancia y duelo .....</i>	<i>135</i>
<i>Del abad Agatón: evitar la familiaridad .....</i>	<i>136</i>
<i>Delicadeza de conciencia del abad Agatón .....</i>	<i>136</i>
<i>Muerte del abad Agatón.....</i>	<i>137</i>
<i>Del abad Agatón: vigilancia y trabajo corporal .....</i>	<i>137</i>
<i>Del abad Agatón: el trabajo de la oración.....</i>	<i>137</i>
<i>Retrato del abad Agatón.....</i>	<i>137</i>
<i>El abad Sisoés.....</i>	<i>138</i>
CONCLUSIÓN .....	140

## LOGOS 1

### Normas para los hermanos que viven con Isaías.

Vosotros que deseáis vivir conmigo, escuchad, en el nombre de Dios. Que cada uno de vosotros permanezca en su celda en el temor de Dios; no menospreciéis vuestro trabajo por el mandato del Señor, y no seáis negligentes en vuestra meditación ni en la oración continua; guardad vuestro corazón de pensamientos extraños; no penséis acerca de cualquier hombre o asunto de este mundo. más bien examinad asiduamente en qué tropezáis y esforzaos por ir rectos, clamando a Dios con dolor de corazón, con lágrimas y mortificación, y así os perdone y os guarde, para que no caigáis más en las mismas cosas; teniendo cada día la muerte delante de los *ojos* (*Eclesiástico 28,6*), preocupándoos por vuestra salida del cuerpo, por cómo pasaréis ante las potencias de las tinieblas (*Colosenses 1,13*) que saldrán a vuestro encuentro en el aire (*1 Tesalonicenses 4,17*), y por cómo haréis el encuentro con Dios sin dificultad (*Filipenses 1,10*); observando con anterioridad el día terrible del juicio y la retribución de las obras, palabras y pensamientos de cada uno de nosotros (*Romanos 2,5s*); en él os lo pida. Cada semana trabajad en el temor de Dios, sin abandonar la meditación. Que nadie entre en la celda de su hermano, ni queráis veros antes de tiempo. No vigiléis el trabajo del otro, para ver si tu hermano trabaja más que tú o viceversa. Cuando salgáis para realizar un trabajo sin importancia, no habléis de cosas vanas (*Mateo 12,36*), no tengáis ninguna familiaridad, sino que cada uno, en el temor de Dios, realice su trabajo y su meditación en secreto, recogido en sí mismo. Cuando termine la reunión o cuando os levantéis de la mesa, no os sentéis a hablar unos con otros ni palabras de Dios ni palabras del mundo, sino que cada uno entre en su celda para llorar por sus pecados. Si hay quien necesite hablar, que hable poco, con humildad y contención, pensando que Dios le observa (*Hebreos 4,13*).

No os querelléis unos con otros en nada, ni habléis nada contra nadie: no juzguéis ni despreciéis a nadie con la boca o de corazón; no critiquéis a nadie en ningún momento; que la mentira nunca salga de vuestra boca (*Apocalipsis 14,5*). No queráis hablar ni escuchar nada que no os ayude (*Hebreos 13,9*). No tengáis malicia en vuestro corazón, ni odio ni envidia hacia el prójimo. Que nunca haya una cosa en vuestra boca y otra en vuestro corazón, pues nadie se burla de Dios (*Gálatas 6,7*): *Él* ve todo, tanto lo oculto como lo manifiesto (*Hebreos 4,13*). Todo pensamiento, toda tribulación, toda voluntad vuestra, todo lo que hayáis de soportar, no lo ocultéis, sino decídselo con libertad a vuestro *abba* y lo que él os diga esforzaos en hacerlo con fe.

Atended: no os descuidéis al observar mis preceptos; si no. perdonadme, no dejaré que estéis conmigo. Si vosotros los guardáis en secreto y abiertamente, yo hablaré a Dios por vosotros (*Hebreos 13,17*), pero si no los observáis, Dios os pedirá cuentas por vuestra negligencia y a mí por mi inutilidad. Al que guarde

mis preceptos, tanto en secreto como abiertamente, Dios lo preservará de todo mal y lo protegerá en toda tentación (*2 Pedro 2,9*) que le sobrevenga, ya sea en secreto o abiertamente.

Os exhorto, hermanos míos: conoced por qué habéis salido del mundo y preocupaos por vuestra salvación, de forma que vuestra renuncia no sea en vano (*1 Tesalonicenses 3,5*) y no seáis confundidos ante Dios ni ante aquellos que han renunciado al mundo por Dios, ni ante los santos que así se han distinguido. Por tanto, la ausencia de querellas, la mortificación, la humildad, retener con ciencia (*2Corintios 6,6*) tu voluntad en todo, no confiar en tu justicia (*Lucas 18,9*), sino tener siempre presentes los propios pecados, engendrarán en ti constantemente las virtudes. Aprended que el ocio, la abundancia y la vanagloria echan a perder todos los frutos del monje.

## LOGOS 2

### Del abad Isaías: sobre el espíritu, según su naturaleza.

Deseo que conozcáis, hermanos míos, que en el principio cuando Dios creó al hombre, lo puso en medio del *Paraíso* (*Génesis 2,15*), en posesión de sus facultades sanas y según su naturaleza, pero cuando el hombre dio crédito a aquel que le hizo caer (*Génesis 3,13*), todos sus sentidos se cambiaron en contra de su estado natural, y el hombre fue privado de su *gloria* (*Romanos 3,23*).

Nuestro Señor Jesucristo, a causa de su gran amor, tuvo misericordia del género humano (*Tito 3,5*), y el Verbo se hizo carne (*Juan 1,14*), es decir, vino a ser un hombre perfecto en todo, como nosotros en todo, excepto en el pecado (*Hebreos 4,15*), para volver lo que estaba cambiado conforme a la forma del estado natural de su santo cuerpo. Teniendo misericordia del hombre, lo devuelve al Paraíso y lo coloca en medio de aquellos que lo esclavizaron y le da los mandamientos para vencer a quien lo había expulsado de su gloria (*Romanos 3,23*); así nos muestra un servicio santo (*Santiago 1,27*; *Romanos 12,1*) y una ley pura, de manera que el hombre permanezca en adelante conforme a la naturaleza en la cual Dios lo había creado.

Quien desee alcanzar este estado natural, que reprima todas las concupiscencias de la carne (*Efesios 2,3*) para mantenerse dentro de la conformidad con su naturaleza.

Cuando aparece naturalmente el deseo en el espíritu, si no es según Dios, no hay caridad; por eso Daniel fue llamado "*varón de deseos*" (*Daniel 9,23*). A este deseo el Enemigo lo ha transformado en deseo vergonzoso, para desear todo lo impuro. En el espíritu aparece de forma natural la envidia, y si no es según Dios (*Romanos 10,2*), no hay crecimiento, según lo que ha escrito el Apóstol: "*Aspirad a los carismas superiores*" (*1 Corintios 12,31*). Pero en nosotros, esta envidia según Dios ha sido cambiada a un estado en contra de la naturaleza, de forma que nos envidiamos unos a otros y, envidiándonos, nos mentimos (*Colosenses 3,9*). La cólera aparece en el espíritu conforme a su naturaleza; sin cólera no habría pureza en el hombre, sin irritarse contra todo lo que el enemigo siembra en él (*Mateo 13,25*); como Fineas, hijo de Eleazar, que en su cólera mató al hombre y la mujer, y cesó sobre su pueblo la cólera de Dios (*Números 25,75*).

Pero en nosotros la cólera ha sido transformada para que nos irriteamos contra nuestro prójimo a causa de motivos insensatos e inútiles (*1 Timoteo 6,9*). En el espíritu, de acuerdo con su naturaleza, hay un odio, y cuando Elías lo encontró, mató a los profetas de la impiedad (*1 Reyes 18,40*); del mismo modo Samuel mató a Agag, rey de Amalec (*1 Samuel 15,33*), pues sin odio hacia el Enemigo el honor no se manifiesta al alma (*2 Pedro 1,4*). Pero en nosotros el odio se ha transformado en contra de su naturaleza y hace que odiamos a

nuestro prójimo y lo despreciemos; este mismo odio es el que expulsa a todas las virtudes.

De su naturaleza surge en el espíritu concebir pensamientos de orgullo contra el Enemigo; quien lo encuentra, como Job, insulta a sus enemigos y les dice: *"Viles y despreciables, faltos de todo bien, que yo no considero dignos ni de los perros de mi casa"* (Job 30,4).

Pero en nosotros esta concepción de pensamientos de orgullo contra los enemigos fue cambiada; así, hemos sido humillados delante de ellos y nos enorgullecemos unos contra otros, nos provocamos mutuamente, nos tenemos por más justos que nuestro prójimo y con este orgullo Dios llega a ser enemigo para el hombre (*Santiago 4,4-6*): He aquí cómo lo que había sido creado en el hombre, cuando comió de la desobediencia (*Génesis 3,7; Romanos 1,26*) se transformó en pasiones impías (*Santiago 4,4-6*). Esforcémonos, bienamados, por abandonarlas y así adquirir lo que nos muestra nuestro Señor Jesucristo en su santo cuerpo, pues Él es santo y habita en los santos (*Levítico 11,44s*).

Cuidemos nosotros mismos aquello que complace a Dios (*Efesios 5,10*) y, según nuestras fuerzas, realizando nuestra obra y sopesando nuestros miembros, de forma que estén conformes con su naturaleza, encontremos misericordia en la hora de la tentación que sobrevendrá a todo el universo (*Apocalipsis 3,10*), implorando sin cesar a su bondad que su auxilio venga en ayuda de nuestra bajeza y nos salve de la mano de todos nuestros enemigos (*Salmos 30,16*). Él es la fuerza, el auxilio y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

## LOGOS 3

### Reglamento de los novicios.

Primeramente tenemos necesidad de la humildad en todas las cosas, estar dispuestos ante toda palabra que oigamos y ante toda obra para decir: "perdóname": en efecto, por la humildad se destruye todo lo que pertenece al adversario. No te enaltezcas en ninguna acción, para no ser atribulado por tus pensamientos. Que tu rostro aparezca serio, pero dulce ante los hermanos de fuera, para que el temor de Dios esté en ti.

Si vas por el camino con los hermanos, aléjate un poco para estar en silencio. No mires de un lado a otro, sino medita en tus pensamientos o reza a Dios en tu corazón.

En el lugar donde llegues no te comportes con familiaridad, sino sé reservado en todo. Extiende la mano ante lo que te presenten para comer. Como eres joven, no oses tender la mano para poner algo en la boca de otros. Cuando vayas a acostarte, no te recubras bajo la manta con otro, sino haz muchas oraciones en tu corazón antes de dormirte.

Si te has cansado en el camino y quieres que te friccione con un poco de aceite, haz que sólo te friccione los pies, con vergüenza de descubrirlos: pero que tu cuerpo no sea friccioneado por nadie, excepto en caso de necesidad o por enfermedad. Cuando estés en tu celda y un hermano de fuera venga a tu lado, haz con él lo mismo, fricciónale los pies y dile: *"por caridad, toma un poco de aceite y derrámalo sobre ti"*. Si no desea descansar, no le molestes; pero si se tratara de un anciano trabajador, insiste hasta que lo unjas todo entero.

Cuando estéis sentado a la mesa con los hermanos, no digas: *"buen provecho"*, sino haz memoria de tus pecados a fin de que no comas con concupiscencia. Tiende la mano solamente hacia ti, y si hay algo delante de otro, no tiendas la mano hacia él.

Que tus vestiduras te cubran los pies y que tus rodillas estén juntas una contra otra. Si hay extraños en la mesa, dales lo que necesiten con amabilidad y cuando hayan terminado de comer diles dos o tres veces: *"por caridad, comed algo más"*. Cuando estés comiendo, no vuelvas el rostro hacia tu vecino, no mires de acá para allá y no hables de cosas vanas (*Mateo 12,36*). No tiendas la mano hacia lo que deseas sin antes decir: *"bendito sea el Señor"*.

Cuando bebas agua, no hagas ruidos con la garganta como las gentes del mundo. Cuando estés sentado con los hermanos, si tienes que escupir no lo hagas delante de ellos: levántate y hazlo afuera. No estires el cuerpo cuando otros te vean. Si tienes ganas de bostezar, no abras la boca y el deseo desaparecerá. Cuando eructes, que nadie oiga el ruido. No abras la boca riendo, pues es señal de que no tienes temor.



No desees nada de tu prójimo cuando lo veas, ya sea su túnica, su cinturón e su hábito, y no llesves a cabo tu deseo haciéndote algo semejante. Si te haces un libro, no lo adornes, pues sería para ti una pasión. Si cometes una falta en algo, no mientas por vergüenza, sino que haces una penitencia y dices: *"perdonadme"*, y la falta pasará.

Si alguien te dice una palabra dura, que no quede airado tu corazón contra él, sino ayúdate con una penitencia antes de murmurar en el corazón; de lo contrario, la cólera vendrá a ti con rapidez. Si en algún asunto has sido calumniado, no te enfurezcas, haz una penitencia y di: *"perdonadme, no lo liaré más"*, ya conozcas el asunto o lo ignores. En efecto, todo esto es motivo de crecimiento para la juventud.

Si haces un trabajo con las manos, no seas negligente, hazlo en el temor de Dios, para que no peques por ignorancia. Todo trabajo de tus manos, cuando lo aprendas, habla al que te lo enseña y no tengas reparos en decirle: *"por caridad, dime si está bien o no"*. Si un hermano te reclama cuando estás trabajando, mira a ver qué es lo que quiere y haz lo que desea abandonando tu trabajo.

Cuando termines de comer, ve a tu celda y haz tus deberes, no te pares a hablar de cosas inútiles para ti. Si están los Ancianos hablando de la Palabra de Dios, diles: *"¿me quedo con vosotros o voy a mi celda?"*, y haces lo que ellos te digan.

Si tu *abba* te envía afuera por un asunto, dile: *"¿Dónde quieres que vaya, qué necesitas?"*, haz lo que él te diga sin añadir ni quitar nada (*Deuteronomio 13,1*). Si escuchas algo cuando estás fuera, no lo retengas ni, al volver, se lo digas a otro; si guardas tus oídos, tu lengua no pecará. Si quieres algo y aquel con el que vives no lo quiere, anula tu voluntad por él, para que no disputéis los dos y él no se apene.

Si vas a vivir con un hermano como huésped, no le ordenes nada ni quieras ser el jefe. Si habitas con los hermanos, no desees igualarte a ellos en sus palabras. Si te mandan algo que tú no quieres, lucha contigo mismo por hacerlo para no afligirlos.

Si vives con un hermano y te dice: *"cocíname cualquier cosa"*, respóndele: *¿qué quieres que haga?*; si te deja elegir y dice: *"haz lo que quieras"*, cocina lo que encuentres, con temor de Dios. Si vivís juntos unos con otros y hay un trabajo poco importante para hacer, hacedlo entre todos y no escatimes tu cuerpo.

Cada día, al levantarte por la mañana, antes de hacer tu trabajo, recita las palabras de Dios. Si hay algo para arreglar, una canasta, un cántaro o cualquier otra cosa, hazlo con celo y sin negligencia. Si alguna cosa tiene retribución, que tu hermano lo haga contigo y no lo envidies. Si hay un pequeño trabajo y uno dice a su compañero: *"vete, hermano mío, trabaja en otra cosa, esto lo haré yo solo"*, escúchale: el que escucha es el superior (cfr. *Mateo 23,11*).

Si un hermano de fuera llega a tu casa, salúdalo con rostro amable y lleva su equipaje con alegría; cuando se marche actúa de igual forma. Que tu saludo hacia él sea en humildad y temor de Dios, de modo que no se ofusque; guárdate de preguntarle nada de aquello que no te sea útil, sino hazle rezar y cuando esté sentado, dile: *"¿cómo estás?"*; termina aquí tus palabras y dale un libro para que lo lea. Si viene cansado, hazle descansar y lávale los pies. Si te habla con palabras que no te convienen, exhórtale con caridad: *"perdóname, pero soy débil y no puedo aguantar eso"*.

Si es débil y sus vestidos están sucios, lávalos; si es un simple y sus vestidos están rotos, arréglalos. Si es un ambulante y giróvago y tienes hombres fieles en tu casa, no le dejes entrar junto a ellos, pero dale algo por misericordia y caridad de Dios. Si es un hermano que está de paso en nombre de Dios y llega a tu casa para descansar, no apartes tu rostro de él, recíbelo con alegría, junto con los fieles que están contigo. Si es un mendigo, no lo despidas de vacío, sino dale la bendición que Dios te ha dado, sabiendo que lo que posees no es tuyo: es un don venido de Dios.

Si un hermano te deja algo, no lo abras para saber qué es, estando él ausente; si es algo valioso, dile: *"déjalo a mi cuidado"*. Si sales fuera a casa de alguien y tu anfitrión te deja solo, no alces la cabeza para examinar los objetos que hay en la casa, ni abras nada, ni ventanas, cajas o libros; pero cuando vaya a salir, dile: *"dame algo de trabajo hasta que vuelvas"*, y lo que te encargue hazlo sin negligencia.

No alabes sino aquello que en verdad hayas visto; lo que hayas escuchado, no lo cuentes como si lo hubieses visto. No desprecies a nadie por su actitud. Si te levantas para ir a orinar y te sientas para hacer tus necesidades, no seas negligente, sabiendo que es Dios quien te ve (*Hebreos 4,13*).

Cuando estés en tu celda para hacer el oficio, no seas despreciativo con tu negligencia, no sea que irrites a Dios en lugar de honrarlo. Permanece quieto en el temor de Dios, no te apoyes en la pared ni descanses tus pies poniendo uno sobre otro, como hacen los necios, ni dejes que tu corazón divague a su voluntad, para que Dios reciba tus sacrificios (*1 Pedro 2,5*).

Si salmodiáis juntos, que cada uno haga sus oraciones, pero si está con vosotros un extraño, pedidle con caridad que él haga la oración, e insistid dos o tres veces sin acritud. En el momento de la ofrenda, lucha contra tus pensamientos y que tus sentidos se mantengan en el temor de Dios, para que seas digno de los misterios y de que el Señor te sane. No permitas que tu cuerpo se envilezca en la abundancia, así la vanagloria no te alcanzará.

Que el joven no abandone su cuerpo a la displicencia, pues esto es lo que le conviene. Que el joven no lleve nunca vestidos hermosos hasta que alcance la edad de hombre, esto es para él una ayuda. Sobre el vino, que se limite a tres vasos en caso de necesidad. Que nunca descubra los dientes al reír y que su rostro mire hacia abajo con pudor. Cuando se prepare para dormir, que apriete su cintura y se abstenga de introducir las manos bajo la ropa, pues el cuerpo

tiene pasiones que el corazón complace (*Mateo 15,19*). Si alguno tiene que salir, que use las sandalias; mientras esté en la celda, que no se las ponga.

Cuando vayas caminando, pon las manos junto al cuerpo y no las dejes sueltas como hacen las gentes del mundo. Cuando camines con un superior, no lo precedas. Mientras un superior esté de pie o hablando con alguien, no le hagas de menos ni te sientes: permanece en pie hasta que él te diga lo que debes hacer.

Si vas a una ciudad o un pueblo, que tus ojos miren hacia abajo, para que no suscites contra ti combates en tu celda. No duermas en casa de alguien donde tu corazón pueda pecar.

Si te dispones a comer en un lugar donde supones que va a ir una mujer, no te quedes; mejor es que apenas al que te invitó que fornicar ocultamente en tu corazón (*Mateo 5,28*). En cuanto a los vestidos de las mujeres, si es posible ni los mires. Cuando vayas por un camino, si una mujer te saluda, respóndele en tu corazón, permaneciendo con la mirada en el suelo. Si caminas con un Anciano, no lo dejes que lleve su equipaje; pero si os encontráis con dos jóvenes, dáselo para que lo lleven un rato \_y el que vaya con el equipaje que os preceda.

## LOGOS 4

### Sobre la conciencia de los que viven en la celda.

Si estáis en camino y va entre nosotros un débil, hacedle ir delante de vosotros y si quiere sentarse que lo haga. Si sois jóvenes y os encontráis fuera para la ablución y para comer, decidid antes qué vais a hacer, para que cuando llegue la hora de la ablución no os turbéis; pero si uno entra el primero en la celda, que el otro entre detrás de él.

Si preguntas aun Anciano sobre un pensamiento o descúbreselo con libertad si sabes que es fiel y va a guardar tus palabras. Si oyes hablar de las faltas de tu hermano, no las digas a nadie, eso supone la muerte para ti. Si la gente habla de pensamientos que aún no has combatido, no quieras oírlos, para que no te hagan la guerra. De noche fuéstrate a hacer muchas oraciones, ya que la oración es luz para tu alma. Cada día examina en qué has pecado: si pides por tus pecados, Dios te los perdonará.

Si un hermano critica con violencia a los hermanos delante de ti, con vergüenza y sin pecar contra Dios, dile con humildad: *"perdóname, hermano mío, soy un miserable: lo que dices es mío y no lo puedo soportar"*. Si un hermano te hace un mal y alguno le critica delante de ti, guarda tu corazón para que el mal no se avive en ti, acuérdate de tus pecados ante el Señor a quien tú pides que te perdone y no devuelvas el mal a tu prójimo (*Romanos 12,17*).

Si vas fuera con hermanos que son inferiores a ti, hónralos como superiores. Si llegas a casa de tus amigos, hazlos pasar delante de ti en todo, ya sea en la ablución o en la comida, y no hagas como si hubiesen sido recibidos por tu causa, sino hónralos y diles: *"a causa de vosotros me han hecho este bien"*. Si vas de camino con un hermano y te paras en casa de un amigo tuyo para hablar de un asunto y dices a tu hermano: *"siéntate aquí"*, y luego tu amigo te invita a comer, que no entre nada en tu boca antes de llamar a tu hermano para que repose contigo. Si vas de camino con muchos hermanos y te da apuro llevarlos a casa de un amigo por su número, no los hagas de menos ni te vayas a comer dejándolos, sino considera con ellos lo que se debe hacer y lo que ellos digan escúchalo con humildad. Cuando vayas con ellos no te consideres igual a ellos ni evites los trabajos serviles. Si vas afuera y deseas ir junto a un hermano, y él no quiere recibirte, cuando lo veas en el camino o venga a tu casa sin que lo sepas, trátalo con bondad.

Si oyes que alguien ha hablado contra ti y te lo encuentras en alguna parte o viene junto a ti, ten presencia alegre y sé amable con él según tu posibilidad. Pero no le digas nada de lo que escuchaste ni le preguntes: *"¿por qué has dicho esto?"* Pues está escrito en los Proverbios: *"Quien se acuerda del mal es impío"*.

Si sois hermanos y vais a casa de un hermano pobre, no lo atormentéis con vuestra necesidad, adquirid lo que necesitéis para comer, de modo que sobre; a vosotros os bastará el cobijo que habéis encontrado. Si vas a casa de ancianos que conoces y se encuentran contigo hermanos que ellos no conocen, no tengas familiaridad con los Ancianos delante de ellos, sino déjales tu lugar a los que llegaron contigo para que hablen. Si viven junto a ti hermanos, vigila lo que escuchen de ti, sabiendo que tú darás cuenta a Dios por ellos (*Hebreos 13,17*). Si has salido al extranjero por el Señor, no te mezcles con los hombres del lugar al que vas ni tengas conversaciones con ellos, pues de otra forma, mejor sería para ti haberte quedado con los hombres de tu raza según la carne. Si vas a la montaña para estar con los hermanos de los monasterios, quédate con aquel a quien vas a ver y no te marches a ver a otro sin decir al que visitas: "*¿puedo ir o no?*". Si él no está conforme, no le perturbes hasta que salgas de su lado. Si coges una celda en un lugar desconocido para ti, no hagas muchos amigos, te es suficiente uno solo en caso de enfermedad, así no destruirás la virtud de ser forastero. Si procuras socorrer a un pobre, no lo llames para que haga contigo el trabajo, para que no pierdas la ganancia que has hecho con él. Si entras en un monasterio que desconoces, quédate donde te han dicho que te sientes y no entres en ninguna celda hasta que alguien te invite. Si estás en silencio dentro de tu celda, no te quedes ningún objeto que te haga quebrantar el mandato de un hermano si te lo ha pedido en préstamo (*Mateo 5,42*), posee sólo lo necesario de lo que tengas y lo demás distribúyelo para no estar turbado; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la *gehenna* (*Mateo 5,29*).

Si has dejado a tus familiares según la carne para ser extranjero por causa de Dios, no permitas que su añoranza entre en ti cuando estés en tu celda; al lamentarte por tu padre o tu madre, recordando el cariño de un hermano o hermana, o la ternura por los niños (*Mateo 19,29*), o la atracción hacia una mujer en tu corazón, a quienes has abandonado, ten presente tu paso necesario por la muerte, y que ninguno de ellos te ayudará en ese momento: ¿por qué no abandonarlos por la virtud?

Si estás retirado en tu celda y te acuerdas de uno que ha hablado mal de ti, ponte en pie y ora a Dios (*Mateo 5,44*) de todo corazón que él sea perdonado y el pensamiento de devolverle el mal se irá de ti. Si vas a recibir los misterios de la ofrenda, vigila bien todos tus pensamientos para que no recibas tu condenación (1 *Corintios 11,34*). Si eres tentado por una imaginación carnal en la noche, guarda tu corazón para que durante el día no consideres cuáles eran los cuerpos de las imágenes, de modo que no te ensucies por ese deseo y que no penda sobre ti la cólera (*Efesios 5,5s.*; *Colosenses 3,5s.*), sino apóyate en el Señor de todo corazón (*Salmos 54,23*) y *Él* te ayudará, pues tiene misericordia con la fragilidad del hombre (*Salmos 110,4*; *Santiago 5,11*).

Si practicas la ascesis, que tu corazón no confíe en que ella te guardará, sino di a tu pensamiento: *"por la mortificación de mi cuerpo, Dios ha escuchado mi misericordia"*.

Si alguien te insulta, no le respondas, espera a que se calme; si te examinas encontrarás lo que has escuchado de él; compungido, haz penitencia como si tú hubieses pecado y la bondad divina os acogerá de nuevo.

Si vas de camino con los hermanos y entre ellos hay uno al que amas en el Señor, no muestres familiaridad con él a la vista de los demás, por temor a que haya un débil entre ellos y le provoques envidia, pues serás tú quien llevarás su pecado al darle ocasión para pecar. Si vas a casa de alguien, no esperes ser acogido con mucha alegría; si te reciben, da gracias a Dios. Si te has puesto enfermo estando en tu celda, no te deprimas, sino da gracias a Dios. Si ves que tu alma está turbada, dile: *"¿no es esto mejor para ti que la gehenna a la que vas a ir?"*. Y ella se calmará. Si vas a casa de los hermanos y uno te dice: *"yo no hallo reposo aquí, quiero vivir contigo"*, no le des ocasión para no escandalizar a los demás. Pero si te dice: *"mi alma está muerta por un asunto secreto"*, dale la oportunidad de huir sin permitirle que viva contigo.

Todo pensamiento que te combata no tengas reparo en revelárselo a los Padres, y encontrarás el descanso. En efecto, disimular los pensamientos es motivo de alegría para los demonios.

Cuando estés retirado en tu celda, pon medida a lo que comes y da a tu cuerpo lo necesario para que se mantenga cuando hagas el oficio, así no desearás salir fuera. No comas nada por placer, tanto cosas buenas como malas. Cuando salgas de tu celda, no des a tu cuerpo todo lo que encuentres deleitable hasta que se sacie, para que quiera volver a la celda y no se traicione a sí mismo. En efecto, toda cosa desordenada viene del enemigo.

Si los demonios persuaden a tu corazón a realizar una ascesis por encima de tus fuerzas, no les escuches, pues ellos incitan al hombre a hacer cosas que no puede, hasta que cae en sus manos y ellos se burlan de él. Pues toda cosa del enemigo es desordenada.

Come sólo una vez al día y da lo necesario a tu cuerpo, para que cuando termines todavía estés con apetito. Tu vigilia hazla con mesura y no prives a tu cuerpo de lo necesario; realiza tu oficio con calma y conocimiento, con temor a que por una vigilia prolongada se entenebrezca tu alma y rehuya el combate. La mitad de la noche es suficiente para tu oficio y la otra mitad para el descanso del cuerpo. Dedicar dos horas antes de dormir a rezar y salmodiar; descansa, y cuando el Señor te haga levantar haz tu oficio con celo. Si ves que tu cuerpo es perezoso, dile: *"¿quieres descansar en este breve tiempo para gemir y ser echado a las tinieblas exteriores?"* (Mateo 8,12; 22,13; 25,30), así poco a poco lo haces diligente y la fuerza te vendrá.

No tengas amistad con hombres de los cuales tu conciencia tema que otros lo sepan, para que no des conscientemente motivos de escándalo. Si estás en un monasterio y tienes un esclavo al que mantienes junto a ti, insultas a tu hábito si quieres honrar el de tu hermano, y pecas contra Dios. Más bien despídalo y que se vaya o hazlo libre; si quiere ser monje, él sabrá, pero tú no lo tengas contigo, pues esto no ayuda a tu alma.

Si estás haciendo una ascesis donde mortificas tu cuerpo por Dios y ves que los hombres te honran y admiran por eso, abandónala y haz otra, para que tu trabajo no haya sido en *vano* (2 Pedro 1,8); pero si escapas de la vanagloria, no pongas tu atención en los hombres, cuando sabes que, en lo que te ocupas, Dios está de acuerdo contigo.

Si has renunciado al mundo sin retener nada para ti y observas que vas de un sitio a otro, y tus sentidos todavía están enfermos, este desplazar te hace daño a tu alma; mejor es que tu cuerpo se fatigue con el trabajo de tus manos y que permanezcas en tu celda con humildad, comiendo el pan que has ganado con tu trabajo. Si vas a una ciudad o a un pueblo a vender el trabajo de tus manos, no regatees su precio como hacen las gentes del mundo, sino véndelo en su valor, para que no perezca en ti la virtud de tu celda.

Si adquieres lo que necesitas, no regatees: "*si no es por tanto, yo no doy más por eso*"; pero si lo quieres, fuérgate un poco; si no puedes pagar su precio, déjalo en silencio. Si tus pensamientos te agitan diciendo: "*¿dónde lo encontrarás?*", diles: "*he llegado a ser como los santos que han sido probados por Dios con la pobreza (Hebreos 11,37), hasta que Él ha visto que su voluntad fue fiel y les devolvió la abundancia*" (Salmos 17,20).

Si un hermano deja un objeto en tu casa y lo necesitas, no lo toques a menos que se lo hayas pedido. Cuando vas a salir y un hermano te dice: "*cómprame tal cosa*", si puedes comprarla para ti, cómprasela también a él. Si vives con otros, no hagas nada sin que lo sepan, pues atormentarías a los que viven contigo. Si necesitas ir a tu pueblo por un asunto, evita a tus parientes según la carne, para no tener familiaridad con ellos, ni te mezcles en sus conversaciones. Si tomas algo prestado a tu hermano, no seas negligente y devuélveselo con rapidez; si es un instrumento de trabajo, dáselo cuando hayas terminado tu labor; si lo has roto, haz uno nuevo sin negligencia.

Si das algo a un hermano pobre en préstamo y ves que no puede devolvértelo, no lo turbes ni lo saques a relucir, ya sea dinero o vestidos, pues no importa que se lo hayas dejado según tus posibilidades.

Si has ido a vivir a un lugar, tomaste una celda, luego te has marchado y pasado un tiempo la necesitas, si hay un hermano viviendo en ella no le hagas salir, busca otra para no pecar contra Dios, pero si él quiere marcharse, tú serás inocente. Si has dejado tus utensilios en la celda y él se ha desprendido de ellos, no se los reclames. Cuando salgas de tu celda, piensa y no lleses contigo lo que hace falta para estar en ella, sino déjalo para un hermano pobre; Dios mirará por ti allá donde vayas.

Todo pensamiento que te combata, no tengas reparo en decírselo a un superior que ocupe un lugar más alto que tú. Pues mucha alegría tienen los demonios cuando un hombre oculta sus pensamientos, ya sean buenos o malos. Guárdate, cuando tomes la ofrenda, de no tener ninguna ofensa con tu *hermano* (*Mateo 5,23s.*); si no, tú mismo te harás caer (*1 Juan 1,8*). Si te son reveladas las palabras de la Escritura para exponerlas, explícalas, pero vigila que no hagas mentir a las Escrituras (*2 Corintios 10,5*), para que no creas a tu saber más que a las Escrituras santas; en efecto, eso sería un signo de orgullo.

Si tu hermano, engañado por las palabras de los herejes, se apartó de la fe sin saberlo y vuelve, no lo desprecies, pues eso le sucedió por ignorancia. Guárdate de entablar discusiones con los herejes en defensa de la fe; teme que el veneno de sus desvergonzadas palabras te hiera (*Romanos 3,13*).

Si encuentras un libro herético, no desees leerlo y que tu corazón se llene de su veneno mortal (*Santiago 3,8*); permanece en lo que has sido bautizado, sin añadir ni quitar *nada* (*Deuteronomio 13,1*). Guárdate de la ciencia falsa (*1 Timoteo 6,20*) que se opone a la sana doctrina, como dice el Apóstol (*1 Timoteo 1,10*).

Si eres joven y todavía no has dominado tu cuerpo, y escuchas hablar de las elevadas virtudes de los Padres, no corras tras ellas queriendo obtenerlas sin esfuerzo; no vendrán a ti si no las cultivas, pero si haces lo que digo, ellas vendrán a ti. Guárdate del desaliento, pues hace perecer los frutos del monje. Si luchas contra una pasión, nunca te desanimas; confía en el *Señor* (*Salmos 54,23, 1 Pedro 5,7*), diciéndole de todo corazón: "*no puedo nada contra ella*", y estarás en reposo.

Si un pensamiento obscuro es sembrado en tu corazón cuando estés en tu celda, lucha contra tu alma para que no te importe, recordando que Dios te observa y que las cosas que piensas en tu corazón están al descubierto delante de él (*Hebreos 4,13*). Entonces di a tu alma: "*si temes que pecadores como tú vean tus pecados, con mayor motivo has de temer a Dios que lo ve todo*", y con esta reflexión aparecerá en tu alma el temor de Dios. Si permaneces en él, serás inquebrantable ante las pasiones, como está escrito: "*Los que esperan en el Señor son como el monte Sión, nunca será abatido quien habita en Jerusalén*" (*Salmos 124,1*).

Si practicas la ascesis luchando contra el enemigo y lo ves irse en retirada más débil que tú, que tu corazón no se regocije, pues la maldad de los demonios está detrás de esto. Se disponen a realizar una guerra peor que la primera, abandonan la ciudad y simulan no atacarla; pero si te alzas para ir a su encuentro, huirán ante tu presencia con debilidad; si tu corazón se ensalza diciendo: "*yo los he perseguido*", descuidas la vigilancia, y ellos, dándose cuenta, unos por detrás y otros por delante, te atacan, quedando el alma maltrecha en medio y sin refugio alguno. La salvación de la ciudad es arrojar el alma ante Dios de todo corazón (*Salmos 54,3; 1 Pedro 5,7*) y *Él* te salvará de todas las guerras del enemigo. Si oras a Dios para



que te ayude en un combate y Él no te escucha, no te desalientes, pues sabe lo que te conviene mejor que tú.

Si oras a Dios en el combate, al pedir no digas: *"aparta esto de mí"* o *"dame tal cosa"*, sino reza diciendo así: *"Señor Jesucristo, tú eres mi auxilio (Salmos 17,3), en tus manos estoy (Salmos 30,16). Tú conoces lo que me conviene, socórreme; no me dejes pecar contra ti, pues estoy extraviado (Tito 3,3), no me dejes seguir mi voluntad (Efesios 2,3), no permitas que perezca en mis pecados (Romanos 6,2); ten piedad de tu criatura (Salmos 102,13s.), no te apartes de mí (Salmos 26,9a), pues soy un hombre débil (Salmos 6,3); no me abandones (Salmos 26,9d), ya que tú eres mi refugio (Salmos 142,9); sana mi alma, porque he pecado contra ti (Salmos 40,5,); ante ti están todos los que me oprimen (Salmos 68,20); no tengo refugio si no es en ti, Señor (Salmos 17,3); Señor, sálvame por tu piedad (Salmos 6,5); queden avergonzados los que se levantan contra mí, aquellos que buscan mi alma para destruirla (Salmos 39,15), porque tú, Señor, lo puedes todo (Salmos 88, 9), y por tu causa se da gloria a Dios Padre y al Espíritu de santidad, por los siglos de los siglos. Amén."* Entonces tu conciencia hablará en lo secreto a tu corazón y le dirá por qué motivo Dios no te escucha; pero tú no te desanimes, sino haz aquello que te diga. No es posible que Dios escuche al hombre, si el hombre no escucha a Dios, y Él no está lejos del hombre (*Hechos 17,27*), pues las pasiones del corazón no permiten que nos escuche. Que nadie te engañe. Lo mismo que la tierra no puede producir frutos por sí misma sin semilla ni agua, tampoco es posible que el hombre dé fruto en ausencia de la mortificación y la humildad. Como la alimentación y el crecimiento de las semillas se hace en un ambiente templado, así el hombre necesita la protección de Dios todos los días. Guardar los mandamientos es la fe en Dios y el temor de Dios.

### **Exhortación a seguir la conciencia**

Permanezcamos, bienamados, en el temor de Dios, observando y realizando lo que hacemos sin dar tormento a nuestra conciencia según Dios. Guardándonos en el temor de Dios para que ella se libere con nosotros y así tendremos un guardián que nos mostrará cada cosa en la que caemos, así no se alejará de nosotros ni nos abandonará y no caeremos en las manos de nuestros enemigos, que no tendrán piedad de nosotros (*Proverbios 17,11*). Así nos los enseñó Nuestro Señor Jesucristo, que dijo: *"Ponte enseguida a buenas con tu adversario mientras vas con él por el camino; no sea que tu adversario te entregue al juez y éste al guardia, y te metan en la cárcel. Yo te aseguro que no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último céntimo"* (*Mateo 5,25*).

Nos dice que la conciencia es el acusador, pues ella se opone al hombre que quiere seguir las pasiones de su corazón y, si el hombre no la escucha, no lo libra de sus enemigos. Por ésta razón, Oseas, doliéndose por Efraím,

dijo: *"Efraím ha maltratado a su acusador y ha pisoteado el juicio (5,11); busca a Egipto y se ha ido a Asur" (5,13)*. Egipto significa que el corazón busca sus pasiones; estar metido en Asur es que, lo quiera o no, sirve a sus enemigos. Tengamos cuidado, mis bienamados, de no caer en manos de nuestra pasión según la carne, temiendo que nos entregue a los asirios y tengamos que oír esta amarga palabra: "El rey de Asur vino a la tierra de Israel y se llevó a Efraím y a Israel a Asur, hacia el río Kuza que está en la frontera con Media, allí están (2 Reyes 17,5s.), Luego el rey de Asur trajo a pueblos de sus dominios y los hizo habitar en la tierra de Israel (2 Reyes 17,24); y cada uno de ellos talló la imagen de su dios y la reverenció (2 Reyes 17,41), y allí están hasta el día de hoy. Estas cosas le sucedieron a Efraím porque maltrató a su acusador y pisoteó el juicio. Mirad a los que han seguido sus inclinaciones perversas y han pisoteado su propia conciencia, a lo que han tenido que atenerse. No compitamos con ellos, mis bienamados, sino rivalicemos con los santos que hasta la muerte han evitado dar oídos al pecado, que han obedecido a su santa conciencia según Dios y que han heredado el Reino de los Cielos (2 Pedro 1,11). En efecto, cada uno de ellos en su generación fue consumado en santidad y sus nombres son imperecederos en todas las generaciones.

Tomemos ejemplo de Jacob, el bienamado, que obedeció en todas las cosas de Dios a sus padres (Génesis 28,7); que, habiendo recibido las bendiciones, quiso ir a Mesopotamia y tener allí a sus hijos (Génesis 28,1 s.); no quiso tener hijos de las mujeres cananeas, que desagradaban a sus padres (Génesis 27,46; 28,8). Entonces cogió su bastón y un vaso de aceite (Génesis 32,12) y llegó a un lugar llamado Be thel -que significa «casa de Dios» (Génesis 28,18s)- y allí se durmió; durante la noche vio en sueños una escala que llegaba del cielo a la tierra, y a los ángeles de Dios que subían y bajaban por ella y el Señor se apoyaba sobre ella (Génesis 28,11-13). Éste es el signo del aquel que comienza a servir al Señor: al principio se le revela el ejemplo de las virtudes, pero si no trabaja por ellas, no llegará a Dios.

Jacob se levanta y establece una alianza con Dios para ser su servidor, Dios le da su fuerza y le dice: "Yo estaré contigo y te protegeré" (Génesis 28,15). Luego marcha a Mesopotamia para tomar esposa en aquel lugar. Entonces vio a Raquel, hija del hermano de su madre, la amó y sirvió por ella durante siete años; pero no le fue concedida antes que tomase a Lía; Raquel fue estéril hasta que Israel hubo hecho otros siete años de servicio por ella (Génesis 29,15-31).

El significado es éste: se llama Mesopotamia por estar en medio de dos ríos; el nombre del primero es Déqlat [TIGRIS], el del segundo Pérat [EÚFRATES]; el primero pasa por Asur, el segundo no va por país enemigo, por eso se le llama «el que corre en abundancia». Deqlat significa «discernimiento» y Pérat «humildad». Lía es ejemplo de los trabajos corporales y Raquel es ejemplo de la contemplación de la verdad. Esto le sucede al hombre que está en Mesopotamia, de suerte que por el

discernimiento realice los trabajos corporales, contra la enemistad de los asirios, y por la humildad llegue a la contemplación de la verdad. Pero Raquel no le dio descendencia antes que Lía hubiese engendrado todos sus hijos (Génesis 29,31-35) y él hubiese cumplido el servicio por Raquel durante siete años más. Esto significa: si el hombre no realiza todas las obras, no obtendrá la contemplación de la verdad. Tenía dos mujeres, pero amaba más a Raquel que a Lía (Génesis 29,30), pues ésta tenía los *ojos* débiles, mientras que Raquel era muy bella (Génesis 29,17). Esto que se ha dicho, que la primera mujer tenía los *ojos* débiles, quiere decir que el hombre, estando en los trabajos corporales, todavía no ha alcanzado la contemplación de la verdad. Pues aún hace falta que el enemigo mezcle la complacencia de los hombres en su trabajo; pero que eso no nos preocupe, pues si Lía deja de engendrar durante un tiempo, da su sirvienta Zilpá a su marido (Génesis 30,9), ella volvió a engendrar de nuevo y puso a aquel que engendró el nombre de Aser (Génesis 30,13), que significa «riqueza»; cuando Lía cesó de engendrar, entonces Dios se acordó de Raquel (Génesis 30,22).

El significado es éste: si los trabajos corporales se apoderan de los sentidos y éstos son liberados de las pasiones, entonces la contemplación de la verdad revela su gloria al espíritu. Los hijos de Lía fueron un sostén para Jacob, pero él amaba más a José que a los demás (Génesis 37,3); quiere decir: aunque los trabajos corporales guardan al hombre del Enemigo, es la contemplación de la verdad lo que le une a Dios. Pues desde que vio a José quiso volver a casa de sus padres (Génesis 30,25), porque había visto que había nacido el que dominaría a sus hermanos (Génesis 37,8).

Fue dicho que cuando Jacob hizo pasar a todo su campamento el torrente Yaboq se quedó solo para atravesarlo (Génesis 32,23-25), recibió de Dios la gracia de la bendición y Dios le dijo: "Ya no te llamarás Jacob, tu nombre será Israel" (Génesis 32,29). Se llamó Jacob porque había derrotado al Enemigo, para ser favorecido con la bendición (Génesis 27) y salvar sus sentidos que estaban en manos del Enemigo; así, una vez liberado entonces fue llamado Israel, que significa "espíritu que ve a Dios" (Génesis 32,31). Si el espíritu llega a ver la gloria divina, el Enemigo lo teme; por eso mismo, si Esaú fue a su encuentro con animosidad, la humildad de Israel detuvo su malicia y no quiso luchar con él, sino que le hizo sujetarse ante Dios (Salinos 54,25); si el Enemigo envidia al hombre (Sabiduría 2,24) viendo la gran gloria que ha recibido, no puede hacerle violencia, pues Dioses quien le ayuda, según está escrito: "Vuelve a la tierra donde has nacido y Yo estaré contigo" (Génesis 31,3). Luego fue a Salem, compró un campo y construyó un altar al Señor (Génesis 33,8-20), que le había respondido en el día de la tribulación (Salinos 76,3); el nombre de Salem significa «paz», es decir: si el hombre sobrepasa la guerra el día en que Dios le toma bajo su protección, llega a la paz. Eleva un altar de doce piedras (Éxodo 24,4; Josué 4,3 ss.), en el que ofrece los trabajos de la servidumbre que había realizado en Mesopotamia, en el campo que había adquirido en la tierra de la promesa.

Así fue Moisés, el bienamado. Cuando hizo salir de Egipto al pueblo que había salvado de la mano del Faraón y al que hizo cruzar el mar Rojo, que vio la muerte de sus enemigos en el mar y que envió a Josué para exterminar a Amalec, él mismo se mantenía de pie en la cima del monte, las manos sostenidas por Aarón y Hor, para que no cayeran (Éxodo 17,10-13) y dejaran de hacer el signo de la cruz. Josué volvió con alegría después de haber exterminado a Amalec. Entonces levantó un altar con doce piedras en la pendiente de la montaña y puso por nombre a ese sitio «el Señor es el lugar de mi refugio», porque Dios, con mano invisible, lucha con Amalec de generación en generación (Éxodo 17,15s). El nombre de Amalec significa «abatimiento». En efecto, si el hombre empieza a huir de su voluntad y se refugia en Dios, el primero en luchar contra él es el abatimiento, deseando que vuelva a sus pecados. Lo que le extermina es el comercio con Dios; lo que realiza ese comercio es la templanza y lo que hace aparecer la templanza es el trabajo corporal. Y es ella quien libera a Israel. Entonces el hombre da gracias a Dios así: "*Yo no puedo nada, pero tú eres mi auxilio de generación en generación*" (Salmos 89,1).

También fue así el gran profeta Elías. No pudo exterminar a los profetas de iniquidad que se levantaron contra él sin antes haber purificado el altar hecho con doce piedras, colocar los trozos de madera, rociarlo con agua y poner encima una víctima pura; Dios envió para él un fuego que consumió el altar y lo que tenía encima (1 Reyes 18,31.40). En ese momento, tuvo seguridad frente a sus enemigos y cuando los exterminó, hasta que no quedó ninguno, dio gracias a Dios diciendo: "*Tú estás en todo esto*", pues está escrito que puso su rostro entre las rodillas (1 Reyes 18,42).

Si el espíritu domina sobre los sentidos, adquiere la inmortalidad y ella le conduce hacia la gloria que Dios le revela. Si el servidor de Elías observa y no ve presente ninguna de las siete pasiones [LOS SIETE PUEBLOS QUE HABITAN CANAÁN], entonces ve una nube, pequeña como el puño de un hombre, que se eleva sobre el agua del mar (1 Reyes 18,43s), que es el descanso del Espíritu Santo Paráclito.

La inmortalidad es esto: hacer trabajos sanos y no volver a aquello por lo que se pidió perdón. En efecto, si Dios acepta los trabajos del hombre y lo que éste hace no le llena a las cosas del Enemigo, entonces sus enemigos no pueden levantarse contra él, pues ven que su voluntad no está en él y por eso le abandonan, ya que así está escrito: "*Invocad el nombre de vuestros dioses y yo invocaré el nombre del Señor Dios y sucederá que el Dios que responda por el fuego es el Señor Dios*" (1 Reyes 18,24). Es decir: todo lo sembrado por el Enemigo en el hombre (Mateo 13,23), sin éste consentirlo, los demonios no pueden hacer lo que desean; ellos usan su fuerza, pero el hombre de Dios no los escucha, porque su corazón no quiere eso, teniendo su voluntad en Dios, según está escrito: "*Invocad el nombre de vuestros dioses, que yo invocaré el nombre del Señor mi Dios*" (1 Reyes 18,24); pero como su voluntad no estaba en Dios, Él no les da respuesta alguna (1 Reyes 18,29).

Estas palabras no les conciernen sólo a ellos, sino también conciernen a todos los que siguen la voluntad de Dios y guardan sus mandamientos; por eso ellos son como ejemplos en cuanto a nosotros: son avisos que nos han dejado por escrito (*1 Corintios 10,11*), para que nosotros marchemos por las huellas de quienes han combatido por adquirir la inmortalidad y ésta les guardó de todo trato con el Enemigo que venía contra ellos (*Efesios 6,16*). Pues se pusieron bajo la protección de Dios, pidiéndole su auxilio, sin confiar en ninguno de sus trabajos, y la protección de Dios fue para ellos una ciudad fuerte (*Salmos 59,11*). En efecto, ellos sabían que sin el auxilio de Dios no podían nada, y humildemente dicen con el salmista: "Si el Señor no construye la casa, en vano se fatigan los constructores; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan sus centinelas" (*Salmos 126, 1*). Pues si Dios ve que el espíritu está sumiso con todo su poder y que no tiene más ayuda que Dios, Él le da su fuerza, diciendo: "No temas, mi siervo Jacob: Israel es pequeño por el nombre; soy Yo quien te auxilia, dice el Señor, Yo quien te salva" (*Isaías 41,13s*). Y además: "No temas, pues yo te salvaré, te he llamado por tu nombre eres mío; marcharás sobre las aguas y los ríos no te arrastrarán; pasarás por el fuego, tú no te quemarás ni la llama te consumirá, pues Yo soy el Señor tu Dios; el Santo de Israel es el que te salva" (*Isaías 43,1-3*). Si el espíritu entiende esta certeza, desprecia al Enemigo y le dice: "¿Quién combatirá conmigo? ¿Quién se levantará contra mí? ¿Quién es el que entrará enjuicio contra mí? ¿Que se acerque a mí! El Señor me ayuda, ¿quién me hará mal? ¡Todos vosotros os ajaréis como un vestido, como la lana seréis devorados por la polilla! (*Isaías 50,8-9*).

El Señor tiene el poder de encontrarse con los que tienen humildad y que han sido guardados por ella; llega a ser para ellos un casco que los protege de todo trato del Enemigo por gracia de Dios (*Efesios 6,16*). A Él la fuerza, la gloria, el poder, el honor y el Reino, por los siglos de los siglos. Amén.

## LOGOS 5

### Sobre los preceptos seguros y la edificación de los que desean vivir en concordia unos con otros.

Si vais juntos por el camino, pensad en todo caso en aquel de vosotros que es débil: si necesita sentarse un poco o comer antes de la hora. Si salís juntos para trabajar, que cada uno se observe a si mismo y no a su hermano, ya sea para enseñar, ya sea para reprender. Si hacéis todo trabajo dentro de la celda, si construís cualquier cosa, dejad a quien lo hace realizar el trabajo como desee, pero si dice: *"haced el favor de enseñarme, pues yo no sé"*, y otro lo conoce, que no obre mal y le responda: *"yo no sé"*, pues eso no es la humildad de Dios.

Si tu hermano hace una cosa de cualquier manera y tú lo ves, no le digas: *"lo haces mal"*; pero si él te dice: *"por favor, enséñame"*, y callándote, no le enseñas, la caridad de Dios no está en ti (*Juan 5,12*), sino que te mantienes en la malicia.

Si tu hermano cocina un plato y no lo hace bien, no le digas: *"has cocinado mal"*, pues esto es la muerte para ti (*1 Juan 3,14*); sino escrútate: si fueses tú quien oyese esto de otro, ¡cómo estarías atormentado! Así estarás en el descanso.

Si estáis salmodiando juntos y a uno de vosotros se le olvida una palabra, no le corriáis al momento y le turbéis: si la palabra ya pasó, para él también, pero si dice: *"por favor, decídmela"*, decís. Si estáis comiendo en la mesa y a uno de vosotros no le gusta lo que hay, que no diga: *"¡No puedo comer esto"*; sino que se fuerce por Dios, hasta la muerte, y Dios lo introducirá en el descanso.

Si estáis haciendo un trabajo juntos y uno de vosotros, por debilidad del alma, se para, que nadie le haga reproches, sino, sobre todo, estad alegres con él. Si unos hermanos llegan a vuestra casa, no queráis preguntarles por cosas que os perjudiquen y os dejarían cautivos en la celda (*Romanos 7,23*). Pero si uno de los que llegaron no pueden contenerse y habla a uno de vosotros, como antes dije, algo perjudicial, que quien lo escuche no quiera decirlo a ninguno de sus hermanos, que esté callado hasta que la esclavitud de esas palabras estén lejos de él, para que el veneno de la muerte no llene sus corazones (*1 Juan 3,14*).

Si sales afuera por un asunto, no preguntes a nadie sobre algo que no te conviene, para que entres a salvo en tu celda, y si, sin quererlo, oyes algo, cuando vuelvas no se lo repitas a los hermanos. Si sucediese que os encontráis fuera, no tengáis familiaridad en el lugar al que vais en ninguna cosa, para que sean ayudados por vuestro ejemplo, sobre todo por vuestro silencio, tanto interior como exterior. En efecto, todas las pasiones se

encuentran en aquel que está enfermo a causa de la ociosidad de su corazón, puesto que no ve sus pecados.

La ayuda de Dios, la esperanza, la dulzura de la conciencia, vencer tu voluntad y forzarte en todo, vienen por la humildad; pero los pensamientos orgullosos, la disputa, pensar que sabes más que tu hermano, pasar sobre tu conciencia y no preocuparte, saber que tu hermano está atormentado, con pena y decir: "*¡a mí qué me importa!*", viene de la dureza del corazón.

Si haces un trabajo con tus manos y entras en la celda de tu hermano, no pienses que tú has hecho más que él o que él hizo más que tú. Si trabajas con un débil, no rivalices en secreto queriendo hacer más que él. Si tu hermano trabaja en una obra y se equivoca, no le digas nada, excepto si te dice: "*por favor, hermano enséñame*". Si tú lo sabes y te callas, eso es la muerte para ti. Si hacéis vuestro trabajo, sean estos cualquier otro trabajo manual, hacedlo según vuestra fuerza; no pienses en qué has hecho tú o qué hizo tu hermano durante toda la semana, pues es una falta. Si vas al trabajo con los hermanos, no desees que se enteren de que has hecho más que ellos; todo trabajo que el hombre hace en secreto es lo que Dios ve de él (*Maleo 6,4*).

Si, por debilidad de alma, tu hermano te replica, sopórtalo con alegría, pues si pones tu pensamiento en el juicio de Dios, encontrarás que tienes pecados. Si vives con los hermanos y tu pensamiento quiere que limites tu alimento, di: "*el pequeño que está aquí es mi maestro*" (*Maleo 23,1 1*). Pero si deseas abstenerte aun más, toma para ti una pequeña celda y no atormentes al hermano débil. Si algún hermano extranjero llega a vuestra casa y escucháis que ama las opiniones, no le tanteéis con palabras, hasta que manifieste su falta a vuestro lado. Guardaos de hacer cualquier cosa sabiendo que, si vuestro hermano lo conoce, se atormentará. Si deseas recibir algo que necesitas, no murmures contra tu hermano, pensando: "*¿por qué no sale de él dármele?*", sino dile francamente y con toda sencillez: "*por caridad, déjame tal cosa, pues la necesito*". Esto es la pureza en un corazón santo (*1 Timoteo 1,5; 1 Pedro 1,22*), pero si no se lo dices, si murmuras, lo censuras o blasfemas en tu corazón, eso es juicio para ti (*Mateo 5,22*).

Si una palabra de la Escritura es discutida entre vosotros, aquel que la comprenda y sabe poner su voluntad después que la de su hermano, según su fuerza, que introduzca a su hermano para que descanse en la alegría. En efecto, la palabra necesaria es ésta: que tú te humilles por tu hermano (*Mateo 18,4; 23,11 s*). Aquel que atiende al juicio del mundo venidero (*Juan 12,31*) y el tribunal ante el cual se verá (*Romanos 10,14; 2 Corintios 5,10*), según pueda, obra de modo que no sea cerrada su boca (*Romanos 3,19*) y no encuentre nada que decir como defensa en esta hora amarga (*Sofonías 1,14*). No queráis escudriñar las obras de este tiempo, en el temor de que lleguéis a ser como las letrinas, donde cada uno va a echar lo que hay en su vientre y donde hay gran hediondez; sino llegad a ser, sobre

todo, templos de *Dios* (1 *Corintios* 3,16s) por la pureza, realizando el sacerdocio interior que, en todo tiempo, pone las perfumes mañana y tarde (Éxodo 30,7s), para que el altar no quede sin perfumes.

En todo momento forzaos ante el Señor en toda petición, para que os conceda la simplicidad, la integridad y la misericordia, que tenga piedad de vosotros y que quite de nosotros las cosas que son Opuestas, a saber: el engaño de la malicia, la sabiduría diabólica, la curiosidad, el amor propio y la malicia del corazón. Estas cosas destruyen el trabajo de los que las hacen. Pero la cumbre de todo es esto: si el hombre teme a Dios con ciencia \_y sus oídos están sometidos a su espíritu según Dios, le enseñará en lo secreto más de lo que se ha dicho. Mas si el dueño de la casa no está, el desdichado tiene la casa expuesta ante el primero que la quiera y diga lodo lo que desee, porque el corazón no está bajo el poder de Dios, sino bajo el Enemigo. Si queréis salir por un trabajo pequeño, que ninguno menosprecie a nadie y salga solo dejando a su hermano en la celda con sufrimiento en el espíritu, sino que le diga con caridad: "*¿quieres que vayamos?*". Si ve que su hermano no está en reposo en ese momento o que su cuerpo está débil, que no discuta con él: "*¡jes ahora cuando necesitarnos salir!*"; que demore la hora y vaya a su celda con la caridad de la misericordia.

Cuidaos de que ninguno se enfrente con su hermano cualquiera que sea el trabajo, para no entristecerlo. Si alguno vive con su *abba* o con su hermano, que no tenga nunca conciencia con las gentes del exterior, sino con aquel con quien vive en todo asunto; esto es la concordia y la sumisión.

Si vives con tu *abba* o con tu hermano, no busques tener amistad con alguien en secreto o escribir cartas sobre cualquier cosa a escondidas, no queriendo que lo sepan los hermanos que están contigo; de lo contrario os perderéis tú y ellos. Si vives con alguien superior a ti, no emprendas algo para ayudar a un pobre si antes no te has puesto de acuerdo con él, ni lo hagas a escondidas.

Si preguntas acerca de tus pensamientos, no lo hagas después de haberlos hecho, cuéntalos, teniendo presente a aquel que combate contra ti, ya se trate del cambio de residencia, de aprender un trabajo nuevo o de cambiarlo, de vivir con alguien o dejar de vivir con los que estás; pregunta con franqueza antes de realizarlo. Si estás bajo una enfermedad del alma o sujeto a las pasiones del cuerpo que todavía te llevan, no preguntes sobre ellas como si no las hubieras hecho, sino pregunta sobre su daño diciendo: "*¡he sido herido!*", para que seas sanado según el daño.

Si hablas sobre tus pensamientos, no digas por hipocresía una cosa por otra o como si otro la hubiese hecho, di la verdad y disponte a realizar lo que te digan; si no, te burlas de ti, no de los Ancianos a los que preguntas. Si preguntas a los Ancianos sobre un combate, no escuches lo que te digan en tu interior más que a los Ancianos; también pide a Dios diciendo: "*ten*



*misericordia de mí, lo que tú quieras díselo a mis abbas para que me lo digan".*

No des crédito a los que te hablan en tu interior, y lo que te digan los Ancianos hazlo con fe y Dios te introducirá en el descanso. Si vives con otros hermanos y no encuentras reposo por la causa que sea, por el trabajo, por una molestia, por el descanso, porque no aguantas, por el desánimo, porque deseas estar en silencio, porque no puedes llevar el yugo, porque no puedes hacer tu voluntad, porque no tienes lo que necesitas, porque quieres tener una austeridad mayor, porque eres débil y no puedes soportar el trabajo, o si por cualquier razón, la que sea, tu corazón desea salir, atiende; no decidas salir ni te sueltes del yugo por salir disgustado, o evitar en secreto la dificultad, o cuando ésta está en curso, ni deseches la fraternidad por el velo de la malicia; sino más bien busca un tiempo de concordia y saldrás en paz, para que tu corazón esté en reposo donde quiera que vayas, y las blasfemias sobre ti asúmelas para no hablar en contra de los hermanos que has dejado; no escuches a tus enemigos, transformando en buenas sus malas acciones, evitando la injuria y queriendo que una injuria de tu hermano cubra una tuya, y así derribarás a tus enemigos allí donde vas a ir.

Si vas a un lugar para habitarlo, no quieras al momento tomar una celda como habitación hasta que aprendas el modo de comportarse del lugar, en el temor a que exista algún obstáculo para ti: sea por una preocupación, porque algunos te conozcan, por la fama, por el ocio, o por el rechazo de tus amigos. Si eres sabio, comprenderás todo esto en pocos días: es para ti la muerte o la vida (*Filipenses 1,20*).

Si cedes tu celda a un hermano para que pase unos días, no tengas a tu hermano como si fuera tu siervo. Si coges una celda para vivir allí algunos días, no quites ni construyas nada, sin antes haberte puesto de acuerdo con el que te la cede; si no, obras con inconsciencia. Si vives con alguien como hospedado y recibes una orden, ten cuidado, por Dios, de despreciarla, y no infrinjas, a escondidas o abiertamente, cualquier orden suya. Si estás en tu celda silencioso y decides algo en la hora del descanso, sea no comer nada cocinado o cualquier otra cosa, cuando salgas guárdate de decir a nadie al sentarte a la mesa: *"perdóname, no como esto"*, pues todo tu trabajo irá a tus enemigos y será en vano. Tu Señor Jesucristo dijo: *"Obra en lo secreto, para que tu Padre te dé abiertamente"* (*Mateo 6,4*). Aquél que ama sus trabajos los guarda para que no perezcan. Si vivís juntos, realizad todo trabajo, sea en el interior, sea fuera; si te llama tu hermano, no le digas: *"ten paciencia, que yo acabo esto en un momento"*, sino atiéndele enseguida. Si hacéis un trabajo juntos, todo defecto que veas no lo pongas en evidencia delante de otros, ni lo tengas en la lengua para decírselo a los hermanos, pues esto es la muerte para ti aunque seas sabio.

Si los hermanos que viven contigo se fatigaron en el día, dales descanso para comer antes de la hora; no pongas reparos, sino observa el juicio de Dios, y que esté Dios ante tus ojos en todo lo que hagas. Si vas a un lugar

para vivir, ya sea solo o con otros que estuviesen allí antes que tú, si ves allí oficios o trabajos donde hay prejuicios o daños y que no son para un monje, no abras tu boca para blasfemar o reprenderles; si no hallas descanso, vete a otro lugar y guárdate de hablar contra ellos, pues esto sería la muerte para ti (1 *Juan* 3,14).

Si estás débil por las pasiones, guárdate de permitir a nadie que te cuente las pasiones de su pensamiento como a un amigo, sería la perdición de tu alma (*Mateo* 10,39); haz eso y la guerra será el doble para ti, porque no has tenido moderación.

Si hay entre vosotros un motivo de risa, guardaos de que sean oídas vuestras voces, pues es signo de mala educación y de ausencia de temor de Dios, porque guardarlo no está en vuestro interior. Porque la cólera viene sobre el universo en nuestros días (*Apocalipsis* 3,10), no os turbéis por lo que oigáis (*Lucas* 21,9), sino decid en vuestro corazón: "*¿qué es esto comparado con el lugar al que voy a caer a causa de mis pecados?*".

¡Por el amor de Dios! Leed y guardad lo que os escribí; no es algo sin importancia para el fiel tener su obra un poco defectuosa. Si guardáis esto con simplicidad y ciencia, iréis con alegría al descanso del Hijo de Dios (*Mateo* 11,29; 25,21); si no lo guardáis, haréis el trabajo aquí y cuando salgáis del cuerpo, iréis al castigo, como está escrito (*Mateo* 25,46). A la vista de las cosas que os escribí antes, vino nuestro Señor Jesucristo, pero nuestra dureza de corazón nos ciega con sus voluntades, pues las amamos más que a Dios, porque no tenemos tanto amor por Dios como amamos nuestras pasiones. Me he forzado a escribiros estas cosas, porque no fueron suficiente las anteriores. Por caridad, luchad al menos desde ahora y no os quedéis en vuestros corazones incircuncisos (*Hechos* 7,31), sino ayudaos en vuestros cortos días. Si los observáis, vendrán la humildad y la paz, la sumisión y la pureza, la supresión de la voluntad y la caridad. Pero si no los guardáis y hay entre vosotros disputas, envidias, contestaciones, orgullo de corazón, blasfemias, murmuración o insumisión, desperdiciáis mal el tiempo y en verdad iréis al castigo cuando salgáis de vuestro cuerpo. Por eso, amad a los hermanos con caridad santa, y vigilad vuestra lengua para que no salga de vuestra boca una palabra vana que para nada ataque a tu hermano. Dios, nuestro Señor, tiene el poder de darnos a todos la fuerza (2 *Corintios* 9,8) para hacer y guardar esto, para que encontremos misericordia (*Hebreos* 4,16) por su bondad, con todos los santos que le agradaron. Pues suya es la gloria, el honor y la adoración, ahora) en todo tiempo, por los siglos de los siglos. Amén.

## LOGOS 6

**Sobre aquellos que quieren estar en concordia y se guardan para discernir lo que les violenta y no perder el tiempo en esclavitud y servidumbre amarga, los cuales persuaden a sus corazones en lo que no les conviene y les aparta de sus pecados.**

Escrutar indiscretamente la Escritura engendra enemistad y disensión; llorar por nuestros pecados alcanza la concordia; en efecto, es un pecado para el monje que está en su celda y escruta la Escritura olvidarse de sus pecados. El que pone en su corazón: "*¿cómo dice la Escritura, esto o lo otro?*", antes de dominarse a si mismo, tiene un corazón indiscreto (*Eclesiástico 3,21-23; 1 Corintios 1,20; cfr. Lucas 21,19*) y una cautividad muy amarga. El que vela para no estar cautivo ama echarse ante el Señor cada día (*Salmo 54,23; 1 Pedro 5,7*). Quien quiere ser como Dios, blasfema de Él; quien busca honrarlo ama la ignorancia en el temor de Dios. El que guarda las palabras de Dios, lo conoce y las hace como un deudor (*Lucas 17,10*).

No busques las alturas de Dios (*Eclesiástico 3,21*) cuando le pidas para que te auxilie, para que llegue a ti y te salve de tus pecados, pues las cosas de Dios vienen por si mismas si el lugar no está sucio y está limpio. Aquel que se apoya en su ciencia y permanece en su voluntad adquiere la enemistad y no puede estar sin el espíritu que lleva la tristeza al corazón. Quien ve las palabras de la Escritura y las hace según su ciencia y se apoya en ellas diciendo: "*Esto es así*", ignora la gloria de Dios y su riqueza (*Romanos 9,23*); pero el que las ve y dice: "*Yo no sé, sólo soy un hombre*", da gloria a Dios y su riqueza habita en él, según su fuerza y su pensamiento. No quieras discutir tus pensamientos con todos, sino con tus Padres, para no traer la angustia a tu corazón. Guarda tu boca para que tu prójimo sea encontrado perfecto junto contigo. Enseña tu lengua las palabras de Dios con ciencia y la mentira huirá de ti. Amar la gloria humana engendra la mentira; el hecho de que la cambies por la humildad crea en ti el temor de Dios con abundancia.

No quieras tener un amigo entre los honorables del mundo, para que la gloria de Dios no se debilite en ti. Si alguien habla mal de su hermano ante ti, lo rebaja y muestra su malicia: no quieras prestarle atención, para que no te arrastren las cosas que no desees. La sencillez y el no engrandecerse purifican el corazón de la malicia. El que trata a su hermano con picardía, la angustia no saldrá de él. El que dice una cosa y tiene otra con malicia en su corazón, todo su trabajo será en vano (*2 Pedro 1,8*). No te juntes con el que es así, para que no te manche con su veneno impuro (*Romanos 3,13*). Vete con los sinceros (*Salmo 24,1*), para que llegues a participar de su gloria y de su pureza. No tengas malicia hacia nadie, para no hacer vanos tus trabajos (*2 Pedro 1,8*); que sea puro tu

corazón con todo *hombre* (cfr. *1 Timoteo 1,5; Santiago 4,8; 1 Pedro 1,22*); para ver en ti la concordia de Dios. Por eso, si alguno es mordido por un escorpión, su veneno le recorre todo el cuerpo y daña al corazón; así es la malicia del corazón hacia el prójimo, su veneno hiere el alma y ésta muere por la maldad (*Santiago 3,8*). El que protege sus trabajos para que no perezcan en un momento, enseguida sacude de sí este escorpión, es decir, la acritud y la malicia.

## LOGOS 7

### Sobre las virtudes.

Existen tres virtudes que tienen cuidado del espíritu y que él necesita: el impulso natural, el coraje viril y la prontitud. Hay tres virtudes que si el espíritu las tiene consigo, llega a la inmortalidad: el discernimiento que distingue una cosa de otra, ver las cosas de antemano y no obedecer nada extraño. Hay tres virtudes que dan cada día luz al espíritu: no conocer la malicia de ningún hombre, devolver bien por mal (Lucas 6,27) y soportar sin turbarse lo que viene contra él de los enemigos.

Estas tres virtudes engendran otras tres mayores que ellas: no conocer la malicia del hombre engendra la caridad, devolver bien por mal trae la concordia y soportar lo que viene en contra sin turbarse trae la dulzura. Hay cuatro virtudes que purifican el alma: el silencio, guardar los mandamientos, la angustia y la humildad. El espíritu necesita estas cuatro virtudes cada día: orar a Dios, postrarse ante Él cada día (*Salmos 54,23; 1 Pedro 5,7*), no preocuparse de ningún hombre para no juzgarlo y ser sordo a las palabras de las pasiones.

Cuatro virtudes fortifican el alma y le traen lo necesario para refugiarse de la turbación de los enemigos: la misericordia, la ausencia de cólera, la longanimidad y sacudirse toda la malicia del pecado que viene en contra nuestra; disponernos contra el olvido guarda de estas cosas. Hay cuatro virtudes que guardan al joven ante Dios; salmodiar en toda hora, no ser perezoso, la vigilia y no igualarse con nadie.

Los vicios. Por cuatro cosas el alma se ensucia: marchar por la ciudad sin guardar los ojos, por la razón que sea tener amistad con una mujer, tener amistad con los poderosos del mundo y preferir quedarse con sus parientes según la carne. Por cuatro cosas crece la fornicación en el cuerpo: por dormir hasta la saciedad, comer hasta hartarse, por las palabras desvergonzadas y por el adorno del cuerpo.

Por cuatro cosas se entenebrece el alma: por odiar al prójimo, por desdeñarlo, por tenerle envidia y por criticarlo. Por cuatro cosas queda el alma desierta: por ir de un lugar a otro, por amar la distracción, por el amor de las cosas materiales y por el amor al dinero (*Mateo 6,24*). Por cuatro cosas aumenta la cólera: dar y recibir en la avaricia, amar la propia voluntad, querer enseñar a otros, estimarse a sí mismo por sabio (*Romanos 11,25, 12,16*).

Hay tres cosas que el hombre adquiere con dificultad y que protegen todas las virtudes: el duelo, llorar por sus pecados y tener ante los ojos la propia muerte (*Eclesiástico 28,6*). Hay tres cosas que dominan el alma hasta que logra elevarse y que impiden a las virtudes habitar en el espíritu: la

cautividad (cfr. *Romanos 7,23*), la indolencia y el olvido. El olvido combate al hombre atormentándole hasta su último aliento; es más fuerte que todos los pensamientos y engendra todas las malicias, las cosas construidas por el hombre las derriba en todo momento. Éstas son las obras del hombre nuevo y del hombre viejo (*Colosenses 3,9*): Aquel que ama su alma para no perderla, guarda las obras del hombre nuevo, el que desea el ocio de su alma en este breve tiempo hace las del hombre viejo, pero perderá su alma (*Mateo 10,39*).

Nuestro Señor Jesucristo manifiesta claramente las obras del hombre nuevo en su santo cuerpo: *"Aquel que ama su alma la perderá, pero el que la pierda por mí la encontrará"* (*Mateo 10,39*). En efecto, Él es Señor de la paz (*2 Tesalonicenses 3,16*), por Él se ha roto el muro de la enemistad (*Efesios 2,14*). Él decía: *"No he venido a traer la paz, sino la espada"* (*Mateo 10,34*). También dijo: *"He venido a prender fuego a la tierra, y desearía que ya estuviese ardiendo"* (*Lucas 12,49*). Esto significa que aquellos que han seguido su santa enseñanza están en el fuego de su divinidad; que han encontrado la espada del Espíritu (*Efesios 6, 17*), y se han hecho enemigos de todas las pasiones de su corazón y que Él les ha dado la paz, diciendo: *"Mi paz os doy, mi paz os dejo"* (*Juan 14,27*).

Aquellos que han tenido cuidado de no perder su alma en este mundo y han suprimido su voluntad han llegado a ser corderos santos para el sacrificio (*Romanos 8,36*). Y cuando vuelva en la gloria de su divinidad, los llamará a su derecha y les dirá: *"Venid a mí, benditos de mi Padre, heredad el reino que os ha sido preparado antes de la creación del mundo; pues tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui extranjero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, estuve enfermo y me visitasteis, estuve en prisión y vinisteis a mí"* (*Mateo 25,34-36*). Los que han perdido su alma en este breve tiempo, se encontrarán en el tiempo de la angustia recibiendo una recompensa mucho más grande (*Mateo 19,29*) que aquella que esperaban recibir.

Pero aquellos que han realizado su voluntad y han conservado su alma en este mundo pecador, que se han perdido en la vanidad (*Efesios 4,17*) de sus riquezas y no han guardado los mandamientos pensando que hasta el fin se quedarían en este mundo (*Santiago 4.13s*), la vergüenza de su ceguera será manifestada en el momento del juicio, pues ellos se hicieron víctimas malditas y escucharán la terrible sentencia: *"Apartaos de mí, malditos, a las tinieblas eternas que fueron preparadas para Satanás y sus ángeles. Pues tuve hambre y no medisteis de comer..."* (*Mateo 25,41-43*). Su boca ha sido cerrada y no han tenido qué decir, pues se han sometido a la falta de misericordia y el odio a los pobres les ha dominado. Pero ellos dijeron al Señor: *"¿Cuándo te hemos visto y no te hemos servido?"*, y El los callará diciendo: *"En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo"* (*Mateo 25,45*).

¡Examinémonos, bienamados! Cada uno de nosotros, ¿sigue los mandamientos según su fuerza, o no? Pues todos tenemos que seguirlos: el

pequeño según su pequeñez, el grande según su grandeza. En efecto, los que depositaban sus ofrendas en el tesoro del Templo eran ricos, pero tuvo (JESÚS) más alegría de la viuda pobre con sus dos óbolos (*Marcos 12,41-44*). Pues es nuestra voluntad lo que Dios observa (*1 Samuel 16,7*).

No demos lugar al desaliento en nuestro corazón, que el temor que nos envía no nos separe de Dios, sino sigamos sus mandamientos según nuestra pobreza. Pues Él mismo se apiadó de la hija del jefe de la sinagoga y la resucitó (*Lucas 8,49-55*); asimismo tuvo piedad de la mujer afligida, que se había gastado todo lo que tenía en médicos antes de conocer a Cristo (*Lucas 8,42-44*). Y curó al siervo del centurión porque le creyó (*Mateo 8,5-13*), y se apiadó de aquella mujer cananea y curó a su hija (*Mateo 15,22-28*). Lo mismo que resucita a Lázaro, su amigo (*Juan 11,41-44*), resucita a la hija de la mujer pobre a causa de sus lágrimas (*Lucas 7,11-15*). Y no aparta de su lado a María, que había unguido sus pies con perfumes (*Juan 12,3-8*), ni tampoco desdeñó a la pecadora que ungió sus pies con perfumes y con sus lágrimas (*Lucas 7,37-50*). Así como llamó a Pedro y a Juan en su barca, diciendo: *venid conmigo*" (*Mateo 4,18s*), también llama a Mateo que estaba sentado en el puesto de tributos (*Mateo 9,9*). Y como lavó los pies a sus discípulos, así también se los lavó a Judas, sin hacer diferencia (*Juan 13,5-11*). Y lo mismo que el Espíritu Paráclito vino sobre los discípulos (*Hechos 2,1-4*), así vino también sobre Cornelio claramente (*Hechos 10,22-44*). Y lo mismo que requirió a Ananías en Damasco por Pablo diciendo: *"Él es para mi vaso de elección"* (*Hechos 9,15*); así requirió a Felipe en Samaria por el etíope de Candaces (*Hechos 8,26-39*). Pues no hace acepción de personas (*Romanos 2,11*), pequeños o grandes, ricos o pobres; sino que es la voluntad lo que busca (*1 Samuel 16,7*) en el hombre, la fe, guardar sus mandamientos y la caridad hacia todos. Ésta es, en efecto, un sello para el alma cuando salsa del cuerpo (*Apocalipsis 7,3*), por eso ordena a sus discípulos diciendo: *"Todos reconocerán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros"* (*Juan 13,35*). ¿De quién dice «todos reconocerán, sino de las potencias de la derecha y de la izquierda? (*cfr. Mateo 25,34-43*); en efecto, una vez que las potencias adversas vean el signo de la caridad que va con el alma, se apartarán de ella con temor y se reunirán a su lado todas las potencias santas.

Luchemos, bienamados, según nuestra fuerza, por adquirir la caridad, para que nuestros enemigos no nos atrapen. El mismo Señor dijo: *"Es imposible ocultar la ciudad construida sobre la montaña"* (*Mateo 5,14*), ¿de qué montaña habla, si no es de su santa e inmutable palabra? Hagamos, bienamados, el trabajo de realizar con celo y ciencia su palabra que dice: *"Aquel que me ama, guarda mis mandamientos"* (*Juan 14,23*). De modo que vuestros trabajos sean como una ciudad seguridad y fortificada (*Salinos 30,22*) que nos guarde de nuestros enemigos, hasta que os encontréis con Él.

Pues si nos hallamos seguros (*1 Juan 4,17*), todos nuestros enemigos serán abatidos gracias a su palabra, que es la montaña, según se ha escrito

en Daniel: *"Una piedra se separó, sin intervención de mano alguna, y derriba la estatua de oro, plata, bronce, hierro y arcilla" (Daniel 2,34)*; por eso dijo el Apóstol: *"Revestíos de la armadura de Dios, para que resistáis la fuerza del diablo, pues no luchamos contra la sangre ni la carne, sino contra los principados, las potencias, los maestros del mundo tenebroso, los espíritus del mal que habitan el aire superior" (Efesios 6,11 s)*. Estos cuatro principados son esta estatua, que representa al Enemigo, y son los que ha destruido el Verbo santo venido del Padre, como está escrito: *"Vi que la piedra que derriba la estatua y la dispersa como arena, llega a ser una gran montaña que cubre toda la tierra" (Daniel 2,35)*.

Pongámonos, hermanos, bajo su protección, para que nos sea un lugar de refugio (*cfr. Salmos 30,3*) y nos salve de esas cuatro potencias malvadas, para que también escuchemos la noticia de alegría en compañía de todos sus santos, que serán reunidos ante Él desde los cuatro rincones de la tierra (*cfr. Mateo 24,31, Apocalipsis 7,1 s*), cuando cada uno comprenderá su propia bendición conforme a sus obras, así está escrito: *"Jesús subió a una gran montaña y se sentó, y un gran genio se reunió ante él, de Judea, de Galilea, de la costa del mar y del otro lado del Jordán; abrió la boca, dirigiéndose a los que habían hecho su voluntad, y dio: "Bienaventurados los pobres en el espíritu, pues de ellos es el Reino de los Cielos..." (Mateo 4. 25-5,12)*.

Su santo nombre tiene poder para estar con nosotros (*2 Corintios 9,8*) y darnos la fuerza para no dejar que nuestro corazón se extravíe por el olvido del Enemigo; así nos guarda según su poder para que soportemos todo lo que venga contra nosotros por causa de su nombre, de modo que hallemos *misericordia (Hebreos 4,16)* en compañía de los que han sido juzgados dignos de las bendiciones que antes dije. Por Él se da gloria a Dios Padre con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.



## LOGOS 8

### Apotegmas.

El mismo dijo: Me veo como un caballo errante que no tiene dueño, y el que lo encuentra lo monta, y cuando lo abandona, otro lo atrapa y lo monta, y luego se va. Él dijo también: Me parezco a un hombre al que sus enemigos han atrapado, lo han atado y echado en una fosa de cieno (*Jeremías 45.6*); y si grita a su dueño, ellos lo muelen a golpes para que se calle. Dijo también: Soy semejante a un gorrión con la pata atada por un niño: si afloja el hilo, alegre se eleva y piensa que ha sido desatado, pero si el niño tira lo hace descender; así me veo yo. Digo esto, pues es necesario que el hombre esté preocupado hasta su último aliento.

Dijo también: Cuando prestas alguna cosa a alguien y se la das, imitas la naturaleza de Jesús; si se la reclamas, imitas la naturaleza de Adán; pero si le pides un interés, actúas contra la misma naturaleza de Adán. Dijo también: Si cuando alguno te recrimina, porque has hecho algo o porque no lo has hecho, si te callas, obras según la naturaleza de Jesús, pero si dices: *¿qué es lo que he hecho o no he hecho?*", esto no es de su naturaleza; y si replicas palabra por palabra, obras en contra de su naturaleza.

Dijo también: Si haces tus trabajos en humildad, como siendo indigno, son agradables a Dios, pero si algo solivianta tu corazón y tú te acuerdas de otro que duerme o es negligente, vano es tu trabajo (*2 Pedro 1,8*). Dijo también acerca de la humildad: La humildad no tiene lengua para hablar de alguien como negligente, o de otro como un hombre despreciado; ni tiene ojos para considerar o indagar las faltas de los otros; ni tiene lengua para decir las faltas de nadie, o despreciar a alguien; no tiene oídos para escuchar cosas que no benefician al alma; no tiene trato con nadie, poniendo ante sí sus pecados; sino que con todos es pacífica a causa del mandato de Dios (*Marcos 9,50. Romanos 12,18*) y no por amistad alguna (cfr. *Mateo 5,47*). Pues si alguien ayuna seis días y se entrega a grandes trabajos y mandatos fuera de este camino, todos sus trabajos serán en vano (*2 Pedro 1,8*).

Dijo también: Si alguno adquiere un instrumento que necesita y en el momento de usarlo no lo encuentra, en vano lo adquirió. Tal es el que dice: *"temo a Dios"*, pero cuando llega la hora en que necesita el temor, no lo encuentra en el momento de una palabra desagradable, de la irritación o de la familiaridad; o por enseñar a otro lo que él no hizo, o por complacer a los hombres, o por ser célebre entre ellos; si no encuentra el temor en el momento de estas cosas, todos sus trabajos son vanos (*2 Pedro 1,8*).

Dijo también: Si nuestro Señor Jesucristo no hubiera curado todas las pasiones del hombre, pues para eso había venido, no habría subido a la cruz. En efecto, antes de venir nuestro Señor en la carne (*Timoteo 3,16*), el hombre estaba cojo, tullido, ciego, sordo, leproso, paralítico, estaba muerto por todo lo

que está en contra de la naturaleza; pero cuando nuestro Señor Jesús vino, tuvo misericordia y vino por nosotros, resucitó al muerto, hizo ver al ciego, hablar al mudo, oír al sordo, enderezó al tullido, hizo andar al cojo, purificó al leproso, levantó al paralítico [cfr. LOS MILAGROS DE CURACIONES], y resucitó al hombre nuevo (*Efesios 4,24*), libre de toda enfermedad, y entonces subió a la cruz. Y suspendieron con Él a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda. El de la izquierda lo insultaba, pero el de la derecha lo glorificaba e imploraba diciendo: "*Recuérdame cuando llegues a tu reino*" (*Lucas 23,39-42*). Esto es: antes que el espíritu se despierte de su negligencia, está con el Enemigo; pero si nuestro Señor Jesucristo lo resucita de su negligencia, le concede mirar a lo alto y discernir toda cosa a su tiempo, así puede subir a la cruz; entonces el Enemigo persiste en blasfemar con palabras duras, para que el espíritu se afloje, se aleje del Señor y vuelva a su negligencia. Éste es el caso de los dos ladrones que el Señor aleja de la amistad que tenían uno con el otro: uno lo injuriaba, para apartarlo de su esperanza, pero el otro hablaba bien, implorando al Señor Jesús: "*Recuérdame en tu reino*": entonces fue juzgado digno de escuchar esta santa palabra: "*Hoy estarás conmigo en el paraíso*" (*Lucas 23,42s*). Éste es el que robó en el paraíso, que comió del árbol habiendo recibido la orden de no comer de él y que fue expulsado del paraíso (*Génesis 3,1ss*), pero nuestro Señor vino, tuvo misericordia y lo hizo entrar de nuevo en el paraíso.

Dijo también acerca de la Santa Comunión: Se le llama unión con Dios, pero, mientras estamos vencidos por nuestras pasiones, por la cólera, la envidia, el complacer a los hombres, por la vanagloria, por el odio o por cualquier otra pasión, estamos lejos de Dios. Entonces, ¿dónde está la unión con Dios? Dijo también: si hacemos nuestro servicio y, después de hacerlo, se introduce alguna de las pasiones en nuestro corazón, vanos son nuestros trabajos (*2 Pedro 1,8*) y Dios no aceptará nada nuestro. Un Anciano le dijo: "*¿Por qué no se afligen, Padre mío?*". Él le respondió: Si la lluvia desciende sobre una tierra sin semillas, no puede germinar; pero cuando desciende sobre tierra sembrada, las hace germinar constantemente.

Dijo también: Si alguno lucha para expulsar lo que está en contra de la naturaleza, esto no se agitará más en él. Pues Dios quiere que el hombre sea a su semejanza (*Génesis 1,27*) en todo; pues vino por nosotros y sufrió todos estos trabajos para transformar la naturaleza dura, suprimir nuestra voluntad en todo y quitar la ciencia engañosa (*1 Timoteo 6,20*) que había dominado nuestra alma. Los animales, faltos de razón, guardaron su naturaleza, pero el hombre cambió la suya (*Romanos 1,25*); pues está escrito en los salmos: "*Era un animal ante ti, pero estoy contigo cada día* (*Salmos 72,22s*)"; y también dijo el profeta: "*Como un cordero fue llevado a la inmolación, como un cordero ante quien le esquila, sin voz, y así en su abatimiento con el juicio fue arrebatado*" (*Isaías 53,7s*). Ahora bien, lo mismo que el animal se somete al hombre sin envidia, pues es su naturaleza, de la misma forma hace falta que todo hombre sea sumiso a los demás, sin envidia, por Dios (*1 Pedro 2,13*); esto es por lo que el

Señor vino. Mira cuánto es mejor el animal que tú, que te apoyas en la opinión que tienes de tu propia ciencia. Si yo quiero volver al estado natural, lo mismo que el animal no tiene la voluntad en sí ni la ciencia, así debo hacer yo, no sólo con quien está de acuerdo conmigo, sino también con el que se opone a mí en todo (*1 Pedro 2,18*). Quien desea llegar al descanso en su celda y no estar oprimido por el enemigo, se aleja de los hombres, para no blasfemar de nadie, alabarlo, justificarlo, decirle bienaventurado, o manifestar su justicia, mirar sus faltas o apenarlo por cualquier cosa: no admite la picadura de un pensamiento de enemistad en su corazón; ha de abolir su ciencia ante el que no sabe y su voluntad ante el que no tiene inteligencia; y luego se conocerá a sí mismo (*Lucas 18,9*) y comprenderá lo que le perjudica. Pero aquel que confía en su justicia (*2 Corintios 1,9*) y persiste en su voluntad, no puede evitar al Enemigo ni estar en reposo, ni ver nada de lo que le falta, y cuando salga de su cuerpo tendrá que encontrar misericordia. Ahora bien, la consumación\_ de todo es confiar en el Señor (*Filipenses 3,20*) con todo tu corazón, toda tu fuerza y todo tu espíritu (*Mateo 22,37*), tener misericordia con toda criatura, estar en duelo e implorar constantemente su auxilio y su misericordia.

Dijo también sobre el hecho de enseñar al prójimo los mandamientos de Dios: ¿Cómo sé que he agradado a Dios para decir a otro: "*Haz esto o aquello*", cuando yo mismo estoy haciendo penitencia a causa de mis pecados? El hombre que cae en el pecado y está bajo el arrepentimiento, en éste no está seguro, en tanto no sabe si está perdonado o no; el pecado fue cometido, pero a Dios le corresponde la misericordia. Tú no puedes dejar de preocuparte en tu corazón antes de hallarte ante el tribunal de Dios. Pero si quieres saber si ha tenido lugar el perdón de tus faltas, ésta es la señal: si no se agita en tu corazón nada de los pecados cometidos, o si otro te habla de ellos y tú no sabes de qué se trata, es que la misericordia tuvo lugar. Pero si viven todavía en ti, manténlos en el espíritu y llora por ellos con temor y temblor (*Filipenses 2,12*) hasta que te encuentres ante el tribunal de Cristo (*Romanos 14,10; 2 Corintios 5,10*). Si alguien te pide que le enseñes algo y, peligrando tu alma, se lo enseñaste [EL PELIGRO ESTÁ EN CREER EL CONSULTADO QUE ES MEJOR QUE EL CONSULTANTE Y OLVIDAR SUS PECADOS], y vuelve junto a ti diciendo otra vez lo mismo, sin haber progresado en aquello que le indicaste por no haberlo hecho, aléjate de él; si no, hará morir tu alma. En efecto, es grande para el hombre dejar su propia justicia [ES DECIR. LO QUE ÉL CREE CORRECTO], que él piensa estar conforme a Dios, y observar la palabra del que le enseña las cosas de Dios.

Dijo también: Si alguien te dice palabras inútiles, no quieras escucharlas, por temor a que maten tu alma: no te avergüences ante su rostro, para no apenarlo, de interrumpir lo que te dice diciendo: "No lo recibo en mi corazón, no digas eso". Pues tú no eres mejor que Adán, la primera criatura que Dios hizo con sus manos, que no profirió ninguna

palabra malvada (*Génesis 3,1 s*). Huye y no quieras escuchar, pero ten cuidado cuando sales y no desees saber qué te dijo; en efecto, si escuchas la picadura de su palabra, los demonios no os abandonarán a ti y al que te habló, sino que matarán tu alma (*Mateo 10,28*). Por eso cuando huyas, hazlo totalmente.

Dijo también: Según lo que veo, el lucro, el honor y el ocio combaten contra el hombre hasta la muerte. Dijo también: Si instruyes a tu prójimo, es una caída para tu alma; que busques engrandecer a tu prójimo en la buena naturaleza, es un gran quebranto para tu alma. En efecto, cuando instruyes a tu prójimo diciéndole: "*Haz esto o aquello*", o algo que veas en él, piensa que tienes un pico y que estás destruyendo tu casa, pues buscando edificarlo, destruyes los cimientos de tu casa.

El hombre de Dios, *abba* Nisteros, viendo la gloria de Dios, estaba con los hijos de su hermano sin darles ninguna orden, sino que dejaba a cada uno seguir su voluntad, sin preocuparle que se hicieran buenos o malos.

Decía de Caín y Abel: Mientras no había Ley ni Escritura, ¿quién les enseñó a hacer algo? Por eso, si Dios no enseña al hombre, es inútil que éste trabaje.

Dijo también: Desdichada el alma que pecó después del santo bautismo (*Hebreos 6,4ss*). Tal hombre no puede dejar de preocuparse estando en penitencia. Sea que pecó con su cuerpo, o robó, o por cualquier otro pecado, o con sus ojos miró un cuerpo con pasión, incluso comer algo secretamente acechando para no ser visto por nadie, o rebuscar en el interior de un equipaje. En efecto, aquel que hace estas cosas insulta a Jesús. Y alguien le dijo: "*Padre, ¿la exigencia es tan grande?*". El respondió: Lo mismo que aquel que mina un ligar para tomar el oro es engañado por el Enemigo, éste también lo es. En efecto, uno fue vencido en eso y éste fue vencido en las otras cosas, pues el que es vencido en lo pequeño, en lo grande también será vencido (*Eclesiástico 19,1*).

Dijo también esto: Si un hombre realiza grandes prodigios y curaciones (*Mateo 7,22*), si tiene toda la ciencia (*1 Corintios 13,2*), si él mismo resucita a los muertos, cuando cae en el pecado y está bajo el arrepentimiento, no puede dejar de preocuparse. Si hace grandes trabajos y viendo a un hombre que en todo peca o en todo es negligente, lo desprecia, hace inútil su arrepentimiento; el que ha despreciado a un miembro de Cristo (*Efesios 5,30*) y lo ha juzgado, sin dejar el juicio a Dios, éste le juzga (*Santiago 4,11, Romanos 12,19*). Dijo también: Estamos todos como en un hospital: unos tienen mal los ojos, otros la mano, otros tienen úlceras, hay enfermos de todo tipo. Algunas enfermedades han sido curadas, pero si comes algo dañino, las enfermedades retornan. Así es el que haciendo penitencia juzga o desprecia a otro, tiene que empezar de nuevo su arrepentimiento. Los que están en el hospital padecen enfermedades distintas, si uno grita a causa de su mal, otro le dirá: "*¿Por qué gritas? ¿Es que cada uno se preocupa de su propio mal?*". Así, si el mal de las pasiones de mis pecados

está ante mí, yo no miraría al otro que pecó, pues todos los que están atendidos en el hospital obedecen al médico y no miran por nada comer lo que les daña.

Dijo también: Por lo tanto, desdichada el alma que desea evitar el pecado, pues le vendrán muchas tribulaciones de aquellos que vienen a su encuentro. Por eso necesita mucha paciencia y acción de gracias en todo. Cuando el pueblo estaba en Egipto, comía y bebía en abundancia (*Éxodo 16,3*), poniendo los ladrillos para el Faraón (*Éxodo 1,14*), pero cuando Dios les envía su ayuda, es decir, a Moisés (*Éxodo 3,15ss*), para salvarlos del Faraón, entonces fueron humillados y oprimidos grandemente (*Éxodo 5,4ss*) en medio de todas las plagas que Dios envió al Faraón; Moisés no tuvo confianza en su determinación hasta que llegó el día en el que Dios le dijo: *"Enviaré todavía otra plaga sobre el Faraón, y tú le dirás: Deja salir a mi pueblo; si no, heriré a tu primogénito"* (*Éxodo 4,23*). Al momento Moisés tuvo confianza, y Dios dijo a Moisés: *"Habla en secreto a mi pueblo, que cada hombre pida a su vecino y cada mujer a su vecina, objetos de oro y plata"* (*Éxodo 11,2*), que los pongan en el cuello de sus hijos y despojad a los egipcios (*Éxodo 12,36*), pues estas cosas se utilizarán para hacer la Tienda de la Reunión (*Éxodo 35,22*). *Él* dijo: Los Ancianos dicen: los objetos de oro y plata y los vestidos son los sentidos que han servido al enemigo. Esto significa que si el hombre no los sustrae al Enemigo para que den fruto a Dios, la protección del descanso de Dios no vendrá sobre él; pero si los aparta del enemigo para dar fruto a Dios, su protección vendrá sobre él. En efecto, la nube no recubrió la Tienda inacabada, pero cuando fue terminada, la nube la cubrió (*Éxodo 40,33s*); así pasó también con el Templo cuando se construyó: mientras estuvo inacabado, la nube no lo cubría, pero cuando fue terminado y se introdujo la grasa de los holocaustos y Dios sintió el olor de los perfumes, entonces la nube cubrió la Casa (*1 Reyes 8,10; 2 Corintios 7,1*); es decir, que si el hombre no ama a Dios con todo su corazón, toda su fuerza y todo su espíritu (*Mateo 22,37*), y no se une a *Él* (*1 Corintios 6,17*), la protección del descanso de Dios no vendrá sobre él.

## LOGOS 9

### Preceptos para los que se retiran del mundo.

Si te has retirado del mundo para darte a Dios y hacer penitencia, no dejes que te atormente tu pensamiento con los pecados de antes como si no hubiesen sido perdonados. No desprecies los mandamientos de Dios; si no, tus pecados anteriores no serían perdonados. Guarda estas cosas hasta la muerte y no las desprecies: no comas con una mujer; no tengas amistad con un joven: no duermas, si eres joven, con otro en el mismo lecho, si no es con tu hermano o con tu *abba*; esto hazlo con temor y sin despreciarlo.

No desprecies con tus ojos cuando te pongas tus vestidos. Si bebes vino, toma hasta tres vasos y no quebrantes el precepto por amistad. No vivas en un lugar donde hayas pecado contra Dios.

No menosprecies tu oficio, para no caer en manos de tus enemigos. Fuéstrate a recitar los salmos, para guardarte de la esclavitud de la impureza. Ama la mortificación y tus pasiones serán abatidas. Cuídate de no creerte mejor en ninguna cosa y ocúpate de dolerte por tus pecados.

Guárdate del engaño, porque echa fuera de ti el temor de Dios. No descubras ante cualquier hombre tus pensamientos, para no escandalizar a tu prójimo; descúbreselos a tus Padres, para que la protección de Dios te recubra. Esfuéstrate en tu trabajo y el temor de Dios habitará en ti.

Si ve una falta de tu hermano que no es de *muerte* (*cfr. 1 Juan 5,16*), no lo desprecies para no caer en manos de tus enemigos (*Salmos 40,3*). Ten cuidado de no caer en la cautividad de tus pecados, para que no se renueven en ti. Ama la humildad y ella te protegerá de tus pecados.

No seas pendenciero, para que ninguna malicia habite en ti. Entrega tu corazón a la sumisión de tus Padres y el favor de Dios habitará en ti. No te consideres sabio, para no caer en manos de tus enemigos (*Salmos 40,3*). Habitúa a tu lengua a decir: "Perdóname", y la humildad vendrá a ti.

Cuando estés en tu celda preocúpate por estas tres cosas: el trabajo, la meditación y la plegaria. Piensa cada día: Sólo tengo el día de hoy en este mundo, y no pecarás contra el Señor. No seas amigo del vientre con el alimento, para que no se renueven en ti los anteriores pecados. No te desanimes en ninguno de tus trabajos, por temor a que irrumpan en ti las fuerzas del enemigo. Esfuéstrate en la meditación y el descanso de Dios vendrá rápidamente sobre ti (*Romanos 16,20*). En efecto, como una casa derruida delante de la ciudad se convierte en un lugar hediondo, así el alma del principiante perezoso se convierte en morada de todas las pasiones vergonzosas (*Mateo 12,44ss; Apocalipsis 18,2*).

Fuérzate a hacer mucha oración con lágrimas (*Hechos 20,19*); puede ser que Dios se apiade de ti (*Jeremías 43,7*), y te despojará del hombre viejo que pecó (*Colosenses 3,9*). Reafírmate en estas cosas, pues la fatiga, la pobreza, el considerarte extranjero y el silencio engendran la humildad y ésta perdona todo pecado (*1 Juan 1,9*). Dios nuestro buen Señor puede darnos su fuerza (*2 Corintios 9,8; Filipenses 4,13; Hebreos 4,16*) para leer y hacer esto (*Apocalipsis 1,3*), de modo que encontremos *misericordia* (*Hebreos 4,16*), en el día del juicio (*Mateo 10,15*), junto con los santos que guardaron sus mandamientos. Amén.

## LOGOS 10

### Otros apotegmas.

Mi Padre santo dijo sobre el Apóstol Pedro que éste había dicho: *"Dios me enseñó a no mirar nada como impuro o sucio"* (Hechos 10,28). Es decir, como tenía un corazón puro, para él todo esto era puro; pero para aquel que tiene su corazón sometido a las pasiones, nada es puro (Tito 1,15). Pues la proporción de la pasión que hay en su corazón piensa que todos los hombres la tienen igual en sus corazones; si oye que alguien es alabado, tiene envidia. Por eso digo esto, para que os guardéis de despreciar a nadie, ya sea con el corazón ya sea con la lengua.

Dijo también: Mientras el hombre está en la negligencia, sus pensamientos le hacen creer que está cerca de Dios; pero, si está liberado de las pasiones, tiene vergüenza de alzar la vista ante Dios, porque Dios lo ve y no puede ponerse derecho; mas la misericordia de Dios lo atiende y él da gloria a Dios en todo momento y se considera lejos de Dios.

Dijo también: Es necesario comportarse virilmente con respecto a los trabajos y no cesar en tiempo de tentación. Un hombre tenía dos servidores; envía a los dos a su campo para segar el trigo y les ordena que cada uno siegue medidas por día -teniéndolo por imposible-. Uno se puso a trabajar diciendo: *"Yo haré lo que pueda según mis fuerzas"*, mas nada dijo de acabar, pues el trabajo rebasaba su fuerza. El otro, desconfiando, dijo: *"¿Quién puede hacer un trabajo tan grande?"*, y se puso a reposar, durmiendo y sin trabajar. Cuando los dos volvieron a encontrarse con su dueño, él se molestó, porque uno de ellos no fue capaz de acabar el trabajo que le había ordenado. Su dueño los vio y se alegró por el que había trabajado, pues sabía que lo había hecho según su fuerza; pero el que había desconfiado del trabajo replicó a su dueño y le dijo: *"¿Quién podía acabar un trabajo tan grande?"*. Su dueño se irritó contra él y lo arrojó de su presencia.



## LOGOS 11

### Sobre el grano de mostaza.

Sobre el misterio del grano de mostaza, así han dicho los Padres, escudriñando en su ejemplo: Está escrito: "*El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que un hombre tomó y lo sembró en su campo; es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando crece se convierte en la más grande de todas las plantas, de modo que los pájaros del cielo vienen y anidan en sus ramas*" (*Mateo 13.31 s*). Pues Él mismo es el grano de mostaza, las cosas de antes son sus virtudes. Él quiere que el hombre lo siga en todo (*Mateo 16,24*).

Él dijo que es la más pequeña de todas las plantas; esto es en vista de la humildad, para que nos rebajemos ante todo hombre. En cuanto a que es lisa, es por la dulzura y la misericordia; su rojez es por la pureza y que no hay en nosotros una mancha según la carne. Su interior es acre, por el odio hacia las pasiones. Es amarga para aquellos que buscan el mundo: lo que tiene de agradable no se nota si no se tritura y muele: es la mortificación. A aquel que la muele, le pican los ojos: es la tribulación de las obras. Se usa para salar los miembros muertos, para que no se corrompan. Pensemos y vayamos tras Él, impregnando con Él nuestros miembros paralizados, para que no se corrompan ni se llenen de gusanos (*Mateo 16,24*). Nuestro Señor Jesucristo se hizo hombre para que nos preocupemos de rectificarnos a su semejanza, según nuestra fuerza; examinándonos según como es Él, pues nosotros somos ese grano si tenemos su estado, su humildad de corazón, su tacto liso, su acidez y su gusto. Pero está en su misericordia fortalecernos según su voluntad (*2 Timoteo 2,1*).

A Él sea la gloria con el Padre y el Espíritu de santidad, por los siglos de los siglos. Amén.

## LOGOS 12

### Sobre el vino.

El misterio que concierne al vino es sobre la naturaleza del hombre que quiere reencontrar a Dios y, con pureza, cuida sana su obra, para que Dios la reciba con alegría (*Mateo 25,21*).

El vaso está cubierto de pez con precaución, es decir, lleva la imagen de la pureza del cuerpo que está sano en cada una de sus partes ante las pasiones vergonzosas. En efecto, es imposible que sirva a Dios aquel que sirve a una de las concupiscencias (*Mateo 6,24*); lo mismo que no es posible poner el vino en un vaso que no esté enteramente recubierto de pez y en el cual hay una fisura; así nosotros: examinémonos, pues no podemos agradar a Dios cuando hay en nosotros odio o enemistad, pues estas cosas impiden al hombre la penitencia.

Al principio el vino fermenta, lleva la imagen de la juventud, que está agitada hasta que llega a la edad en que se aquieta. El vino no se hace si no se metió en un recipiente con la medida de levadura; así la juventud no puede avanzar siguiendo su voluntad si no ha recibido el fermento de sus padres según Dios, que le dará el camino hasta que Dios le dé su favor y pueda mirar hacia lo alto (*Colosenses 3,1s*).

Se deja el vino en la casa hasta que reposa: así, sin el silencio, sin la mortificación ni todos los trabajos según Dios, es imposible que se asiente la juventud. Si quedan en el vino semillas o trigo, se convierte en vinagre; la naturaleza de la juventud, si está entre sus parientes según la carne o con otros que no tienen el mismo oficio ni ascesis, pierde la hechura que había recibido de sus Padres según Dios. Lo entierran precintado, para que el viento al soplar no lo evapore ni lo estropee; así la juventud, si no adquiere la humildad en todo, todos sus trabajos son vanos (*2 Pedro 1,8*).

Si se prueba el vino muchas veces, se evapora y pierde su sabor; esto le sucede al hombre que muestra a menudo su trabajo: la vanagloria hace perecer todas sus obras. Si dejan la boca del jarro abierta, los moscardones, sus enemigos, le hacen perecer; así, la charlatanería, las palabras malsonantes y la vanidad del discurso. Si se deja el vino al aire, pierde su color y su sabor; así también el orgullo hace perecer todos los frutos del hombre. Cuando está en las jarras, se tapan y se cubren con rastrojo; así el silencio y no estimarse en nada. Es imposible para el hombre conservar su trabajo sin el silencio y la no estima de sí mismo.

Todo esto le sucede al vino antes de agradar al viñador y de que se alegre con su fruto. Todo esto le hace falta hacerlo al hombre para que su obra agrade a Dios. Lo mismo que es imposible que el hombre se confíe en su corazón, con temor cada día hasta que se reencuentre con Dios y vea si su obra es perfecta. Lo mismo que si el jarro rezuma y se derrama en tierra antes de que lo note su

dueño si es negligente, así también una cosa pequeña hace perecer el fruto del hombre negligente.

Hagamos lo que podamos, hermanos míos, guardándonos de lo que nos daña, y su misericordia y su gracia estarán en aquel Día; de modo que diremos, según nuestra debilidad, que hemos realizado lo que nos fue posible para observar lo que nos indicó nuestra conciencia. Mas tuya es la fuerza, la misericordia, el auxilio, la protección, el perdón y la paciencia. Si no, ¿qué soy yo en la mano de los malvados, si Tú me has salvado? Yo no tengo nada que darte, soy un pecador y Tú me salvaste de la mano de mis enemigos (*Salmos 135,24*). Pues Tú eres mi Señor y mi *Dios* (*Juan 20,28*), y tuyos son la gloria, la misericordia, la protección, el auxilio y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

## LOGOS 13

### Sobre los que han combatido y concluyeron.

Éstas son las señales que mostró nuestro Señor Jesucristo antes de subir a la cruz. Él dijo: *"Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados; y bienaventurados los que no se escandalicen de mi"* (Lucas 7,22s). Juan, después de haber bautizado a Nuestro Señor Jesucristo, lleva la imagen de esta palabra; es necesario que el bautizado la manifieste con sus acciones.

Son numerosos los signos que realizó Nuestro Señor Jesús (*Juan 20,30*). Que los ciegos vean es esto: aquel que se fija en la esperanza de este mundo es un ciego, pero si la abandona y atiende a la esperanza venidera (*Colosenses 1,5; Hebreos 6,18*), él ve. Asimismo, que los cojos anden es esto: el que busca a Dios y ama la voluntad carnal de su corazón es un cojo, pero si la abandona y ama a Dios con todo su corazón (*Mateo 22,37*), anda. Así también que los sordos oyen es esto: el que está en la distracción es un sordo de la cautividad y el olvido, pero si trabaja con ciencia, oye. Que los leprosos son purificados debe entenderse así -pues está escrito en la ley de Moisés: *"El impuro no entrará en la casa del Señor"* (cfr. *Levítico 15,31*)-: cualquiera que tenga enemistad hacia su prójimo, o envidia, u odio o una palabra malvada; pero si lo abandonan, son purificados. En adelante, si el ciego ve, si el cojo anda, si el sordo oye, y si el leproso queda limpio, el hombre que estaba muerto por estas cosas durante su vida de negligencia, resucita y queda renovado en adelante; y evangeliza a sus sentidos, que estaban empobrecidos en las santas virtudes, el que ha visto, el que anduvo, escuchó y fue purificado. Ésta es la defensa que expondrás a quien te bautizó.

El bautismo es esto: mortificación en humildad y silencio. Pues está escrito sobre Juan: *"Su vestido era de piel de camello, un cinturón de piel ceñía sus riñones en el desierto"* (*Mateo 3,4*). Éste es el signo de la mortificación, lo que da acceso a que el hombre se purifique: si trabaja, se posee a sí mismo (cfr. *Lucas 21,19*), y si se posee a sí mismo, persevera para subir a la cruz.

La cruz es el signo de la inmortalidad, que llegará cuando sea cerrada la boca de los fariseos y de los saduceos (*Mateo 22,34*); los saduceos llevan la imagen de la incredulidad y de la falta de esperanza (*Mateo 22,23*); los fariseos llevan la imagen de la malignidad, de la hipocresía y de la vanagloria (*Mateo 23,2-7*), según está escrito: *"Nadie se atrevió a interrogar a Jesús a partir de ese momento"* (*Mateo 22,46*). Entonces envió a Pedro y a Juan para preparar la Pascua (*Lucas 22,8*). Esto es un símbolo para nosotros mismos, pues si el espíritu ve que no está dominado

por nada, está preparado para la inmortalidad y juntando sus sentidos los hace un solo cuerpo (*1 Corintios 12.12ss*) y los alimenta, recibiendo ellos de él sin distinción.

Después, Jesús oraba y decía: "*Si es posible en esta hora, que pase de mi este cáliz*" (*Mateo 26,39*). Para nosotros es esta palabra: si el espíritu va a subir a la cruz, necesita pedir mucho, copiosas lágrimas y someterse a Dios en todo momento y pedir auxilio a su bondad, para que le ayude y le guarde hasta que ella le resucite en una novedad santa (*Colosenses 3,10*) e invencible. Pues existe un gran peligro en la hora de la cruz; cuando ora, necesita que estén con Él Pedro, Santiago y Juan, que son la fe sana (*cfr. Mateo 16,16*), la virilidad del corazón esperanzado (*cfr. Mateo 20,22s*) y el amor por Dios (*cfr. Juan 13,25*).

El resto de las cosas que le sucedieron por nosotros al bienamado Señor Jesús, modelo nuestro en todo, como dice el Apóstol: para que le conozcamos a Él y el poder de su resurrección y la participación en sus sufrimientos, configurándome con su muerte para llegar a la resurrección de los muertos (*1 Pedro 2,21; Juan 13,15*). La hiel que prueba (*Mateo 27,34*) por nosotros es nuestra, para que extingamos en nosotros todo deseo de maldad y le cerremos la boca, sin permitirle que salga del cuerpo y se realice. El vinagre que prueba (*Mateo 27,48*) por nosotros es nuestro, para que extingamos toda presunción y toda agitación vana. Son nuestros los salivazos que sufrió (*Mateo 26, 67, 27,30*) por nosotros, para que apaguemos en nosotros toda preocupación por agradar a los hombres y toda la gloria de este mundo. La corona de espinas, trenzada y puesta sobre su cabeza (*Mateo 27,29*) por nosotros, es un modelo para nosotros, para que en toda ocasión soportemos la blasfemia contra nosotros y la injuria sin turbación. La caña con la cual golpearon su cabeza (*Mateo 27,30*) por nosotros, es nuestro modelo, para que en todo momento estemos cubiertos con el casco de la humildad y extingamos todo orgullo del Enemigo. Que Jesús fuese desatado para ser azotado antes de ir a la cruz (*Mateo 27,26*) es un modelo para nosotros; para despreciar todo oprobio y toda afrenta humana. Que hayan repartido sus vestidos y los hayan sorteado (*Mateo 27.35*), es un ejemplo para nosotros; Él permanece sin turbarse para que nosotros también desdeñemos cualquier cosa del mundo antes de subir a la cruz, según las palabras del Apóstol: "*El despojo de vuestros bienes lo habéis aceptado con alegría, sabiendo que tenéis una riqueza mayor que permanece en el cielo*" (*Hebreos 10.24*).

Esto es lo que debe hacer el hombre para poder subir con Jesús a la cruz. En efecto si tú no haces, según tu fuerza de hombre, lo que él hizo, no puedes subir a la cruz. Que fuese la hora sexta cuando fue crucificado (*Juan 19,14*), con el corazón decidido, por nuestra salvación (*1 Corintios 1,13*), es ejemplo para nosotros, de forma que cojamos fuerza contra todo desaliento y pusilanimidad hasta que muera el pecado, como está escrito: "*Por la cruz mató en sí mismo la enemistad*" (*Efesios 2,16*). Que fuese la hora nona cuando Jesús gritó con voz potente: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*" (*Mateo 27,46*), es para mostrarnos que después de soportar la tribulación de las pasiones hasta

que se extinguen, tengamos confianza y clamemos a Dios. Que a la puesta del sol entregase el espíritu (*Lucas 23,44-46*), es ejemplo para nosotros. Si el espíritu está libre de toda esperanza del mundo visible, es señal de que el pecado está muerto en ti (*Romanos 6,2*). Que el velo del Templo se rasgase en dos de arriba abajo (*Mateo 27,51*), es ejemplo para nosotros: si el espíritu es libre, se va el intermediario entre él y Dios (*Efesios 2,14*). Que las rocas se quebraran y los sepulcros se abrieran (*Mateo 27,51s*), es ejemplo para nosotros; si esta muerte nos llega, toda carga (*Hebreos 12, 1*), toda ceguera (*2 Pedro 1,9*), todo lo que está asentado en el alma, se rompe, y los sentidos, que estaban muertos y daban frutos para la muerte (*Romanos 7,5*), se vuelven sanos y se alzan invencibles. Que haya sido envuelto en un lienzo limpio (*Mateo 27,59*) y con aromas (*Juan 19,40*), nos muestra que, después de esa muerte, al hombre que estaba envuelto en la santidad la incorruptibilidad le da el descanso (cfr. *1 Pedro 3,4*). Que haya sido puesto en una tumba nueva donde nadie había sido puesto antes (*Lucas 23,53*) y que apoyasen una gran piedra en la entrada (*Mateo 27,60*), es un ejemplo para nosotros; si el espíritu está libre de todo y celebra la *sabbáth* (*Hebreos 4,9*), está en un mundo nuevo (*2 Pedro 3.13; Apocalipsis 21, 1*), meditando cosas nuevas donde no hay nada corruptible (*1 Corintios 15,42*), es decir, meditando cosas incorruptibles (*Colosenses 3,1-3*) También: "*Allí donde hay un cadáver, se reúnen los buitres*" (*Mateo 24,28*), y además: "*Él resucitó en la gloria de su Padre*" (*Romanos 6.4*), "*subió al cielo*" (*Marcos 16.19; Efesios 4,8-10*) "*y está sentado a la derecha de la majestad en las alturas*" (*Hebreos 1,3*); es ejemplo para nosotros, según la palabra del Apóstol: "*Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de lo alto, allí donde está Cristo, que está sentado a la derecha de Dios; pensad en lo que hay en lo alto, no en lo que está en la tierra, si no, vosotros estáis muertos*" (*Colosenses 3,1-3*).

Su nombre honorable, que para ayudar a nuestra debilidad según nuestra pobreza, nos hizo la misericordia de ser un modelo en todo para los santos, puede perdonar nuestros pecados y hacernos encontrar misericordia con los que son dignos. Amén.

## LOGOS 14

### Sobre la práctica del duelo.

¡Desdichado de mí, desdichado de mí, que todavía no estoy libre de lo que pertenece a la *gehenna*! Las cosas que me atraen hacia ella aún dan fruto en mí y todas sus obras se agitan en mi corazón; aquello que hunde en el fuego (*Mateo 18,8*) se mueve en mi carne y quiere dar su fruto. Pues aún no estoy listo adonde iré al salir de aquí; un camino recto no se me ha preparado todavía; no estoy aún liberado de las Energías (*2 Tesalonicenses 2,9*) que están en el aire y quieren detenerme por medio de sus obras malvadas, las que hay en mí.

No he visto aún a mi Salvador que viene a liberarme de ellos, pues todavía su malicia da en mí sus frutos (*Romanos 7,5*); no he visto la confianza entre yo y el Juez (*1 Juan 4,17*); aún no fue dado mi testimonio para que no sea digno de muerte.

El malhechor encerrado en prisión no se regocija; no puede hacer su voluntad quien está detenido entre barrotes, ni enseña al otro el que está sujeto en el suplicio; no nombra el descanso el que sufre los tormentos; no come con voluptuosidad el que está encadenado por el cuello; no piensa más hacer el mal, sino, con corazón contrito, llora recriminándose porque ha pecado en todo. Todos los castigos y males que se le aplican, dice sobre ellos: "sí, los *merezco*", pensando sin cesar en su fin y escrutando los suplicios de sus pecados; su corazón no piensa en juzgar a nadie, el dolor de los sufrimientos le devora el corazón. ¡Desgraciado! Su pensamiento es amargo, no anima a otros para que no se desalienten.

Preocuparse por el alimento no tiene lugar; su interés no está en la misericordia de los que se apiadaron de él, ni conoce su sabor, por la angustia de haber pecado en todo. Cuando le injurian, no contesta con palabras irritadas; soporta las penas diciendo: "*las merezco*". La risa (*Eclesiástico 19,30*) se apartó de él, sacude la cabeza con gemidos, recordando el tribunal ante el cual debe comparecer (*Romanos 14,10*; *2 Corintios 5,10*).

Si escucha palabras, no dice si están bien o mal, que sean buenas o malas; sus oídos no las admiten. Sus ojos dejan de correr las lágrimas a causa de los pecados que le abrumen. Si es de familia noble se aflige más aún, por la vergüenza de los que le van a ver ante el tribunal. Una vez preparado el tribunal para él, no mira a la gente, si son buenos o malos; si otros están encadenados con él, no les presta atención, ni piensa qué hará con ellos, pues cada uno llevará su propia carga (*Gálatas 6,5*). Cuando es llevado a la ejecución, su semblante está sombrío; nadie le dice una palabra por temor a los suplicios; confiesa lo que ha hecho, es juzgado como merece por los pecados que cometió.

¿Hasta cuándo estaré ebrio sin beber vino (Isaías 28,1.51, 21) y despreciaré las cosas que están ante mí? Mi dureza de corazón me ha consumido los ojos, la ebriedad de la preocupación de los hombres agostó mi cabeza, la tentación de mi corazón me sumió en el olvido hasta la hora de las tinieblas (Lucas 22,53). La necesidad del cuerpo me encadenó y la ruina me urge para abandonar el camino. No tengo amigos que hablen en mi favor; no tengo nada para enviar a las gentes de la ciudad; el rumor de mis maldades les impide reconocermé. Si les imploro, no me escuchan, pues ven que aún no he dejado de cometer el mal, que no les imploro con un corazón decidido y el agujijón de mis pecados (1 Corintios 15,56) está sin cesar mordiendo mi corazón. El peso de mi negligencia todavía no pesa sobre mí, pues aún no he conocido del todo la fuerza del fuego; si no, yo estaría constantemente en lucha para no caer en él.

Una voz dice a mis oídos que el suplicio me espera, pues todavía no interrogué a mi corazón. Las heridas se han hecho llagas en mi cuerpo, pero aún no se volvieron purulentas para que pidan su curación. Disimulo ante los hombres las heridas de las flechas, y no soporto que el médico las arranque (cfr. Mateo 9,12).

Él me dio linimentos para aplicar en mis heridas, pero no soy firme de corazón para soportar su mordedura. El médico es bueno, pues no me pide salario, pero mi pereza no me deja ir junto a él. Él mismo viene a mi casa para curarme y me encuentra comiendo lo que hace supurar mis heridas; me pide que deje de comer, pero el placer de su sabor seduce mi corazón; si dejo de comerlo, entonces me arrepiento, pero mi arrepentimiento no es verdadero. Él me envía el alimento y me dice: "*come esto para curarte*"; pero un hábito infame no me deja tomarlo y, a fin de cuentas, no sé que hacer.

Llorad por mí, hermanos míos, los que me conocéis, para que me venga un auxilio más grande que mi fuerza (Efesios 3,20) y me fuerce para que me ponga sano por el Señor, antes de que salga del cuerpo. A Él la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.



## LOGOS 15

### No le es posible al hombre amar a Dios y amar al dinero (Mateo 6,24).

Lo mismo que no es posible que un ojo mire al cielo y el otro a la tierra, así también es imposible que el espíritu atienda las cosas de Dios y las cosas terrenas (*1 Corintios 7,32-34*). En efecto, lo que no te ayude cuando tengas que salir del cuerpo, es una vergüenza que lo atiendas; pero lo que te salve de las potencias (*Efesios 6,12*) cuando salgas del cuerpo, ama sólo eso. Ten presente a Dios, que observa todo lo que haces; lo que es vergonzoso de hacer delante de los hombres (*2 Corintios 4,2*) también es vergonzoso consentirlo en secreto. Lo que es vergonzoso de hacer, también es vergonzoso pensarlo.

Por los frutos se conoce el árbol (*Mateo 7,16*); así también el espíritu por su conciencia conoce sus pensamientos. El alma intelectiva se reconoce por sus pensamientos. No te creas sin pasiones mientras tu corazón obedezca al pecado; a quien se le concedió la libertad, ya no piensa en las cosas que realizó anteriormente (*Romanos 6,18*). No pienses que eres libre mientras irritas a tu Señor, pues no tienes libertad mientras tu corazón obedezca al pecado. Cuida tu cuerpo como un templo de Dios (*1 Corintios 6,19*); cuídalo, pues debe resucitar y encontrarse con Dios. Cuida tu alma en todo momento como imagen de Dios (*Génesis 1,26; Colosenses 3.10*). Teme a Dios, ante quien has de dar cuenta de todas tus acciones (*Romanos 14,12*). Como te preocupas de tu cuerpo, si está débil, para sanarlo, preocúpate igualmente para que esté libre de pasiones para la resurrección (*1 Corintios 15,42*). Examina cada día qué pasión te ha vencido, antes de dirigirte a Dios en tus peticiones. Lo mismo que la tierra no puede dar fruto por sí misma, sin semillas ni agua, así el hombre no puede dar fruto sin humildad y mortificación. Como la alimentación y el crecimiento de las semillas se hacen en un ambiente templado, así el hombre necesita diariamente la protección de Dios. Guardar los mandamientos es la fe en Dios y el temor de Dios es no entristecer la conciencia en las cosas de Dios. Si la impureza es sembrada en tu corazón cuando estés en tu celda, resiste con miedo a que te arrastre. Recuerda que Dios te observa y que las cosas que piensas en tu corazón están al descubierto delante de Dios (*Hebreos 4,15*). Di a tu alma: "Si temes que otros pecadores como tú vean tus pecados, con más razón has de temer a Dios, que lo observa todo"; y con esta reflexión, el temor de Dios aparecerá en tu alma; si permaneces en Él, tu alma será inquebrantable ante las pasiones, como está escrito: "*Los que esperan en el Señor son como el monte Sión, no será nunca abatido quien habita en Jerusalén*" (*Salmos 124,1*).

El que verdaderamente cree que habrá un juicio cuando salga del cuerpo, no juzga a nadie, en tanto que sabe que dará cuenta a Dios de todos sus actos (*Romanos 14,12*), según lo que está escrito: "*Todos debemos comparecer ante el*

*tribunal de Cristo, para recibir cada uno según lo que hizo con el cuerpo, ya sea bueno o malo" (2 Corintios 5, 10).*

Aquel que cree que hay un reino de los santos, se ocupa de cuidarse en lo pequeño y menudo (*Mateo 25,21*) para convertirse en vaso de elección (*Hechos 9,15*), como está escrito: "*El Reino de los Cielos se parece a una red echada en el mar que recoge toda clase de peces: cuando está llena, tiran de ella y se sube; luego los buenos son elegidos para su santo Reino y los malos son arrojados a la gehenna*" (*Mateo 13,47s*).

Aquel que cree en verdad que su cuerpo debe resucitar en el día de la resurrección, necesita purificarlo de toda mancha (*2 Corintios 7, 1*), pues está escrito: "*Él transformará nuestro cuerpo mísero a semejanza del cuerpo de su gloria, según la operación de la fuerza de su poder*" (*Filipenses 3,21*). Aquel a quien Dios ama, no hay nada en el mundo que le aparte de Él; pues está escrito: "*¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia?,...*" (*Romanos 8,35.36*). Que la bondad de nuestro Señor Jesucristo esté con todos nosotros. Amén.

## LOGOS 16

### Del mismo: sobre la alegría que tendrá el alma que quiere ser sumisa a Dios.

Antes que nada, te saludo en el temor de Dios y te exhorto a que seas perfecto según lo que le es agradable a Él (*Romanos 12,1 s*), para que tu trabajo no quede sin fruto (*1 Tesalonicenses 3,5; 2 Pedro 1*), y, cuando esté realizado, Dios lo reciba de ti con alegría. Aquel que comercia y gana se alegra; quien aprende bien un oficio, se alegra y no tiene en cuenta las penas que sufrió por aprenderlo.

El que toma una mujer, si le da descanso y es atenta, él se alegra en su corazón, pone su confianza en ella (*Proverbios 31.11*). Quien hace un trabajo y despreciando la muerte combate por su rey, es coronado (*2 Timoteo 2,5*) y hace progreso. Éstas son las cosas del mundo perecedero (*1 Corintios 7,31; 1 Juan 2,17*) y los que las realizan se regocijan, porque han progresado por sus obras. ¡Cuánto mayor, piensas tú, será la alegría que tendrá el alma del que comenzó a obedecer a Dios y a realizar su trabajo, a la salida de este mundo! Todo su trabajo le precederá y los ángeles se alegrarán con él cuando vean que ha escapado a los poderes de las tinieblas. Pues cuando el alma sale de este mundo, los ángeles van con ella, pero también salen a su encuentro todas las fuerzas de las tinieblas (*Efesios 6,12*), que quieren atraparla y examinar por ver si hay en ella algo que les pertenezca; entonces no son los ángeles quienes luchan contra ellas, sino las obras que haya hecho (*Apocalipsis 14,13*), protegiéndola y guardándola, para que no se aproximen al alma. Si vencen sus obras, los ángeles cantan ante ella, hasta que se encuentra con Dios en alegría. Desde ese momento el alma olvida toda obra de este mundo y todos sus trabajos.

Usemos todo nuestro poder, hermanos míos, en hacer bien nuestro trabajo en este breve tiempo (*Salinos 38,5*), de modo que esté exento de todo mal, para que podamos escapar de los príncipes del mal que estarán ante nosotros, pues nos atemorizarán en todo y examinarán toda obra nuestra. Ellos son seres malvados y sin piedad (*Proverbios 17,11*). Feliz aquel en quien no se encuentre nada de ellos (*Juan 14,30*). Su alegría, su dicha, su descanso y su corona serán sin medida (*1 Pedro 5,4; Apocalipsis 4,4*), después que cambie este mundo, ya sea de los que comerciaron o de los que tomaron esposa, o cualquier otro caso de los que dije anteriormente.

Hermanos bienamados, hagamos lo que podamos con lágrimas ante Dios, para que su bondad tenga piedad de nosotros y nos envíe su fuerza, de modo que vencamos a aquellos con los que tenemos trato, esos príncipes (*Salmos 125,5*) del mal (*1 Corintios 2,6*), que saldrán ante nosotros a nuestro encuentro, Apliquémonos, con toda la energía de nuestro corazón, por adquirir el deseo de Dios, que nos salvará de la mano de la fornicación cuando salga a nuestro

encuentro. Amemos el amor a los pobres, que nos librar  del amor al dinero cuando éste salga a nuestro encuentro.

Amemos estar en paz con todo hombre, grande o pequeño, que nos preservar  del odio cuando venga a nuestro encuentro. Amemos a todos como hermanos nuestros, no teniendo odio a nadie en nuestro corazón ni devolviendo el mal a nadie (*Romanos 12,17*), que nos guardará de la envidia cuando ella salga a nuestro encuentro. Amemos la humildad en todo, soportando la palabra de nuestro prójimo en todo, ya nos contraríe o nos insulte, pues nos librar  del orgullo cuando salga a nuestro encuentro.

Adquiramos la longanimidad en todo, pues nos guardará del desánimo cuando salga a nuestro encuentro. Busquemos el honor de nuestro prójimo, sin buscar culpables ni censurando a nadie, para que nos guarde de la maledicencia cuando salga a nuestro encuentro. Despreciemos los bienes y el honor de este mundo, para que nos salve de la ambición cuando salga a nuestro encuentro. Ense emos a nuestra lengua la meditación de Dios, la justicia y la oración, para que ellas nos guarden de la mentira cuando salga a nuestro encuentro. Purifiquemos nuestro corazón y nuestro cuerpo del deseo, para que evitemos la impureza cuando salga a nuestro encuentro. Pues todos estos vicios desean atrapar al alma cuando salga del cuerpo, pero las virtudes la auxiliarán si las ha adquirido.  Qu  sabio no querría dar su alma a la muerte (*Mateo 10,39; 2 Corintios 4,11*) para ser salvada de todos ellos? Hagamos según nuestra fuerza, pues la fuerza de nuestro Señor Jesucristo es grande para ayudar a nuestra debilidad; él sabe que el hombre es un miserable (*Salmos 102,14*) y le concede la penitencia mientras est  en el cuerpo, hasta el último suspiro.

Que tu pensamiento mire a Dios para que él te guarde; no mires los bienes del mundo como si estuviese en ellos la esperanza de tu salvación (*1 Timoteo 6,17*), pues abandonar s las cosas de este mundo y te irás (*Salmos 48,11. Eclesiástico 11, 19. 14,15*) pero lo que hayas hecho por Dios, lo encontrarás como buena esperanza (*2 Tesalonicenses 2,16*) en la hora de la angustia. Odia las palabras del mundo, para que tu corazón vea a Dios. Ama orar sin cesar, para que tu corazón sea iluminado (*Salmos 12,4; Efesios 1,18*). No ames la pereza, para que no est s con angustia cuando llegues a la resurrección de los justos (*Lucas 14,14*). Vigila tu lengua para que tu corazón sea iluminado (*Salmos 12,4*) y habite en ti el temor de Dios. Da ahora al que lo necesita con corazón generoso, para que no te avergüences entre los justos y sus bienes. Odia el deseo de alimento, para que Amalec (*Jueces 7,4*) no te detenga. Af nate en tus oficios, para que las bestias no te devoren al instante (*Deuteronomio 28,26*). No ames embriagarte con vino (*Tobías 4,5*), para que no te prive de la suavidad de Dios.

Ama a los fieles, de modo que por ellos sea sobre ti la misericordia; ama a los santos para que su celo te devore (*Salmo 68,10*). De todas las virtudes, antes la humildad; de todos los vicios, el amor del vientre. La consumación de las virtudes es la caridad; la consumación de las pasiones es el creerse justo. Acuérdate del Reino de los Cielos, para que su deseo te atraiga poco a poco; piensa en la *gehenna*, para que odies sus obras. Cuando te despiertes por la

mañana, cada día acuérdate de que darás cuenta a Dios de todas tus obras (*Romanos 14,12*) y así no pecarás contra Él (*Eclesiástico 7,36*), habitando su temor en ti. Disponte a encontrarlo y harás su voluntad.

Condénate aquí abajo diariamente por tus faltas, para que no te fatigues en la necesaria hora de la muerte. Que tus hermanos vean tus obras (*Mateo 5,16*) y que tu celo los devore (*cf. (Salmos 68,10)*). Cada día examina qué pasión has vencido, y no confíes en ti mismo (*2 Corintios 1,9*), pues fueron la misericordia y la fuerza de Dios. No te consideres fiel hasta tu último aliento. No pienses cosas orgullosas como si tú fueses bueno (*Romanos 12,16*). No puedes creer a tus enemigos, ni confíes en ti mismo mientras estés en el cuerpo, hasta que hagas caso omiso de las potencias de las tinieblas (*Efesios 6,12*).

Sé vigilante, hermano, contra el espíritu que trae la tristeza al hombre, muchas son sus trampas para Hacerte débil; pues la tristeza que es por Dios es alegría (*Juan 16,20*) cuando ves que permaneces en la voluntad de Dios. Pero aquel que te dice: "*¿Adónde huirás? ¡No hay penitencia para ti!*", viene del Enemigo, para que el hombre abandone la templanza. Mas la tristeza que es por Dios no va en contra del hombre, sino que le dice: "*No temas, sigue todavía*"; pues Dios sabe que el hombre es débil (*Salmos 102,14*) y Él lo fortalece (*Filipenses 4,13*). Adquiere un corazón sagaz contra tus pensamientos y se volverán ligeros, pero aquel que los teme, le hacen caer por sus pies. El que teme por su prestigio, significa que no tiene fe en Dios. No engrandecerse ni tenerse en cuenta muestra que el hombre no se ocupa de sus pasiones para hacer su voluntad, sino la voluntad de Dios.

Aquél que quiere hablar delante de muchos, manifiesta que no tiene temor de Dios; en efecto, el temor de Dios es un buen guardián, un socorro para el alma, vigilancia del espíritu para derrotar a sus enemigos. Aquél que busca el honor de Dios, destruye en sí la impureza. Poner cuidado con ciencia suprime las pasiones. Pues está escrito: "*El cuidado vendrá sobre el hombre sabio*" (*Proverbios 17,12*). Quien estuvo enfermo conoce la salud. El que recibe la corona es coronado porque venció a los enemigos del rey (*2 Timoteo 2,2.5*). Existen pasiones y virtudes; pero si estamos desanimados, sabemos que somos como traidores (*cf. 2 Timoteo 3,4*), la virilidad y el coraje son una ayuda para el alma después de Dios, lo mismo que el desánimo es ayuda para el mal. La fuerza de los que quieren adquirir las virtudes es, si caen, no ser pusilánimes, sino poner más cuidado si cabe (*Jeremías 8,4*). Para las virtudes las obras son los trabajos corporales hechos con ciencia; los impulsos de las pasiones son producidos por la negligencia. El que no juzguemos a nuestro prójimo es la defensa de los que luchan con ciencia, que lo censuramos derriba la defensa con la ignorancia. Tener cuidado de la lengua indica que el hombre es un servidor, pero la mala educación de la lengua indica que no tiene virtud interior.

La limosna hecha con ciencia engendra la previsión y conduce a la caridad; pero la ausencia de misericordia indica que no hay virtud. La bondad engendra la pureza, pero la distracción engendra las pasiones. La dureza de corazón engendra la cólera. La ascesis del alma es odiar la distracción; la ascesis del

cuerpo es la indigencia. La caída del alma es amar la distracción, su recuperación es el silencio con ciencia. La saciedad de sueño es agitación de las pasiones en el cuerpo, la salvación del corazón es la vigilia comedida. Dormir hasta la saciedad produce la abundancia de imaginaciones; la vigilia comedida alimenta el espíritu. Un sueño abundante espesa el corazón, la vigilia comedida lo afina. Mejor es dormir en silencio con ciencia, que el que vela con palabras vanas (*Mateo 12,36*).

El duelo expulsa toda malicia sin turbarse. No herir la conciencia de nuestro prójimo (*1 Corintios 8,12*) engendra la humildad. La gloria humana engendra poco a poco el orgullo. Amar la abundancia expulsa la ciencia. La templanza del vientre abate las pasiones; el deseo de alimentos las despierta para satisfacerlas. El adorno del cuerpo es la caída del alma; pero cuidarlo en el temor de Dios es bueno. Atender el juicio de Dios engendra en el alma el temor de Dios; pasar sobre la conciencia expulsa las virtudes fuera del corazón. El amor a Dios suprime la negligencia; pero la ausencia de temor la despierta. Guardar la boca eleva el espíritu hacia Dios, si se calla con ciencia; pero la charlatanería engendra el desaliento y la locura. Que venzas tu voluntad por tu prójimo indica que el espíritu ve las virtudes; pero mantener tu voluntad con tu prójimo indica la falta de ciencia.

La meditación con temor de Dios preserva al alma de las pasiones; pronunciar las palabras del mundo la entenebrece lejos de las virtudes. Amar las cosas materiales turba la mente y el alma.

Que guardes silencio y no reveles tus pensamientos indica que buscas el honor mundano y su vergonzosa gloria; pero quien abiertamente dice sus pensamientos ante sus Padres, los echa lejos de sí. Como una casa sin puertas que ve cualquier reptil y entra en ella, así es quien hace su trabajo y no lo guarda. Como la herrumbre corroe el hierro, así es el honor humano si el corazón le obedece. Como la enredadera se enrosca (*Nehemías 1,10*) sobre la vid y la daña, así la vanagloria daña el trabajo del monje si él le obedece. Como el gusano come la madera y la deteriora, así el corazón con malignidad entenebrece el alma lejos de las virtudes.

Postrar el alma ante Dios (*Salmos 54,23; 1 Pedro 5,7*) engendra que tú soportes una injuria sin turbarte, y sus lágrimas [LLORAR POR LOS PECADOS. NO POR LA INJURIA] son más sanas que todas las cosas humanas. No censurarse a sí mismo fomenta la impaciencia y la cólera. Que alguno mezcle su palabra con las gentes del mundo turba su corazón y le produce vergüenza cuando ora a Dios, pues no tiene confianza. Amar los bienes del mundo entenebrece el alma, pero despreciarlos en todo fomenta la ciencia. Amar el trabajo es el odio de las pasiones; pero la pereza las produce sin esfuerzo.

No te ates a tus actos y tu pensamiento hará silencio en ti. No confíes en tu fuerza (*2 Corintios 1,9*), y el auxilio de Dios estará contigo. No tengas enemistad con respecto a un hombre, si no, tu plegaria no será aceptada. Estáte

en paz con todo hombre para estar seguro cuando ores. Guarda tus ojos y tu corazón no verá el mal; el que mira a alguien con voluptuosidad comete un adulterio (*Mateo 5,28*). No desees conocer la falta de quien te entristece, para que no le desees el mal en tu corazón (*Romanos 12,17*).

Guarda tus oídos, para no recoger la guerra en ti. Haz el trabajo de tus manos, para que el pobre encuentre tu pan; pues la ociosidad es la muerte y caída del alma. Orar cada día suprime la cautividad (*Romanos 7,23*); despreciar poco a poco es la madre del olvido. Quien pone su atención en la muerte cercana (*Eclesiástico 7,36*) no pecará mucho; pero quien espera alcanzar larga vida se implicará en numerosos pecados (cfr. *Santiago 4,13-17*). El que se prepara a dar cuenta a Dios por todos sus actos (*Romanos 14,12*), Dios tendrá cuidado de purificar su camino de pecado (*Salmos 50,4*). Quien siente desprecio y dice: "*un momento, yo llegaré allí*", tendrá su morada con los malvados. Antes de hacer algo, recuerda cada día dónde estás y, cuando salgas del cuerpo, a dónde debes ir, y no despreciarás tu alma ni un solo día. Considera el honor que recibieron los santos y su celo te vendrá poco a poco; por otra parte, considera los oprobios que obtuvieron los pecadores y te guardarás de las maldades. Ten en cuenta los consejos (*Proverbios 11,14; Eclesiástico 37,1 b*) siempre, y pasarás el tiempo en reposo. Vigila si tu pensamiento te punza porque tu hermano está entristecido por ti, no desprecies hacer penitencia con voz suplicante, hasta que le persuadas.

Mira: no tengas un corazón duro contra tu hermano, pues todos nosotros sufrimos violencia. Si vives con los hermanos, no les mandes ninguna cosa, sino fatígate con ellos, para no perder tus frutos (cfr. *2 Juan 5,8*). Si los demonios te atormentan a causa de tu comida, de tu vestido y de tu gran pobreza echando sobre ti el oprobio, no les repliques nada, sino entrega tu alma a Dios, de todo corazón, y el te dará el reposo.

Mira: no desdeñes hacer tus trabajos, pues ellos traen luz al alma. Si obras el bien, no te gloríes; si has hecho muchas cosas malvadas, que tu corazón se aflija grandemente, si no vuélvete contra tu corazón para que no las obedezca, y serás preservado del orgullo, si eres sabio. Si estás fatigado por la fornicación, abrumate sin cesar, con humildad, delante del Señor, y no dejes que tu corazón se persuada de que tus pecados han sido perdonados y estarás en reposo.

Si la envidia te atormenta, recuerda que todos somos miembros de Cristo (*Efesios 5,30*), y que el honor y el oprobio de nuestro prójimo nos pertenece a todos, y estarás en reposo. Si el amor del vientre se pone contra ti por el deseo de comida, recuerda su pestilencia y estarás en reposo. Si una palabra en contra de tu hermano te atormenta, recuerda que si la escucha se apenará y encontrarás descanso. Si el orgullo te domina, recuerda que destruye todo tu trabajo, que quienes lo obedecen no observan la penitencia, y estarás en reposo. Si el desprecio a tu prójimo lucha contra tu corazón, recuerda que, por su causa, Dios te libraré de la mano de tus enemigos y estarás en reposo. Si la belleza del cuerpo atrae tu corazón, recuerda su hediondez y estarás en reposo. Si el deseo de las mujeres te es agradable, recuerda adónde fueron los que murieron y

estarás en reposo. Pues todo esto el discernimiento lo reúne, lo examina y lo destruye. El discernimiento no puede venir a ti si no hace tu trabajo. Primero el silencio engendra la ascesis, la ascesis engendra las lágrimas, las lágrimas engendran el temor de Dios, éste produce la humildad, la humildad engendra la previsión, la previsión engendra la caridad y la caridad engendra santidad del alma. Entonces el hombre, después de todo esto, sabe que está lejos de Dios. Quien desee llegar a todos los honores de las virtudes (*2 Pedro 1,4*) que esté sin preocupación ante ningún hombre, que se prepare para la muerte, que cada vez que rece comprenda lo que le separará de Dios y lo que le destruye, que odie todo este mundo (*Lucas 14,26*), y la bondad de Dios se las concederá rápidamente (*Romanos 16,20*).

Ahora aprended esto: todo hombre que come y bebe sin medida o ama cualquier cosa de este mundo, no llegará a ellas ni las tendrá, sino que se hace caer a sí mismo. Exhorto a todo hombre que quiera hacer penitencia ante Dios a guardarse del vino, pues es lo que aviva todas las pasiones, y expulsa del alma el temor de Dios. Por tanto, pide a Dios con todas tus fuerzas que te envíe su temor, para que tu deseo de Dios haga perecer toda pasión, que lucha con el alma desdichada, que quiere separarla de Dios para apoderarse de ella: por eso los enemigos emplean todo su poder en la lucha contra el hombre.

No te preocupes por el reposo, hermano, mientras estés en el cuerpo, ni tengas fe en ti mismo (*2 Corintios 1,9*) si ves que durante un tiempo estás en reposo respecto a las pasiones, pues ellas se retiran con astucia por un tiempo, para que el hombre relaje su corazón pensando que ha llegado al reposo; luego, súbitamente, se lanzan sobre la desdichada alma y la aprisiona como un gorrión (*Lamentaciones 3,52*) y, si la vencen, la abisman sin misericordia (*Proverbios 17,11*) en pecados peores que los anteriores (*Mateo 12,45*), por los que antes oraba para que le fuesen perdonados. Permanezcamos en el temor de Dios, y estemos alerta, cumpliendo, practicando y guardando todas las virtudes que aprisionaron las maldades de los enemigos, pues los trabajos y las penas de este tiempo breve (*Salmos 38,5*) no sólo nos preservan del mal, sino que además preparan las coronas del alma (*1 Corintios 9,25*) antes de salir del cuerpo. Nuestro santo doctor, el Señor Jesús, viendo la enorme falta de misericordia (*Proverbios 17,11*) y apiadándose del género humano (*Salmos 103,13s; Romanos 12,32*), les mandó con corazón firme diciendo: "*Estad preparados en todo momento, pues vosotros no sabéis a qué hora vendrá el ladrón*" (*Mateo 24,42s*), temiendo que llegue de repente y os encuentre dormidos (*Marcos 13,36*). Y enseñando a sus santos, les ordenaba diciendo: "*Mirad que vuestros corazones no se espen con el vino y la embriaguez ni con las preocupaciones vanas, y que esta hora no os llegue de improviso*" (*Lucas 21,34*).

Sabiendo que los malvados son muchos más que nosotros, y mostrando a los suyos que el poder de no temerlos es suyo, les decía: "Yo os envío como corderos en medio de lobos" (*Mateo 10,16*); pero les ordenaba: "No toméis nada para el camino" (*Lucas 9,3*); en efecto, mientras no tuviesen nada que perteneciese a los lobos, estos no los devorarían. Cuando ellos volvieron sanos y



habiendo observado lo que les mandó, se alegró por ellos dando gracias a Dios Padre, y para fortalecer su corazón les dijo: *"Yo vi a Satanás que caía, como un rayo, del cielo; he aquí que os he dado poder para pisotear serpientes y escorpiones, y cualquier poder del enemigo no prevalecerá sobre vosotros"* (Lucas 10,18s). Su misión estuvo en el temor y la observancia, pero cuando llevaron a cabo su mandato, les da el poder la fuerza. Estas palabras no les atañen sólo a ellos, sino también a todos aquellos que cumplen sus mandatos. Les amaba con un amor perfecto (Juan 13, 1), y decía: *"No temas pequeño rebaño, pues vuestro Padre quiso daros el Reino; vended vuestros bienes y dad limosna, y tendréis bolsas que no se estropean y un tesoro que no disminuye en el cielo"* (Lucas 12,32s). A los que han guardado y puesto en práctica esta palabra, les dice: *"Mi paz os dejo, mi paz os doy"* (Juan 14,27).

Exhortándolos, decía: *"Quien me ama guarda mis preceptos"* (Juan 14,15), *"Yo y mi Padre vendremos y pondremos en él nuestra morada"* (Juan 14,23). Les quitaba el temor a este mundo y les decía: *"Tendréis tribulación en el mundo, pero tened valor, pues Yo he vencido al mundo"* (Juan 16,33). Les anima a no perder el coraje en las tribulaciones y les da la alegría en sus corazones cuando les dice: *"Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis pruebas, y os prometo, como a mí me lo prometió el Padre, el Reino, para que comáis y bebáis en la mesa de mi Reino"* (Lucas 22,28-30). Pero estas cosas no se las decía a todo el mundo, sino a aquellos que resistieron con Él las tentaciones. ¿Quiénes son los que resistieron con Él las tentaciones, sino aquellos que se opusieron a lo que no es conforme a la naturaleza? Él les dijo estas cosas marchando a la cruz. El que quiera comer y beber en la mesa de su Reino (Lucas 22,30), que vaya con él a la cruz, pues la cruz de Jesús es templanza contra las pasiones, hasta que son suprimidas. El Apóstol bienamado, que las había suprimido, osa decir: *"Estoy crucificado con Cristo; en adelante ya no soy yo quien vive en mí, sino Cristo: Él es el que vive en mí"* (Gálatas 2,20). En los que han destruido en sí las pasiones vive Cristo. Exhortando a sus hijos, el Apóstol les dice: *"Aquellos que son de Cristo han crucificado su carne con las pasiones y concupiscencias"* (Gálatas 5,24). Escribiendo a Timoteo, su hijo en la fe, le decía: *"Pues si hemos muerto con Él, también con Él viviremos; si resistimos con Él, también con Él reinaremos; si lo negamos, Él también nos negará"* (2 Timoteo 2,11 s). ¿Quiénes son los que le niegan, sino los que hacen su voluntad según la carne e insultan al santo bautismo? Por su nombre, en efecto, se nos ha dado el perdón de los pecados (Hechos 2,38), pero por la envidia (Sabiduría 2,24), el Enemigo todavía prevalece en nosotros por el pecado. Nuestro Señor Jesucristo, conociendo su gran maldad, nos entregó la penitencia (Hechos 5,31.11, 18) hasta el último aliento, pues si no hubiese arrepentimiento, nadie viviría (Lucas 13,3.5). El Apóstol, sabiendo que hay quien peca después del bautismo, dice: *"Quien roba, que no robe más"* (Efesios 4,28).

Mientras tenemos la señal del santo bautismo (Efesios 4,30), esforcémonos por abandonar los pecados, para encontrar misericordia en aquel Día (2

*Timoteo 1,18*). Pues el Señor se acerca (*Romanos 13,12*) y vendrá, sentado sobre el trono de su gloria (*Mateo 19,28*), y se reunirán ante Él todas las naciones (*Mateo 24,30*), y cada uno será reconocido por la lámpara que tendrá en su mano (*Mateo 25,10-12*). Al que no tenga aceite, su lámpara se le extinguirá (*Mateo 25,3-8*) y será arrojado a las tinieblas exteriores (*Mateo 25,30*), pero aquel cuya lámpara alumbre entrará en el Reino (*Mateo 25,10*). Apliquémonos, bienamados, en llenar de aceite nuestros vasos mientras que estamos en el cuerpo, para que nuestra lámpara alumbre y entremos en su Reino. El vaso es la penitencia, el aceite que contiene son las obras de las virtudes, la lámpara es el alma santa. Pues el alma revestida de luz es quien, por sus actos, entrará con Él en su Reino; pero quien tenga un alma tenebrosa, por su malicia irá a las tinieblas. Luchemos, hermanos míos, pues el tiempo se acerca (*Lucas 21,8*); dichoso el que se preocupe, pues sus frutos llegarán a la madurez y es el tiempo de la cosecha. Bienaventurado es el que guarda sus frutos: los ángeles lo recibirán en el granero eterno; pero desdichado el que es cizaña, porque el fuego será su herencia (*Mateo 13,30*).

Pues la herencia de este mundo, el oro y la plata, las casas y los vestidos, no sólo nos disponen al pecado, sino que las abandonaremos cuando nos marchemos (*Eclesiástico 11,19.14, 15; Salmos 48,11*). La herencia de Dios no tiene medida: es lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni se mostró al corazón del hombre (*1 Corintios 2,9*); es lo que Dios concederá a quienes le obedecen en este corto tiempo (*Salmos 38,5*), y la reciben gracias al pan, el agua y los vestidos que dieron a los necesitados (*Mateo 25,37.40*), la misericordia, la pureza sin corrupción, no desear mal al prójimo, un corazón sin malicia y los demás mandamientos. Aquellos que los guardan tendrán descanso en este mundo, los hombres los respetarán (*Eclesiástico 18,27*) y, cuando salgan del cuerpo, recibirán el gozo eterno. Pero aquellos que hacen su voluntad en el pecado y no quieren arrepentirse, que están en la alienación del placer y, en su extravío, consuman su maldad, la astucia (*2 Corintios 4,2*) de sus palabras, los gritos (*Efesios 4,31*) de sus disputas, la ausencia de temor ante el juicio de Dios, la falta de misericordia hacia el pobre (*Mateo 25,44s*) y los demás pecados, sus rostros serán cubiertos de vergüenza en este mundo y los hombres los despreciarán, y, cuando salgan de este mundo, el oprobio y la deshonra los precederán en la *gehenna*.

Dios tiene el poder (*2 Corintios 9,8*) de hacernos dignos de avanzar en nuestras obras y guardarnos de toda acción malvada, de modo que podamos ser salvos en la hora de la prueba que va a venir sobre el mundo entero (*Apocalipsis 3,10*). Nuestro Señor Jesucristo no tardará (*Hebreos 10,37*), sino que vendrá trayendo consigo la recompensa (*Apocalipsis 22,12*); a los impíos los enviará al fuego eterno (*Mateo 18,8*), pero a los suyos les dará la recompensa, entrarán con Él en su Reino y allí tendrán el descanso, por los siglos de los siglos. Amén.

## LOGOS 17

### Sobre los pensamientos en el trabajo.

Ante todo, el primer combate es vivir como extranjero, sobre todo si el hombre huye solo, abandona todo lo suyo y va a otro lugar, llevando una fe perfecta, la esperanza y un corazón resuelto contra sus voluntades. Pues los demonios te acorralan en círculos numerosos, atemorizándote en las tentaciones, con la dura pobreza y con las enfermedades, al sugerirte: "*Si caes en estas cosas, ¿qué harás, sin nadie que te conozca para ocuparse de ti y la bondad de Dios te prueba para que se manifieste tu celo (Hebreos 6,11) y tu amor a Dios?*". Si estás solo en tu celda, siembran en ti duros pensamientos de miedo (*Mateo 13,39*) que dicen: "*No sólo es el vivir como extranjero lo que hace vivir al hombre, sino guardar los mandamientos de Dios*" (*Mateo 19,17*); y traen ciertos recuerdos referentes a cosas de la carne, para persuadir a tu corazón, y dicen: "*¿Acaso éstos no son servidores de Dios?*". Introducen en tu corazón también ideas sobre las duras condiciones del clima y la pesadez del cuerpo, para que tu corazón se debilite con el desánimo.

Pero si la caridad y la esperanza están en ti, su malicia no actúa, luego se manifiesta tu celo ante Dios, a quien amas más que al reposo de la carne. Quienes soportan las tribulaciones que trae el vivir como extranjero, la tribulación les procura la esperanza, y la esperanza les protege de las cosas carnales. No es en vano que vivas como extranjero, sino provechoso para disponerte y perseverar en la lucha contra los enemigos, sabiendo rechazar a cada uno de ellos a su tiempo, hasta que alcances el descanso de la impasibilidad y seas liberado, como señal de que has vencido toda guerra a su tiempo. Es grande y excelente, según pienso, vencer la vanagloria y crecer en el conocimiento de Dios. En efecto, el que ha caído en la maligna pasión de la vanagloria es ajeno a la paz y duro de corazón ante los santos; y, para remate de sus males, cae en un orgullo perverso del espíritu y en la preocupación por mentir (*Santiago 3,14*). Tú, fiel, ten escondidos tus trabajos, y con dolor de corazón procura que tu lengua no enaltezca tus trabajos y los entregue a tus enemigos; el que trabaja y rechaza las pasiones del cuerpo y por sus penas las hace perecer en sí mismo si hace esto ante Dios, Él le gratifica con lo que le pertenece, pues ha llegado a ser digno de Él.

Quien ama la vanagloria no puede estar libre de la envidia, y quien tiene envidia no puede hallar la humildad; pues el que se entrega a sus enemigos, hace que obren en él muchas maldades y en secreto le atraviesan con agudo puñal (*Salmos 56,5*), y cada maldad nunca complace su deseo.

Quien ha adquirido la humildad, si está de acuerdo con su naturaleza, sus pecados se le hacen manifiestos, de forma que los reconoce. Si con la humildad coincide el duelo y ambos permanecen en el hombre, expulsan de su alma los siete demonios (*Lucas 8,2*) y la alimentan con sus delicias y con sus santas

virtudes. A este hombre no le importan las ofensas de los hombres, pues sus propios pecados son como una armadura que lo preserva de la cólera y de la retribución del mal, y soporta lo que viene en su contra. ¿Qué injuria pueden lanzar contra él que sea mayor que la que hay en su corazón ante Dios, a causa de sus pecados?

Si aún no estás capacitado para soportar una palabra de tu prójimo y tú le replicas con acritud, después surgen en tu corazón luchas que te abruma por lo que escuchaste y te meten en la angustia por lo que replicaste; la cautividad te domina y te hace llamar bienaventurados a los que viven retirados en soledad, endurece tu corazón y te aparta de la caridad (*Romanos 8,35*); pero si sobre todo has luchado por adquirir la longanimidad que vence a la cólera, la caridad curará tu tristeza. El Pedir a Dios con temor te guardará de estas cosas; la caridad y la longanimidad te procurarán la cólera conforme a la naturaleza y, si permanecen en ti, en vez de irritarte contra tu prójimo, te irritarás contra los demonios y estarás en paz con tu vecino (*Marcos 9,50; Romanos 12,18*), porque están en tu corazón el duelo y la humildad.

Quien puede, por amor a Dios, soportar una palabra dura de un hombre difícil e ignorante, con paz en sus pensamientos, éste será llamado hijo de la paz (*Lucas 10,6*), y será capaz de poseer la paz del alma y del cuerpo y del espíritu (*1 Tesalonicenses 5,23*). Si estas tres están de acuerdo, cesan de combatir los que están en armas contra la ley y el espíritu (*Romanos 7,23*) y anulan la cautividad de la carne; este hombre será llamado hijo de la paz (*Lucas 10,6*), y el Espíritu Santo habitará en él (*Santiago 4,5*), porque ha llegado a ser suyo y nunca será apartado de Él.

¡Dichosos los que realizan sus trabajos con ciencia! Ellos los introducen en el descanso con respecto a lo que les pesa (*Hebreos 12,1*); escapan de las malicias de los demonios, principalmente del miedo, que separan al hombre de toda obra buena que se propone y que traen al espíritu la negligencia para que no haga ningún esfuerzo hacia Dios y se entregue a ellos, con el propósito de vencerlo por las penas y apartarlo del camino.

Yo pienso que si están en nosotros la caridad, la paciencia y la templanza, los demonios no pueden hacer anda, sobre todo si el espíritu ha reconocido que la negligencia es lo que trastorna todo y la desprecia.

Si has abandonado todo lo material, guárdate del demonio de la tristeza, temiendo que por causa de la pobreza y la indigencia no puedas llegar a las grandes virtudes, que son: no estimarse a ti mismo, soportar el insulto, no alcanzar renombre en cualquier imperativo de este mundo [ES DECIR, NO ACOMODARSE AL MUNDO PARA TENER FAMA). Si luchas por adquirirlas, te preparan las coronas para el alma (*1 Corintios 9,25*). No son pobres los que han renunciado al mundo y carecen de cosas visibles, sino que son llamados así los pobres de toda malicia que tienen constantemente hambre de la ayuda de Dios; no son los que soportan las tribulaciones visibles quienes adquieren la impasibilidad, sino los que se preocupan por su hombre

interior (*Romanos 7,22*) y anulan sus voluntades. Éstos recibirán la corona de las virtudes.

Domina tu corazón, guardando tus sentidos; si tienes la memoria en paz, atraparás a los ladrones que la saquean (*Juan 10,110*); pues quien vigila sus sentidos reconocerá a los que quieren entrar en él y mancillarle. Si tienes el santo deseo de Dios, el espíritu reconocerá a los que quieren mancharlo. Si tienes cuidado de los mandamientos con un corazón ferviente, comprenderás quienes son los que te turban, las causas de ello y por qué te llevan al desaliento para que elijas otro lugar [PARA VIVIR] sin tener motivo, lamentando residir en el que estás. Ellos agitan el espíritu para que se vuelva inactivo y vagabundo, pero los que conocen su malicia permanecen sin agitarse, dando gracias a Dios por el lugar que les dio para mantenerse bien.

En efecto, la paciencia, la longanimidad y la caridad agradecen los trabajos y la fatiga; pero el desánimo, el abatimiento, el amor al descanso piden un lugar donde se les estime. Luego, por la alabanza de muchos, los sentidos enferman y necesariamente la cautividad de las pasiones los someten, destruyendo la templanza interior con el vagabundeo y la saciedad, El santo dijo: Si antes que los sentidos hayan superado la debilidad, el espíritu quiere subir a la cruz, la cólera divina vendrá sobre él, pues comenzó una tarea que supera sus posibilidades por no haber curado antes sus sentidos [LA RAZÓN DE ESTA EXIGENCIA ESTÁ EN QUE LA CRUZ ES EL SÍMBOLO DE LA INMORTALIDAD].

Si tu corazón vagabundea y no sabes dominarlo, es tu acción, lo quieras o no, quien lo entretiene en el vagabundeo; siendo contrario a la naturaleza de Adán [EN LA NATURALEZA ANTES DEL PECADO ORIGINAL]. Si realmente tu corazón tiene odio al pecado y se ha apartado de aquello que lo engendra, si pones el castigo ante ti con ciencia, si te haces ajeno hacia lo que te lleva a él, si rezas con ciencia a quien te socorre para que permanezca contigo, sin contristarle en nada, sino llorando ante Él y diciendo: "*Tuya es la misericordia (Salmos 61,13), sálvame, pues no puedo huir de tus manos sin tu auxilio*", mirando en tu corazón para no apenar a quien te enseña según Dios, esto es conforme a la naturaleza de Jesús. Pues si el hombre hace todo fijándose primero en lo conforme a la naturaleza que nos ha mostrado el Señor sin desviarse en nada, si no tiene ninguna acción carnal, si tiene dispuesto todo su corazón a obedecer a Dios, le pide en verdad y dice: "*Señor, estoy ante ti, hazme digno de tu voluntad, pues yo sé que no es lo conforme a ella; haz conmigo según tu misericordia (Salmos 118,124); vuélvete en favor de mi indigencia porque soy tuyo, combate tú mismo contra mis enemigos, pues no conozco su malicia, pues tú todo lo conoces y todo lo ves*" (1 Juan 3,20); si obras conforme a la naturaleza de Jesús, no permitirá que te equivoques en nada; pero si haces un mandamiento y otro no lo haces, no le has escuchado y Él no permanecerá a tu lado; a quien tú has invocado, diciendo: "*Yo estoy en tus manos*" (Salmos 30,16).

En efecto, lo mismo que el campo no puede hablar en contra del que lo trabaja para purificarlo de toda cizaña y sembrar las semillas conformes a la

naturaleza creada, así necesita quien se ha dedicado a Dios con ciencia que no discuta nada, sino que le ame sobre todas las cosas contrarias a la naturaleza sembradas en su corazón, pues son cizaña, y se postre con todo el corazón y con todo su conocimiento, y la piedad lo purifique de la cizaña y siembre en él las buenas semillas, sin que sea dominado por la cizaña. En efecto, las que son según la naturaleza no pueden crecer con las que son contrarias a la naturaleza, pues son sofocadas por la cizaña (*Mateo 13,7*), que no tiene el color ni la fuerza de las otras; pertenece a su misericordia arrancarla. Si nosotros nos entregamos a Él, curará nuestras voluntades carnales.

Tú no puedes preservarte del pecado sin antes guardarte de aquello que lo engendra; estas cosas son: la pequeñez de alma es la mala madre del pecado, el desánimo engendra el pecado, la abundancia engendra el pecado, el desprecio engendra el pecado, un corazón dominante engendra el pecado, que ames hablar cosas engendra el pecado, que busques lo que no te conviene (*Efesios 5,4*) engendra el pecado, que des odio a quien critica engendra el pecado, que enseñes sin haber sido preguntado engendra el pecado, que busques las cosas del mundo engendra el pecado, que incordies a tu vecino engendra el pecado, y así muchas otras cosas. El que progresa o quiere progresar se protege con ciencia de las cosas que engendran los pecados, y los pecados por sí mismos se debilitarán. Quien combate los ve a ellos y su amargura, pero el que menosprecia se prepara el castigo. Quien evita al reptil venenoso no será mordido, quien tiene un corazón protegido se levanta contra él hasta que le hace perecer y rápidamente estará en reposo. Quien teme la debilidad del cuerpo no alcanzará la conformidad con la naturaleza; pero si un hombre suplica a Dios en todos sus trabajos. Dios le puede dar el reposo. En efecto, si Gedeón no hubiese roto los cántaros, no habría visto la luz de las lámparas (*Jueces 7,19s*); así, si el hombre no desprecia su cuerpo, no verá la luz de la divinidad (*1 Pedro 2,9*; *1 Juan 1,5-7*); si Jael, la mujer de Heber el quenita, no hubiera arrancado el clavo de la tienda y no lo hubiese cogido, no habría matado el orgullo de Sisara (*Jueces 4,21*). Por tanto, si el espíritu está vigilante y dispuesto a adquirir la divinidad que extingue todas las pasiones del corazón y del cuerpo, la cual es longanimidad y dulzura, odia la envidia y el orgullo y no piensa el mal (*1 Corintios 13,4s*).

La misma caridad se convierte en cólera natural en el corazón, y no permite que nada que esté en contra de la naturaleza prevalezca sobre el espíritu y, por su fuerza santa [LA DE LA CARIDAD], el espíritu se levanta contra lo que es contrario a la naturaleza y que le aparta de lo que está según ella. Pero si el espíritu verdadero lo vence, se convierte en cabeza del alma, de modo que ésta ya no recibe las semillas de lo que está en contra de la naturaleza (*Mateo 13,39*); pues le repasa todas las maldades que le hicieron durante el tiempo que estuvieron mezcladas con las cosas naturales.

Nuestro Señor Jesucristo, cuando tuvo misericordia de sus santos, separaba en su cruz a los ladrones, cuando fueron crucificados los dos, y Él mismo en medio de ellos. El de la izquierda se agitaba viendo que había

cesado su amistad impura con el de la derecha; el de la derecha miraba a Jesús con humildad y temor diciendo: *"Acuérdate de mí, mi Señor, cuando llegues a tu Reino"* (Lucas 23,42). Está claro que ya no son amigos, ni el de la derecha puede ser persuadido por las amargas maquinaciones del otro. Quienes no han llegado a este camino caen y se incorporan, hasta que se les hace misericordia, pues no pueden ser salvados mientras la misericordia no está con ellos. Es necesario preocuparse en reflexionar con temor y humildad, como el ladrón de la derecha, pues la humildad concede soportar la abyección; entonces, cuando el hombre se vuelve ajeno al ladrón de la izquierda, conoce con exactitud todos los pecados que cometió contra Dios, pues no ve sus pecados quien no se apartó de aquel ladrón con una separación llena de amargura. Los que han alcanzado este grado han encontrado las lágrimas y la imploración, teniendo vergüenza ante Dios cuando recuerdan la perversa amistad por la cual les habían esclavizado. Pero su santo Nombre tiene poder para fortalecer a quienes sirven en lo secreto con humildad. A Él sea el honor y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

## LOGOS 18

### Sobre la ausencia de rencor.

El santo Apóstol dio una orden a sus discípulos al decir: *"Nuestro Señor está cerca, no os preocupéis, sino que en toda oración y plegaria vuestras deficiencias sean conocidas por Dios con acción de gracias y la paz de Dios pacificará vuestros corazones"* (Filipenses 4,5-7). Y en el evangelio de Marcos, Jesús dice a sus discípulos: *"Perdonad todas sus faltas a vuestros deudores, para que también vuestro Padre perdone las vuestras"* (Marcos 11,26).

Es terrible la palabra que dijo Cristo: si ves que tu corazón no es puro hacia todo hombre (1 Timoteo 1,5; 1 Pedro 1,22), no pidas nada a Dios, pues es una ofensa que haces a Dios. Siendo tú un pecador con la tristeza en el corazón contra un hombre semejante a ti, di a quien sondea los corazones (Romanos 8,27): *"¡Perdóname mis pecados!"*.

Aquél del que habla Cristo no ora con el espíritu, sino con los labios (Mateo 5,8) y con ignorancia. El que desea verdaderamente con espíritu orar a Dios en el Espíritu Santo y con corazón puro (1 Timoteo 1,5), examina su corazón antes de rezar a Dios, para saber si está sin preocupación (1 Corintios 7,32) ante todo hombre o no; y si lo está, se hace caer a sí mismo (1 Juan 1,8), pues no hay quien le escuche, ni es el espíritu el que ora, sino la rutina de las horas del canon. El quiere orar, primero le conviene examinar qué hay en su espíritu y si dices: *"Ten piedad de mi"*, tú también apiádate de quien te suplica (Mateo 18,33); si dice: *"Perdóname"*, también tú, desdichado, has de perdonar, si dices: *"No tengas en cuenta mis pecados"* (Salmos 78,8), no te acuerdes de las faltas de tu prójimo; si dices: *"No tengas en cuenta mis maldades"*, ya las hayas hecho con tu voluntad o hayas sido obligado, no las recuerdes más tú tampoco. Pues si hubo coacción, no debes imputar nada a quien sea. Si no has logrado hacer esto, oras en vano. En efecto, Dios no te escuchará, según dicen todas las Escrituras. Según San Mateo, Jesús dijo en la oración: *"Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores"* (Mateo 6,12); según San Lucas, dice: *"Si perdonáis a los hombres sus faltas, vuestro Padre que está en los cielos os perdonará las vuestras; pero si no perdonáis sus faltas a los demás, vuestro Padre del cielo no perdonará más las vuestras"* [EL AUTOR CITA A LUCAS, PERO SE TRATA DE MATEO 6,14-15]. Pues en todo es la caridad quien te libra.

Lo que pides a Dios, hazlo antes, y serás liberado de acuerdo con la medida que hayas tenido con los demás. Pues si has purificado tu corazón ante toda criatura, de modo que no guardes rencor a nadie, necesitas vigilarlo, pues Dios es perfecto; y que no quede sólo en palabras de tu boca. Todo hombre se encadena así mismo para la *gehenna* y se libera así mismo; pues no hay nada más inflexible que la voluntad, cuando se inclina hacia la muerte o hacia la vida



(*Filipenses 1,20*). ¡Dichosos quienes han amado la vida eterna: no tropezarán!  
(*Filipenses 1,10*).

Existe escondido un combate del corazón, en el trabajo y en el sudor, frente al pensamiento que te atormenta, para que no permitas que su saeta hiera tu corazón y será tu trabajo sanarlo si no pones tus pecados delante de ti cada día. Si ves que algún mal te sobreviene de parte de alguien, necesitas oponerle la buena voluntad para no devolvérselo en tu corazón, ni blasfemes ni le juzgues, ni hables mal de él ni que esté en boca de otros, piensa antes de hacerlo: "*No hay nada del mal en mí*". Si tienes temor a la *gehenna* y te haces dueño de los malvados que desean que devuelvas el mal a tu prójimo, di: "*¡Desdichado, oras por los pecados que has hecho y Dios los soporta hasta el día de hoy sin manifestarlos, y tú guardas rencor hacia tu prójimo poniéndolo en boca de otros!*". Está claro que tienes pecados que no has abandonado ni tampoco han alcanzado el perdón. Si tu corazón se ablanda y te guardas de tus malicias, hallarás misericordia ante Dios; pero si tu corazón es malvado y duro ante tu prójimo, tu memorial no llegará ante Dios (*Hechos 10,4*).

¡Perdonadme! ¡Soy pobre en todo y estoy humillado por mis pecados; escribo la verdad, avergonzándose el semblante de mi corazón! Si el hombre no se vuelve según la naturaleza del Hijo de Dios, en vano hace todos sus trabajos (*2 Pedro 1,8*). El agricultor, al sembrar las semillas, cuida que se multipliquen mucho, pero si se vuelven malas o defectuosas, la tristeza está continuamente en su corazón a causa de la pérdida de las semillas y de los trabajos que hizo en la tierra.

El Apóstol Pedro, que fue crucificado en Roma, pidió ser puesto cabeza abajo, manifestando así el misterio de lo contranatural que dominó sobre todo hombre. La Escritura dice que todo bautizado debe crucificar las maldades de lo que es contrario a la naturaleza, que perjudicaron a Adán y le privaron de su gloria (*Gálatas 5,24; Romanos 3,23*) con amargo oprobio y vergüenza. El espíritu necesita luchar con valor para odiar las cosas visibles, amadas por todo hombre, y ser su enemigo hasta el fin con un odio amargo. He aquí las principales cosas que dominan sobre los hijos de Adán: el lucro, el honor, el ocio, gloriarse de lo que ha dejado, el adorno del cuerpo para que sea hermoso y con salud, buscar vestidos hermosos; estas cosas alimentan el deseo que introdujo la serpiente dentro de Eva (*Génesis 3.1 ss*), y por ellas conocemos que somos hijos de Adán, también por los pensamientos malvados que nos hacen enemigos de Dios (*Santiago 4,4*). Dichoso el que fue crucificado, muerto, sepultado y resucitado en la vida nueva (*Romanos 6,4*), cuando vea que amó la naturaleza del Hijo y que siguió sus santas huellas (*1 Pedro 2,21*) sobre las que caminó, cuando el Hijo se hizo hombre por sus asalariados, los santos. A Él pertenecen la humildad, la pequeñez, la pobreza, la indigencia, el perdón, la paz, soportar la injuria, no ocuparse del cuerpo, temer los ataques maléficos y, lo más importante, conocer todo antes de que ocurra (*Filipenses 3,13*) y soportar a los hombres con concordia. Quien alcanzó estas cosas e hizo perecer lo contrario a la naturaleza, es

evidente, en verdad, que pertenece a Cristo, que es Hijo del Dios *vivo* (*Mateo 6,16*), y hermano de Jesús (*Mateo 12,48-50*). De Él son la fuerza y la misericordia. Amén.

Prestad atención, si está bien en vosotros lo que atañe a la oración. ¿La pureza de vuestro espíritu no está turbada? ¿Vuestra mente no ha sufrido el vagabundeo al estar en oración, de forma que se os introdujo cualquier pensamiento y la hizo volverse hacia otra cosa? ¿El recuerdo de preocupaciones que no nos convienen (*Efesios 5,4*) no atormenta al espíritu? Mirad, en verdad, si os habéis puesto ante Dios; si no es por vanagloria que habéis cambiado las virtudes, y así os mostráis como los que se exhiben ¿No os jactáis de que se os considere justos? (*Lucas 18,9ss*). El recuerdo de la familia, ¿no está en tu espíritu cuando oras, o el recuerdo de lo que sería bueno para ti, o de cualquier otra cosa del mundo? En vano se hace el trabajo (*2 Pedro 1,8*) cuando el hombre, hablando con Dios, se deja arrastrar por los pensamientos que le vienen. Esta perversión del espíritu es la que sufrirá cualquiera que no repudie perfectamente el mundo.

Él dijo sobre otras cosas de la ascesis: Es necesario esperar la muerte como la salida de una vida buena y no fijarse en el avance de la debilidad del cuerpo ni llenarse el vientre, semillero de vilezas. En efecto, cuando el hombre se sacia, sufre las mismas voluntades que los que hacen costoso el bien; mejor es querer por la ascesis obtener la impasibilidad en lo que concierne a las concupiscencias; no buscar cosas dispuestas para las satisfacciones de aquí abajo (*1 Corintios 2,9*), sino empequeñecerse y contenerse por Cristo.

## LOGOS 19

### Sobre las pasiones

[TEXTO GRIEGO]

#### La presencia del Espíritu Santo, signo de la muerte de las pasiones

Quisiera yo también decir con el profeta Isaías: *"Tengo la paciencia de la mujer que da a luz, hasta que los deseco y los destruyo"* (Isaías 42,14). Si sabes que la fuente del Espíritu Santo brota en ti, ése es el signo de que las pasiones son desecadas y destruidas. Como dice nuestro Salvador: *"El Reino de Dios no está aquí o allá, sino en vuestro interior"* (Lucas 17,21). El Apóstol dijo también: *"El Reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder"* (1 Corintios 4,20). Algunos, en efecto, hablan de las obras del Reino, pero sin cumplirlas; hay otros que cumplen las obras del Reino, pero hablan de ello sin vigilancia ni ciencia. Aquéllos en quienes se cumplió la palabra del Salvador: *"El Reino de los Cielos está en vosotros"*, son raros, poco numerosos y difíciles de encontrar. A ellos viene el Espíritu Santo de Dios y en ellos se cumple la palabra de San Juan: *"A aquellos que creen en su nombre les ha dado el poder de llegar a ser hijos de Dios; ellos no nacieron de la sangre ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios"* (Juan 1,12s).

#### La alegría de aquellos que llevan a Cristo como la Virgen María

Éstos son los que están liberados de la amarga sentencia originada en Adán: *"La tierra será maldita en tus obras"* (Génesis 3,17). Éstos son los que han recibido la alegría, la misma que recibió la Virgen María: *"El Espíritu de Dios vendrá sobre ti y la potencia del Altísimo te cubrirá"* (Lucas 1,35). Pues del mismo modo como hasta ahora la tristeza descendió sobre Eva y su descendencia, la alegría descendió sobre María y su descendencia, también hasta ahora. Por eso, si siendo hijos de Eva reconocemos su maldición sobre nosotros a causa de nuestros pensamientos viles, también debemos saber que hemos nacido de Dios por los pensamientos del Santo Espíritu y los sufrimientos de Cristo, si están verdaderamente en nuestro cuerpo; pues está escrito en el Apóstol: *"Probaos vosotros mismos para saber si Cristo está en vosotros, examinaos vosotros mismos"* (2 Corintios 13.5).

En efecto, cuando llevamos la imagen de lo terrestre (1 Corintios 15.49), sabemos que somos hijos de lo terrestre a causa de la materia vil de sus pensamientos que habitan en nosotros: las pasiones; pero aquellos que llevan la imagen de lo celeste, se saben hijos de lo celeste por el Santo Espíritu que habita en ellos.

Isaías clamaba, en efecto; *"Por tu temor. Señor, hemos concebido, llevado, dado a luz y expandido el espíritu de tu salvación sobre la tierra"* (Isaías 26.18).

Está escrito también en el Eclesiastés: *"Como huesos en el vientre de aquella que está encinta, así el camino del Espíritu"* (Qohelet 11,5). Pues del mismo modo que la Santa Virgen lo ha llevado en la carne, igualmente aquellos que recibieron la gracia del Espíritu Santo lo llevan en su corazón, según la palabra del Apóstol: *"Para que Cristo habite en el hombre interior por la fe, en nuestros corazones, que habéis arraigado y, fundado en la caridad, a fin de que podáis presentaros con todos los santos"* (Efesios 3.16-18). Y también: *"Llevamos ese tesoro en vasos de barro para que la sobreabundancia del poder sea de Dios y no nuestra"* (2 Corintios 4,7).

### **El alma, novia del Señor**

También, si has alcanzado lo que dice esta palabra: *"Somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria"* (2 Corintios 3,18); si en ti se cumplió la palabra del Apóstol que dijo: *"Y la paz del Señor reine en vuestros corazones"* (Colosenses 3,15), y que en vuestro espíritu esté Cristo Jesús; si has llegado a esta palabra: *"Brille en vuestros corazones la luz del conocimiento de Dios"* (2 Corintios 4,6); si se ha cumplido en ti la palabra: *"Que vuestros riñones estén ceñidos y vuestras lámparas encendidas, y seáis como servidores que esperan a su amo al regreso de sus bodas"* (Lucas 12,35s), a fin de que tu boca no permanezca cerrada, sin excusa en medio de los santos; si tú sabes, como las vírgenes prudentes, que hay aceite en tu vaso, a fin de que puedas entrar en la cámara nupcial y no se te deje afuera (Mateo 25,1-3); si sientes que tu espíritu, tu alma y tu cuerpo están unificados irreprochablemente y que resucitarán sin mancha en el día de Nuestro Señor Jesucristo; si no acarreas reproches ni condenas por parte de tu conciencia; si has llegado a ser un niño pequeño, según las palabras del Señor que dijo: *"Dejad que los niños vengan a mí, pues a quienes se parecen a ellos pertenece el Reino de los Cielos"* (Mateo 19,14), entonces has llegado a ser para Él, verdaderamente, como una novia, y su Santo Espíritu te ha constituido en heredero mientras estás todavía en tu cuerpo. Pero si no es así, espera la tristeza y el gemido, pues vergüenza y oprobio te precederán ante los santos.

### **Exhortación**

Sabe que, como una novia que se levanta cada día y no tiene otra preocupación que adornarse para su novio, mirándose a menudo en el espejo por temor a tener, por azar, alguna mancha sobre el rostro y disgustar a su amado, así la gran preocupación de los santos es examinar noche y día sus pensamientos y estudiar si están o no bajo el yugo del Espíritu Santo.

Combate pues con cuidado, hermano, en el esfuerzo del corazón y del cuerpo, para admitir esta alegría eterna, pues raros son aquellos

que se han hecho dignos de ella, que han adquirido la espada del Espíritu (*Efesios 6,17*) y han liberado su alma y sus sentidos "de toda mancha". Como dice el Apóstol: "*Poderoso es su santo nombre para venir en ayuda de nuestra debilidad, a fin de que merezcamos llegar con sus santos*" (*2 Corintios 7,1*). Amén.

## **LOGOS 20**

### **Sobre la humildad.**

¿Qué es la humildad? La humildad es considerarse pecador y que no se ha hecho ninguna cosa buena ante Dios. La obra de la humildad es el silencio, no envanecerse en nada, no querellarse. ser sumiso, que la mirada se dirija hacia abajo, tener la propia muerte ante los ojos, guardarse de la mentira, no hablar con vanidad, no contestar al que es superior a uno, no querer imponer la propia opinión, soportar la injuria, odiar el ocio, forzarse en el trabajo, vigilar para suprimir la voluntad y no irritarse. Ten cuidado, hermano, en cumplir con exactitud estos preceptos, para que tu alma no se convierta en morada de las pasiones, sino estate atento a cada una de ellas, para no acabar toda tu vida sin frutos.

## LOGOS 21

### Del mismo: sobre la penitencia, le preguntaba al abad Pedro; los dos caminos.

Pregunté al *abba*: "¿Qué es la penitencia o qué es huir del pecado?" Y él respondió, diciendo: "Hay dos caminos, uno de la vida y otro de la muerte" (*Jeremías 21,8*). Quien marcha por uno no va por el otro; en cuanto al que camina por los dos, aún no está incluido en ninguno, ni para el reino ni para el castigo: pero si muere el que anda así, está bajo el juicio de Dios, de quien es la misericordia. El que desea entrar en el Reino que cuida las obras, pues el Reino aniquila todo pecado (*Romanos 6,6*).

Los enemigos siembran, sí, pero sus pensamientos no germinan (*Mateo 13,39*); si el espíritu alcanza a gustar la dulzura de la divinidad (*Salmos 24,8; Eclesiástico 23,27; 1 Pedro 2,3*), sus flechas (*Efesios 6,16*) ya no entran en él, pues ha sido revestido con la armadura (*Efesios 6,11*) de las virtudes, que le protege y cuida de él sin permitir que sea turbado, sino que le ocupa en la contemplación. Esta contemplación es conocer y distinguir los dos caminos, huir de uno y amar el otro,

Quien conozca la gloria de Dios, conoce la amargura del Enemigo. El que conoce el Reino, ha conocido la *gehenna*. Quien conoce el amor, sabe lo que es el odio. Quien conoce el deseo según Dios, conoce el odio por lo mundano. El que sabe qué es la pureza, ha conocido la fetidez de los impúdicos. Quien conoce los frutos de las virtudes, conoce el fruto de la malicia. Aquel por cuya causa se regocijan los ángeles (*Lucas 15,7*) con sus obras, sabe que los demonios se alegran por su causa cuando realiza sus obras. En efecto, si no los evitas, no reconocerás la amargura. ¿Cómo reconocer qué es el amor al dinero, si uno no se considera como extranjero y si no pertenece en gran pobreza por amor a Dios?

¿Cómo reconocer la acidez de la envidia sin conocer la dulzura? ¿Cómo reconocer la agitación de la cólera sin saber qué es la longanimidad en iodo? ¿Cómo reconocer la impudicia del orgullo sin adquirir la suavidad de la humildad? ¿Cómo reconocer la hediondez de la fornicación sin haber conocido la dulzura y la inocencia de la pureza? ¿Cómo reconocer la vergüenza de la palabra detractora sin conocer las propias faltas? ¿Cómo reconocer la falta de formación, que es la chanza, sin conocer las lágrimas por los propios pecados? ¿Cómo reconocer la turbación del desánimo sin esperanza, sin tener los sentidos en orden y sin conocer la luz de Dios? (*1 Pedro 2,9; 1 Juan 1,5-7*).

El origen de todo esto es el mismo: se llama malicia de la Iniquidad. Las virtudes tienen una sola madre, que se llama temor de Dios (*cfr. Proverbios 1.7.22,4*); el que lo posee, engendra las virtudes que cortan las ramas de la

malicia, a la cual aludí precedentemente. Adquiérela y pasarás tu tiempo en reposo, pues el temor de Dios es una buena madre (ej. *Eclesiástico 15.1s*). En electo, antes que el hombre no supere estas cosas, no pertenece al Reino de los Cielos, a menos que luchando poco a poco se escape de cada una de ellas.

Para aquel que se preocupa por saber si el espíritu trabaja, ésta es la señal: mientras la izquierda realiza sus obras, el pecado no está muerto y las virtudes de la derecha (*cfr. Qohelet 10,2; Mateo 25.33*) no están en paz con él. Pues está escrito: *'El testamento está en vigor cuando uno ha muerto, y no lo está cuando todavía vive quien lo ha hecho'* (*hebreos 9,17*), Y también: *"¿No sabéis que para aquel os constituís esclavos de obediencia, que sois esclavos de quien obedecéis, bien del pecado para la muerte, bien de la obediencia para la justicia?"* (*Romanos 6,16*) y además: *"Ahora bien, ¿no reconocéis que Cristo Jesús está en vosotros? ¡A no ser que os encontréis ya reprobados!"* (*2 Corintios 13,5*). Y también dijo: "Los que son de la carne piensan según la carne, los que son del Espíritu piensan según el Espíritu. El pensamiento de la carne es muerte, el del Espíritu es paz y vida. En efecto, el pensamiento de la carne es enemistad hacia Dios, pues no obedece la ley de Dios, pues no la soporta, los que son de la carne no pueden agrandar a Dios. Pero vosotros no sois de la carne sino del Espíritu, si verdaderamente el Espíritu *habita* en vosotros. Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él, pero si Cristo está vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu está vivo en él a causa de la justicia" (*Romanos 8,5-10*). Y Santiago dijo: "Si alguno piensa que es de Dios y no frena su lengua, sino *que* cae en su corazón, su servicio será en vano" (*Santiago 1,26*).

El Espíritu Santo nos enseña todo esto y nos muestra cómo rechazar lo contrario a la naturaleza y nos preserva de ello. La penitencia consiste en apartarse del pecado, y no hay más que un pecado, pues el hombre viejo, todo entero, es llamado *pecado* (*Romanos 6,6*). Por eso el Apóstol dijo: *"¿No sabéis que en las carreras del estadio corren todos, pero sólo uno recibe la corona?"* (*1 Corintios 9,24*) ¿Y quién es el que corre, sino el que persiste y lucha valerosamente? Pues dice también: "Quien combate se guarda de todo" (*1 Corintios 9,25*). Tengamos cuidado, hermanos míos. ¿Y de qué hemos de cuidarnos, sino de preparar nuestra alma y postrarla ante la bondad de nuestro Señor Jesucristo? (*Salmos 54,27; 1 Pedro 5,7*). Él es poderoso y fuerte contra aquéllos. Pues el hombre, carne y sangre (*1 Corintios 15,30*), ¿qué fuerza posee para poner coto a los asaltos de los malvados?

Le pregunté también: *"¿Qué es estar en silencio dentro de la celda?"*. Y él respondió diciendo: Que estemos en silencio en la celda es que estamos postrados ante Dios (*Salmos 54,23*) y usamos toda nuestra fuerza para rechazar todo lo que siembra en nosotros el Enemigo (*Mateo 13,39*); por eso huimos del mundo.



Yo le dije: "¿Qué es el mundo?". Me respondió: El mundo es la alienación del pecado, es lo que haces en contra de tu naturaleza; el mundo es realizar la voluntad de la carne (*Efesios 2,3*), es que pienses que vas a permanecer en esta vida (*Santiago 4,13*); el mundo es que te preocupes más por el cuerpo que por el alma (*Mateo 10,28*), gloriarse de las cosas que se han abandonado. Esto que digo no es mío, sino del Apóstol Juan que dice: "No améis al mundo, ni lo *que es del mundo*; si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque todo lo que hay en el mundo es deseo de la carne, de los *ojos* y orgullo mundano; estas cosas no son de *Dios*, sino del mundo. Pasarán el mundo y su *deseo*, pero quien haga la voluntad de *Dios* permanecerá para siempre" (*1 Juan 2,15-17*). Y añadió: "Hijos míos, *que ninguno caiga*; quien obra la justicia es justo y quien obra *el pecado* es de Satanás, pues desde el principio Satanás es pecador" (*1 Juan 3,7s*). Y también: "La amistad hacia *el mundo es enemistad* contra *Dios*" (*Santiago 4,4*). Y el Apóstol Pedro, para hacer a sus hijos extraños para el mundo del pecado, dijo: "Os *exhorto, bienamados*, como peregrinos y viajeros, *a que os apartéis de las concupiscencias carnales que se ensañan con el alma*" (*1 Pedro 2,11*). Nuestro amado Señor Jesucristo, sabiendo que el mundo del pecado es fatiga hasta que el hombre lo abandona, reconforta a los suyos, diciendo: "El príncipe *de este mundo* viene y no encuentra nada en mí" (*Juan 14,30*). Y también: "El mundo es *del Maligno*" (*1 Juan 5,19*), pero dijo a los suyos que los había apartado del mundo (*Juan 15,19*). ¿De qué mundo los apartó, sino de la enajenación del pecado, que llega fácilmente?

Quien desea convertirse en discípulo de Jesús huye de las pasiones, pues si no las rechaza no puede llegar a la casa de Dios, y el espíritu no puede ser liberado, ni gustará la dulzura de su divinidad si no se aparta de ellas.

Pues El mismo dijo: —La lámpara *del cuerpo es el ojo*, si tu ojo es sencillo todo tu cuerpo será luminoso; pero si tu ojo es malvado, todo tu cuerpo se *entenebrece*" (*Lucas 11,34*). Si el espíritu no está sano para rechazar la malicia, no puede contemplar la luz de la divinidad; pues la malicia, se convierte en un muro tenebroso para el espíritu, que deja al alma desierta, como está escrito en el Evangelio: "*Nadie* enciende la lámpara y la pone bajo el celemín, sino sobre el candelero y así alumbrar a todos los *que están en la casa*" (*Mateo 5,15*). El celemín es la injusticia de este mundo. Mientras el espíritu está en lo contranatural, le es imposible tener en sí la lámpara de la divinidad; pero si el espíritu está sobre el candelero, levantado, entonces está en él la luz de la divinidad (*1 Pedro 2,9*; *1 Juan 1,5-7*), y reconoce a los que están en la casa: al que debe expulsar, lo expulsa; con quien debe estar en paz, lo deja estar. Por eso instruía con los mandamientos de su divinidad a quienes tenían encendida la lámpara, y decía: "Yo os *digo a los que escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por aquellos que os contrarían y os persiguen; al que te golpee una mejilla, ofrécele también la otra; a quien te quite la túnica, no le niegues también el manto; al que te pide, dale y al que coja de lo tuyo, no se lo*

*reclames" (Lucas 6,27-30). Esto dijo a quienes dejan el mundo, porque han abandonado las cosas de este mundo y están dispuestos a seguir al Salvador.*

Por eso, amándolos con un amor perfecto (*Juan 13, 1*), les decía: *"Levantaos, vámonos de aquí. Y soy la vid verdadera y mi Padre el viñador" (Juan 14.31-15,1). ¿De dónde los toma cuando dice «Levantaos, vámonos de aquí, si no es que los toma del mundo y los introduce en su Reino eterno? También los animaba al decir: "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos (Juan 15,5); permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar frutos por sí mismo si no permanece en la vid, así también vosotros, si no permanecéis en mí" (Juan 15,4).*

Alentaba sus corazones y les decía: *"Os enviaré al Paráclito, el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir porque no lo ve ni lo reconoce" (Juan 14,16.18). Y dijo a quienes habían dejado el mundo: "El Espíritu está en vosotros y Habita en vosotros, yo no os dejaré huérfanos, pues volveré a vuestro lado" (Juan 15,18).*

Si alguien ama a Dios y quiere que habite en él para no quedarse huérfano, que primero cuide las cosas que mandó Jesús. Él no está lejos de nosotros (*Hechos 17,27*), y no hay nada en medio de nosotros y Él, salvo las pasiones. Si has dicho que te has vuelto extraño para el mundo y te encuentras haciendo las obras del mundo, no debes considerarte como tal, pues te has hecho caer (*1 Juan 1,8*). A aquéllos que huyen del mundo, les dio este signo y les dijo en el Evangelio: *"Aquél que ama su alma, la perderá, y aquel que pierda su alma por mí, la encontrará" (Mateo 10,39) ¿Cómo la pierde, sino cortando todas las voluntades carnales? Y también: "Quien no coja su cruz y no venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío" (Lucas 14,27).*

La cruz que hemos de coger, ¿no es que el espíritu esté vigilante en todo momento y se alce con las virtudes, de modo que no baje de la cruz, es decir, que tenga la constancia con respecto a las pasiones, hasta que las rechace y se haga, al fin, invencible? A los que se levantaron, los designa diciendo: *"En verdad, en verdad os digo, si el grano de trigo no cae en tierra y no muere, permanece solo, pero sí muere produce frutos numerosos" (Juan 14.25). Y poniendo en reposo a quienes, como el grano de trigo, están muertos, dijo: "Aquel que me sirve será honrado por mi Padre y donde yo esté, estará también mi servidor" (Juan 12,26b). Considera cómo son los servidores de Jesús. Quienes son sus servidores tienen la confianza de decir: "He aquí que hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué hacemos ahora?". Y les muestra lo que han de hacer, diciendo: "Vosotros, que me habéis seguido al nuevo nacimiento, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de la gloria, os sentaréis vosotros también y juzgaréis a las doce tribus de Israel. Cualquiera que haya dejado hermanos, hermanas, padre o madre, mujer o hijos por causa de mi nombre, recibirá mucho más y heredará la vida eterna" (Mateo 19,27-29).*

Nuestro Señor Jesucristo, sabiendo que si el hombre no está sin preocupación con relación a cualquier cosa (*1 Corintios 7,32*), su espíritu no

puede subir a la cruz, ha ordenado abandonar toda amistad y todo pretexto que harían al espíritu bajar de la cruz. También a quien llega a Él y le dice: *"Nuestro Señor, yo te seguiré, pero permíteme ir a enterrar a mi padre"* (Lucas 9,59), nuestro bienamado Señor Jesús, sabiendo que si veía de nuevo las cosas de su casa, su corazón se inclinaría hacia ellas y que el pretexto de los deberes para con ellos lo retendría, le impide irse, diciendo: *"Ninguno que ponga la mano en el arado y mire hacia atrás, es apto para el Reino de los Cielos"* (Lucas 9,62). Cuando hizo el banquete de bodas para su hijo y hubo enviado a sus servidores para llamar a los invitados, y a causa del amor que alguno de éstos tenía a las cosas del mundo, no podrían entrar en el Reino de Dios, dijo con tristeza: *"Quien viene a mí y no odia a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío"* (Lucas 14,26). Dijo esto para que aprendamos que quien desea entrar en el Reino, no podrá hacerlo sin estar antes resuelto a odiar todo lo que atraiga su corazón hacia el mundo y le impida entrar en el Reino que desea.

Nos advierte para que no confiemos sólo en la fe sin obras (Santiago 3,17), cuando dice: *"El rey entró para ver a los invitados, y vio un hombre que no llevaba vestido de bodas y lo hizo arrojar a las tinieblas exteriores"* (Mateo 22,11-13). Se les invitó a causa del nombre de cristiano (cfr. Santiago 2, 7), pero fueron echados fuera porque no tenían obras. El Apóstol, sabiendo que el hombre no puede amar las cosas del mundo y las cosas de Dios, escribe a su hijo Timoteo, diciendo: *"Nadie haciendo el servicio militar y metido en los negocios del mundo, puede agrandar a quien lo alistó; el que lucha no puede ser coronado si no combate según las reglas"* (2 Timoteo 2,4s) Y animándole a conseguirlo y no perderlo con pena, le decía: *"El agricultor que cultiva debe primero comer él de sus frutos"* (2 Timoteo 2,6). Y añadió, escribiendo a otros: *"El que no tiene mujer cuida las cosas del Señor, pero el que ha tomado esposa cuida las cosas del mundo"* (1 Corintios 7,32s). ¡Qué castigo no merece aquel que, sin haberse casado, se ocupa de las cosas del mundo! Tal hombre escuchará la terrible palabra que dice: *"Echadle a las tinieblas exteriores, allí donde hay llanto y rechinar de dientes"* (Mateo 22,13).

Hagamos, hermanos míos, lo que esté en nuestro poder por revestirnos con las virtudes, para no ser echados fuera, pues no habrá acepción de personas ante 11 (Romanos 2,11) en aquel Día. Por eso el Apóstol, apiadándose de sus hijos, después de haberlos avisado sobre lo que está en contra de la naturaleza, les advierte diciendo: *"Quien haga estas cosas no heredará el Reino de Dios"* (Gálatas 5,21). El Apóstol, sabiendo que aquellos que tienen el mérito de estar libres de pasiones no tienen acusador, les indicó el fruto del Espíritu, que es el amor, la alegría, la concordia, la longanimidad, la dulzura, la bondad, la fe, la humildad, la templanza; y dice: *"Contra tales cosas, no hay Ley"* (Gálatas 5,21).

Nuestro bienamado Señor Jesús nos muestra que las obras serán desveladas en aquel día, al decir: *"Muchos serán los que quieran entrar y no*

*podrán, una vez que el dueño de la casa se haya levantado, cerrará la puerta y dirá a los que llaman: No sé quiénes sois" (Lucas 13,25).*

Nos enseñó también en lo que concierne a la fe sin obras, diciendo: *"Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; quien permanece en mí, yo permanezco en él, pero el que no permanezca en mí, ese sarmiento será echado fuera, se secará y se le arrojará en el fuego" (Juan 15,5s); y añadió: "Quien dé buenos frutos, yo lo podaré para que dé frutos abundantes" (Juan 15,2).*

Mostrando que no ama a quienes hacen las voluntades carnales de su corazón, oraba y decía: *"No pido por el mundo, sino por los que Tú me has dado", desde fuera del mundo; "pues son tuyos (Juan 17,9) y yo los he sacado del mundo (Juan 15,19), por eso el mundo los odia (Juan 17,14), en electo, el mundo sólo ama a los que son suyos" (Juan 15,19). Y añadía: "Padre, guárdalos del Maligno, pues no son del mundo" (Juan 17,15s). Examinémonos, hermanos míos, ¿somos del mundo o no? Si no somos del mundo, Él nos guardará del Maligno. Así dijo: "No pido sólo por ellos, sino también por aquellos que creerán en mí por su palabra, para que todos sean uno como nosotros somos uno" (Juan 17,21). Y también: "Donde yo esté, ellos también estarán conmigo" (Juan 17,24).*

Mirad con qué amor ha amado a los hombres (*Juan 3,1*) que lucharon en este tiempo y han odiado las voluntades carnales de su corazón en esta vida breve (*1 Corintios 7,29*) que pasará rápido, los cuales reinarán con Él por los siglos sin fin (*Apocalipsis 22,5*). El Apóstol, viendo esta gran gloria, dijo: *"Cuando aparezca seremos semejantes a Él y lo veremos tal cual es" (Colosenses 13,12), si todos nosotros observamos sus preceptos y obramos el bien ante Él. Y el mismo dijo: "No os asombréis, bienamados, si el mundo os odia; nosotros sabemos que hemos sido pasados de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos" (1 Juan 3,13s). Y también: "Aquel que no cumple la justicia, no es de Dios, ni tampoco quien no ama a su hermano" (1 Juan 3,10). Y además: "El que ama la justicia ha nacido de Dios (1 Juan 2,29), pero el que obra el pecado ha nacido de Satanás" (1 Juan 3,8). Y añadió: "Quien ha nacido de Dios odia el mundo" (1 Juan 5,4); y aún más: "El que nació de Dios no obra el pecado, pues su semilla perece en él y no puede pecar, porque ha nacido de Dios" (1 Juan 3,9).*

Obremos, hermanos, según nuestras fuerzas, nosotros que tenemos el consuelo de estos testimonios (*Romanos 15,4*). Tal vez su bondad tenga piedad de nosotros y nos envíe la fuerza para despojarnos del peso (*Hebreos 12,1*) de este mundo impuro (*2 Pedro 1,4*). Nuestro enemigo no se priva de tendernos trampas en todo momento ni de querer arrebatarnos nuestras almas (*1 Pedro 5,8*). Pero Nuestro Señor Jesucristo está con nosotros y le reprende con sus santas palabras (*Marcos 9,25*), si las guardamos. De lo contrario, ¿cómo impedirá el hombre al Enemigo que lo aparte de su lado, si las palabras que Dios ha dicho no se levantan contra él ni le vencen para su auxilio, sin que el hombre las sepa?

El Apóstol Pedro nos instruye y nos muestra que la ayuda de las obras salva al hombre, cuando dijo: *"Ayudad a vuestra fé con la virtud. a la virtud con la ciencia, a la ciencia con la templanza, a la templanza con la constancia, a la constancia con el temor de Dios, al temor de Dios con el amor a los hermanos, a éste con la caridad, cuando estas cosas estén presentes en vosotros abundantemente, harán que no estéis inactivos y sin frutos para el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo; por el contrario, quien no tenga estas cosas es un ciego y un miope en su interior, de suerte que ha olvidado la anterior purificación de sus pecados"* (2 Pedro 1,5-9).

Juan Bautista también dijo: *"Dad frutos válidos de penitencia, pues el hacha está puesta en la raíz del árbol; todo árbol que no dé buenos frutos será cortado y echado al fuego"* (Mateo 3,8.10). Nuestro Señor Jesucristo dijo: *"En efecto, el árbol es conocido por sus frutos, ¿se recogen racimos de las espinas o higos de los cardos? (Lucas 6,44) Y también: "No todo el que me dice: "Señor, señor", entrará en el Reino de los Cielos, sino quien hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos" (Mateo 7,21). El Apóstol Santiago dijo: "La fe sin obras está muerta" (Santiago 2,17). El Apóstol Pablo, notificando a sus hijos que la fe necesita las obras, les ordena encarecidamente: "Que ninguna fornicación o impureza sea nombrada entre vosotros, como conviene a los santos: ni infamia, ni palabras impúdicas, ni canciones acerca de las cosas que no os convienen, sino en todo dad acción de gracias. Sabe que todo fornicador, o impúdico, o codicioso, que es servidor de los ídolos, no tendrá en herencia el Reino de los Cielos y de Dios" (Efesios 5,35). Confirmando estas palabras añadió: "Que nadie se confunda con vanas palabras: por estas cosas vendrá la cólera de Dios sobre los hijos de la infidelidad, no tengáis nada en común con ellos. En efecto, vosotros antes erais de las tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz; los frutos de la luz son bondad, justicia y verdad en todo" (Efesios 5,6.9). Y también: "Despojémonos del hombre viejo y sus obras, revistiéndonos del hombre nuevo que ha sido renovado a semejanza de su creador, en la justicia y la simplicidad de la verdad" (1 Colosenses 3,9b-10). Y además decía: "Que toda acritud, irritabilidad, cólera, griterío y blasfemia, sean suprimidos en vosotros, junto con toda malicia" (Efesios 4,31). En efecto, dijo: "Imitadme como también yo a Cristo (1 Corintios 1,11). Y añadió: "Vosotros, que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Él" (Gálatas 3,27).*

Examinemos si estamos revestidos de Cristo o no. El Señor se reconoce en la pureza, pues Él es puro (1 Juan 3,3) y habita en los puros (Salmos 21,4). ¿Cómo podemos ser purificados, a menos que no hagamos más las maldades que obrábamos antes? Tal es su bondad, que en el instante que el pecador vuelve, Dios lo recibe con alegría sin imputarle sus antiguos pecados; así está escrito en el Evangelio sobre el hijo que había dilapidado su herencia y que después apacentaba cerdos y ansiaba saciarse de la comida de los cerdos, pero nadie se la daba. Por fin se arrepintió de lo que había hecho, pues había aprendido que los pecados no se sacian, sino que cuantos más hacía, más se enardecía por

ellos. Cuando le golpeó el arrepentimiento, sin demora vuelve a casa de su padre con humildad, abandonando toda voluntad de su corazón. Confió en que su padre sería misericordioso y no le imputaría lo que había hecho. Su padre ordenó al instante que le diesen la túnica de la pureza (*Lucas 15,11-32*) 5 las arras de la adopción (*2 Corintios 1,22*). Nuestro Señor Jesucristo decía esto para enseñarnos que si volvemos a él, necesitamos previamente abandonar el alimento de los cerdos y despreciarlo, N• que no recibe rápidamente (*Romanos 16,20*) una vez que somos puros.

Para enseñarnos a volver a él, nos anima diciendo. *"Había en una ciudad un juez, que no tenía en consideración a los hombres. También había en esa ciudad una viuda, que fue a su casa y le dio: ` ¡Hazme justicia contra mi adversario!", pero él no quería hacerlo y dejaba pasar el tiempo. Pero cuando llegó el momento, hizo lo que ella le pidió"* (*Lucas 18,2-4*). Decía esto para que el alma no se desanime al decir: *"¿Cuándo me escuchará Dios?"*. Pues conoce el momento en el cual quien ora es digno de que le llegue su demanda; entonces lo hace rápidamente (*Romanos 16,20*). Volvámonos a Él con todo el corazón, y no nos desanimemos cuando pidamos, que Él nos satisfará con prontitud. Él mismo afirmó: *"Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá"* (*Mateo 7,7*). Si pedimos, buscamos o llamamos, sepamos qué es lo que pedimos o reclamamos de Él. En efecto, aquel que fue a casa de su amigo en medio de la noche y le importunó diciendo: *"Amigo, préstame tres panes, pues un conocido ha llegado a mi casa de viaje"*, cuando aquel permaneció llamando, le dio lo que le había pedido (*Lucas 15,7*).

Expulsemos de nosotros la pereza y dispongámonos a realizar parecida obstinación; si ve nuestra constancia, nos dará lo que pedimos según su misericordia; pues es misericordioso (*Salmos 85,15*) y su voluntad es que el hombre vuelva a él (*Ezequiel 33,1 1*); y se regocija por su causa con gran alegría, según está escrito: *"En verdad, en verdad os digo, habrá gran alegría en el Cielo por un solo pecador que se convierta"* (*Lucas 15,7*).

Mientras tengamos su misericordia y riqueza permaneciendo en el cuerpo, trabajemos de todo corazón, pues breve es el tiempo de nuestra vida (*Salmos 38,5*), para que heredemos la eterna (*Mateo 19,29*) e inefable alegría (*1 Pedro 1,8*). Pero si volvemos a lo de antes, somos como el joven que pide al Señor Jesús qué necesita para la vida eterna, y Él responde: *"Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres"* (*Mateo 19,1b-21*), *coge tu cruz y sígueme"* (*Mateo 16,24*), mostrándole que suprimir la propia voluntad lleva a ser salvado; pero aquél, cuando escuchó, se marchó entristecido (*Mateo 19,22*). En efecto, había aprendido y reconocido que éste no es un trabajo como el dar todo lo que tenía a los pobres, que es labor de una sola virtud. El hombre lo hace para llevar la cruz, pues ella misma es destrucción de todo pecado (*Romanos 6,6*); la cruz engendra la caridad y sin ésta no hay cruz.

El Apóstol, sabiendo que hay pretendía virtudes donde no existen ni la caridad ni la realización de las virtudes, dijo: *"Si yo hablara la lengua de los ángeles y de los hombres y no tengo caridad, sería un bronce que vibra o un*

címbalo que suena, si diese todo lo que tengo, si entregase mi cuerpo a las llamas y no tengo caridad, sería en vano. La caridad es longánima y dulce, no envidia, no fanfarronea, no se enaltece, no hace nada vergonzoso, no busca su interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal" (1 Corintios 13,1.3-5). Quien desee venir al camino de la caridad (1 Corintios 12,31), que esté sin preocuparse por hombre alguno, ya sea bueno o malvado. Entonces el deseo según Dios permanecerá en su corazón y engendrará en él la cólera conforme con la naturaleza, la cual se alzarán contra todo lo que sembró el Enemigo (cfr. Mateo 13,39). El temor de Dios encontrará en él alimento y por este temor la caridad le será revelada. Tal hombre, dice con confianza, como el apóstol: "Estoy listo no sólo para el castigo, sino también para morir por el nombre de Cristo" (Hechos 21.13). En esto se reconoce la caridad visible, en que estemos prestos a morir en todo momento por Cristo. ¡Dichosa el alma que logra semejante caridad!, pues se llama impasible.

Hemos salido del mundo, hermanos míos; sepamos en qué estamos. Nuestro Señor Jesucristo es misericordioso para dar el descanso al corazón (Mateo 11,29) de todo hombre según su fuerza: al grande según su grandeza, al pequeño según su pequeñez; así dijo: "Hay muchas moradas en la casa de mi Padre, si no, ¿os habría dicho que voy a preparar un lugar?" (Juan 14,2). Si hay sólo un Reino, todo hombre, por tanto, encontrará en él su lugar según sus obras, pues Él es rico en misericordia (Efesios 2,4). Lo mismo que se alegra por aquél que había recibido un talento y produjo diez, así se alegra también por el que recibió un talento y produjo cinco (Lucas 19.16-18). Luchemos contra la indolencia y no ocultemos los talentos de nuestro Señor Jesucristo, pues si se los devolvemos con su interés (Mateo 25,27, Lucas 19,23), Él nos recibirá con alegría. Arranquemos de nosotros el sudario de la malicia, que es el olvido, y veremos el resplandor y el brillo de sus talentos, que es la penitencia.

Adquiramos nuestras Marta y María, que son la mortificación y el duelo, que resuciten a Lázaro, es decir, el espíritu, ligado por muchas ataduras (Juan 11,33.44), que son las voluntades del corazón. Tuvo piedad y lo resucitó, pero a ellas les ordenó desatarlo y liberarlo. Cuando Lázaro es liberado, entonces aparece el celo de Marta y María (Hebreos 6,11), y Lázaro queda sin preocupación (1 Corintios 7,32), y se pone en la mesa con Jesús, Marta les sirve, María lleva el alabastro con el perfume y unge los pies de su bienamado maestro (Juan 12,3; Lucas 7,37). Lo mismo que resucita a la hija de Jairo por las lágrimas de su padre (Marcos 5,40-42) y tuvo piedad de la mujer del flujo de sangre (Marcos 5,25ss), así ahora, el alma que abandona los pensamientos malvados, si se acerca a él con fe, es sanada. Como cura a la hija de la cananea, gracias a su obstinación (Mateo 15,22ss), así el alma, si se obstina y se acerca a Jesús con fe, recibe lo que necesita de Él.

Luchemos según nuestro poder y Dios usará con nosotros según la abundancia de su misericordia (Salmos 50,3). Si aún no hemos guardado

nuestro corazón al igual que nuestros Padres, hagamos lo que podamos por guardar nuestro cuerpo de los pecados y nos lo tendrá en cuenta.

Creemos que en el tiempo del hambre (cfr. *Mateo 24,7*) que nos espera tendrá misericordia con nosotros, como con sus santos. Pues aunque uno es el resplandor del sol y otro el de la luna, y que un astro difiera en brillo del otro (*1 Corintios 15,41*), y todos están en un mismo firmamento santo, su gloria y su honor son suyos desde ahora y por los siglos de los siglos. Amén.



## LOGOS 22

### Sobre la obra santa del hombre nuevo.

Hermanos bienamados, por tres cosas se reconoce el hebreo: la circuncisión, el sábado y la Pascua.

Así está escrito en el libro de Génesis: "*El niño, en el octavo día, será circuncidado en vuestra casa, tanto el nacido en casa como el comprado a precio de plata, quien no sea circuncidado será expulsado de mi pueblo, pues ha roto mi alianza*" (Génesis 17,12-14).

El primer circuncidado fue Abraham, a la edad de noventa y nueve años (Génesis 17,24), señal de que la "izquierda" (Proverbios 4,27a.) estaba muerta en él. Este es el modelo que fue dado a los Ancianos con respecto al hombre nuevo, que muestra en su cuerpo nuestro Señor Jesucristo, para circuncidar y enterrar al hombre viejo que recubre el miembro viril (Mateo 25,33), a cuyo respecto dijo el Apóstol: "*En quien habéis sido circuncidados con una circuncisión no hecha por mano, sino despojando vuestro cuerpo de su carne en la circuncisión de Cristo; habéis sido enterrados con Él por el bautismo, por el cual también habéis resucitado con Él, gracias a la acción de Dios que le ha resucitado de entre los muertos*" (Colosenses 2,11 s). Y también: "*Para que cese en nosotros nuestra anterior conducta, la del hombre viejo que fue corrompido por los deseos engañosos, para ser renovados en el espíritu de nuestros pensamientos y nos revistamos del hombre nuevo, que ha sido creado por Dios en la justicia, en la dignidad y en la verdad*" (Efesios 4,22-24). Y además dijo: "*Para que muráis en el pecado y viváis por la justicia*" (1 Pedro 2,24). Esto a propósito de la circuncisión, pero quien no ha adquirido estas cosas no es circunciso ni hebreo, pues ha quebrantado la alianza dada por Nuestro Señor Jesús con su santa sangre (Lucas 22,20).

Sobre la Pascua santa, grandes cosas hay que decir: primero la circuncisión, segundo la Pascua y tercero el sábado.

Fue dicho a Moisés: "*Ésta es la ley de la Pascua. Ningún extranjero comerá de ella, ni tampoco comerá el que fue comprado a precio de plata, pero si éste fue circuncidado entonces comerá de ella, pero el que no se circuncidó no comerá; comedla en una misma casa (Éxodo 12,43.46), con los riñones ceñidos, calzados los pies y con el bastón en la mano*" (Éxodo 12,11).

No es posible comer la Pascua sino con los panes ázimos y con las hierbas amargas, asada al fuego (Éxodo 12,8). No se dijo «teniendo ceñidos vuestros riñones», para que nadie diga que se habla de la cintura, sino que dijo: "*Ciñendo vuestros riñones*" (c)-r. Efesios 6,14), pues habla de la pureza preservada de toda pasión que está sumisa al imperio del comercio carnal, que está en el pecado (Salmos 50,7). Habla de las sandalias por la preparación (Efesios 6,15) y la salida de toda mancha nociva para la conciencia que aleja al espíritu de la

contemplación de la pureza. El bastón es la esperanza de la valentía, cuando ibas sin miedo por el camino para entrar en la tierra de la promesa (*Números 14,9*). Éstos son los que celebraron la *sabbáth* (*Hebreos 4,9*). La sangre es signo de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo (*Hebreos 11, 28, 9,12*); cuando venga en su advenimiento y lleve a los hijos de Israel a sus heredad (*1 Tesalonicenses 4,17*), ellos aparecerán en sus puestos y ungidos, y su signo estará sobre sus almas ostensiblemente (*2 Corintios 1,21 s; Apocalipsis 7,3*).

En cuanto a coger un manojo de hisopo (*Éxodo 12,22*), es la austeridad, pues dice: "*Comedla con hierbas amargas*" (*Éxodo 12,8*). Examínate, hermano mío, ¿eres circunciso? ¿Has rociado los dinteles de tu casa con la sangre del cordero sin mancha? (*Éxodo 12,7*). ¿Estás circuncidado para todo pensamiento terreno? (*Romanos 2,29*). ¿Te has preparado para ir sin miedo y entrar en la tierra de la promesa? (*Números 14,9*).

Sobre el sábado, grandes cosas hay que decir. Conviene a quienes han sido hallados dignos de la circuncisión verdadera (*Colosenses 2,11*) y han comido la santa Pascua (*1 Corintios 5, 7*), liberados de los egipcios, a quienes vieron hundirse en el mar Rojo (*Éxodo 15,19*), y han celebrado el sábado con respecto a su amarga esclavitud (*Hebreos 4,9*). Dijo Moisés: "*Trabajarás durante seis días, pero el séptimo día es el sábado del descanso del Señor*" (*Éxodo 20,9ss*); cualquiera que trabaje en sábado, su alma perecerá (*Éxodo 31,14*). Ahora bien, Nuestro Señor Jesucristo celebró el verdadero sábado, y enseñó a los suyos cómo debía ser celebrado el sábado, cuando subió el viernes a la cruz después de haber hecho todos los preparativos antes de subir. Subió por nosotros pasando por los oprobios y aguantando estar en el madero, inmóvil, sin soltarse y sin quejarse mientras tuvo aliento. Y el gritaba: "*Tengo sed*", y ellos le acercaron una esponja empapada en vinagre; lo bebió y dijo: "*He aquí Que todo está consumado*", inclinó la cabeza y entregó el espíritu (*Juan 19,28-30*). Lo bajaron (*Juan 19,40*), celebraron el sábado verdadero.

Nuestro Señor Jesucristo descansó el séptimo día y lo bendijo, porque en ese día descansó de todas sus obras (*Génesis 2,2s*), con las cuales destruyó las pasiones humanas (*Romanos 6,6*). Por eso dijo el Apóstol: "*Quien desee entrar en el descanso que cese de todas sus obras, como Dios de las suyas*" (*Hebreos 4,10*). Éste es el sábado verdadero (*Hebreos 4,9*). Así pues, el que no celebra el sábado no es hebreo. En efecto, llorando por el pueblo. Jeremías les decía: "*No cojáis peso el día del sábado, ni salgáis a las puertas de Jerusalén llevando carga en sábado*" (*Jeremías 17,22.24*).

¡Desdichado, desdichado de mí, que he transgredido los santos mandatos, que llevo pesada carga el día del sábado! Pues si he muerto con Él (*2 Timoteo 2,11*), he sido sepultado con Él (*Romanos 6,4; Colosenses 2,12*) y he celebrado el sábado, ¿qué son esas pesadas cargas que llevo, las cosas que realizo? La cólera es una carga pesada, la envidia y el odio, la vanagloria, la maledicencia, incordiar y exasperar, tener pensamientos de orgullo, considerarse justo, agitarse, querellarse, amarse a sí mismo, ser envidioso. Esto para el alma. En cuanto al cuerpo: el amor al dinero, amar el cuerpo, cuidar las apariencias, la

sensualidad, la concupiscencia, el relajamiento del corazón, la distracción. Todo esto y lo que se le parece, Nuestro Señor Jesucristo lo ha destruido en los cuerpos de los santos y lo ha hecho perecer en su santo cuerpo, según la palabra del Apóstol: "*Por la cruz destruyó la enemistad en sí mismo*" (Efesios 2,16); y la ley de los preceptos la ha destruido con sus mandamientos en sí mismo (Efesios 2,15). "*Éste es el sábado santo*" (Hebreos 4,9). Quien obra así, se hace caer a sí mismo (1 Juan 1,8), sólo de tal tiene el nombre (Santiago 2, 7) y no recibirá nada de nuestro Señor, pues lo niega con su acción (Tito 1,16); haciendo vivir de nuevo lo que Él había destruido, ha hecho de nuevo surgir lo que Él enterró. Está claro que éste no es un hebreo verdadero, sino un mentiroso (1 Juan 2,4), que no fue circuncidado ni celebra el sábado.

Cuando venga nuestro Señor en su gloria, solamente hará entrar en su reino eterno a los hijos de Israel, a quienes fueron circuncidados por Él, a los que reunirá de entre todos los pueblos (Mateo 25,31 s), según lo que dijo el apóstol: "La ofuscación fue de una parte de Israel, hasta que hayan entrado todos los pueblos" (Romanos 11,25); y añade: "A todos los que se adhieren a esta norma, sea sobre ellos la paz y la misericordia, así como sobre el Israel de Dios" (Gálatas 6,16), ved quiénes son el Israel de Dios, quiénes han circuncidado su corazón, que celebran el sábado y han destruido el pecado. Dijo también: "Quien es ostensiblemente judío según la carne no es un judío, ni la circuncisión risible es la circuncisión, sino que es judío quien está en la intimidad y lleva la circuncisión del corazón, según el espíritu y no según la letra" (Romanos 2,28s).

¡Guardémonos a nosotros mismos, hermanos míos! ¿Hasta cuándo realizaremos el trabajo y lo perderemos por el pecado, olvidando que el enemigo está en nosotros, que nos agita y nos desvía cada día sin dejar que nuestros ojos vean la luz a de la divinidad? (1 Pedro 2,9; Juan 1,5-7). Examínate, desdichado, tú que has sido bautizado en Cristo y en su muerte (Romanos 6,3). ¡De qué muerte ha muerto! Si caminas sobre sus huellas (1 Pedro 2,21), muéstrame tu manera de ser. Él está sin pecado (1 Pedro 2,22) y te muestra Él mismo una manera de ser para ti (1 Pedro 2,21; Juan 13,15). Él ha vivido en pobreza y tú no la soportas; no ha tenido donde reposar la cabeza (Mateo 8,20) y tú no soportas con alegría tenerte como extranjero; Él soportó la injuria y tú no soportas ni una sola: Él no tuvo en cuenta el mal y tú buscas devolverlo; Él no se irritó cuando sufría y tú te irritas con desprecio: Él permaneció sin turbarse cuando le maldecían (1 Pedro 2,23) y tú, aunque no hayas sido insultado, le turbas: Él soportaba con alegría lo que le sucedía y tú te agitas al escuchar hablar de una pequeña dificultad; Él permaneció humilde frente a los que pecaban en contra suya (Lucas 23,34) y tú te enorgulleces ante las palabras de los que te aman: Él fue dulce con los que habían caído a causa de sus pecados (Juan 4) y tú tienes pensamientos orgullosos con respecto a quienes valen más que tú: Él se entregó (Gálatas 2,20; Efesios 5,2) por los que habían pecado contra Él, para salvarlos, y tú no eres capaz de dar tu alma por aquellos que te aman (Juan 15,14). Todo esto es lo que Él te da, ¿y tu que le das? Conócele por

sus obras y concómete por tus obras. Si tú has muerto con Él (2 Timoteo 2,1 1), ¿quién comete esos pecados?

Bienamados, pongamos atención a sus mandamientos santos y sujetemos nuestra voluntad; así veremos la luz de los mandatos (Salmos 1 18,130). Si damos honor a quien amamos, ¿qué hacemos distinto de los paganos? (Mateo 5,47). Si velas por alguien que te hace el bien, el publicano hace lo mismo (Mateo 5.46). Si eres amable con quien te alaba, el judío hace lo mismo; ¿qué haces tú de más que has muerto al pecado y vives en Cristo Jesús? (Romanos 6,11). Si amas al que te escucha y pleitea contigo, tú también eres un pagano; es necesario orar por éste, para que sea perdonado; si estás enfadado con el que te injuria, el publicano hace lo mismo. Examínate a ti mismo, tú que has sido bautizado en su nombre (1 Corintios 1, 13ss), ¿son ésas las obras con las que se manifestó? ¿Cómo aparecerás en el día de su gloria y ser coronado sin tener la corona de las pasiones que has vencido, las que tu Rey venció para ti cuando se mostró ante ti como modelo? (1 Pedro 2,21; Juan 13,15). En efecto, cuando se muestre en su gloria, Rey de Reyes y Señor de Señores (Apocalipsis 19,16), aparecerá a la vista de todas las razas con gran gloria, teniendo sobre sí las señales que ha soportado por nosotros (Apocalipsis 19,13), y tú tendrás que comparecer sin tener nada de sus sufrimientos en tu cuerpo (2 Corintios 1,5); entonces te dirá: "No te conozco" (Mateo 25, 12). Luego verás a todos los santos que han muerto por su nombre, llevando su marca (Apocalipsis 7,3) y tú, sin tener nada de lo suyo, te avergonzarás de comparecer ante ellos. Escruta la vida de todos los santos y encontrarás que han sufrido los males y no los devolvieron (Romanos 12,17) y su sangre clama desde la tierra: Venganos *de* aquellos que *residen* en la tierra"

(Apocalipsis 6,10). En cuanto a mí, que he amado toda satisfacción, qué habré de decir en esa hora, donde veré a los profetas, a los Apóstoles y a los mártires, y a los demás santos (Apocalipsis 18,24) que han sido atormentados y han padecido, sin tener en cuenta el mal y sin irritarse, sabiendo que no obrará la voluntad del hombre, sino la perversidad de Satanás, que los forzaba a aquellos para que les hicieran esas cosas. Examínate a ti mismo, hermano bienamado, ¿qué haces tú? Escruta tus pensamientos, ¿qué tienes ante Dios? Pues no podrás ocultar nada en esa hora (Lucas 12,2), ni tendrá nada que decir la voluntad del hombre, sino que cuando llegue la resurrección, cada uno se revestiría de sus actos como con un vestido, ya sean del pecado, ya sean de la justicia (2 Corintios 5,10). Ellos son quienes tendrán qué decir y quienes sabrán cuál es su hogar. Dichoso quien ha combatido y se ha despojado de lo que lleva a la *gehenna*, revistiéndose de lo que lleva hacia el Reino. Pues el Apóstol dijo: "*Sabemos, en efecto, que si nuestra morada terrestre se destruye, tenemos una morada obra de Dios, una casa que no está hecha por manos humanas, para siempre en el cielo*" (2 Corintios 5,1).

No es nada el tiempo de nuestra vida (Salmos 38,5s; Santiago 4.14) y cada día andamos errantes hasta que nos llegue la hora en la que estemos en la angustia y en las lágrimas eternas. Que no desfallezca nuestro corazón, sino

que hagamos lo que podamos, preocupándonos y guardándonos, pidiendo en todo momento a la bondad de Dios que nos ayude. No nos irriteamos contra nuestro prójimo por sus palabras, dichas por el falta de espíritu o involuntariamente, pues no son trabajadores, sino instrumentos del Enemigo, extraños ante Dios, de modo que son rechazados y evitan este estado. Tengamos, mis bienamados, esta preocupación: en todo, humildad; soportad la injuria y lo que nos hace sufrir; perseverad en todo momento en sujetar la voluntad, pues hacer la propia voluntad hace perecer toda virtud, mientras que quien tiene los pensamientos encerrados en la rectitud, retiene su voluntad en calma, temiendo la discordia tanto como una víbora (*Job 20.16*), pues destruye la morada y entenebrece el alma, impidiéndole ver la luz de las virtudes. Preocupaos porque esta pasión maldita no se mezcle con las virtudes para destruirlas. Nuestro Señor Jesucristo no subió a la cruz sin antes expulsar a Judas de entre sus discípulos (*Juan 13,30*); en efecto, si el hombre se cuida de esta pasión despreciable, no puede avanzar en las cosas de Dios. Su compañía son todas las malicias, su obra es no soportar anda y la vanagloria. "Podo lo que odia Dios está en el alma de quien disputa y del que ama con orgullo. Estas cosas persuaden al corazón de que provienen de Dios, siendo nada más que engaños según toda la Escritura. Juzgarse a sí mismo atrae la humildad, y sujetar la voluntad ante el prójimo con ciencia es la misma humildad. La pureza es que ores a Dios. No enaltecerse a ti mismo, te hace perseverar en el llanto. El que no juzgues (*Romanos 4,13*) es la caridad. La longanimidad es que no pensar nada contra tu prójimo. El corazón que ama a Dios no tiene en cuenta el mal (*Romanos 12,17*). El silencio es que no obedezcas a lo que no te conviene. La pobreza es un corazón sin malicia. El que posea tus sentidos (cfr. *Lucas 21,19*) es la paz. El soportar es la dulzura. La misericordia es que perdones. Suprimir la propia voluntad es lo que engendra estas cosas, pone paz entre las virtudes y hace que el espíritu no se agite. ¿La culminación de todo esto? No veo en las Escrituras nada que Dios reclame al hombre, sino que te humilles ante tu prójimo en todo, que suprimas tu voluntad en todo, que pidas su auxilio en cada momento para que dé su mano al hombre y guarde su mirada de la desidia del olvido y del extravío de la cautividad, pues la naturaleza del hombre es pobre y voluble. A El pertenece cuidarnos, suya es la fuerza para darnos el que nos guardemos; suya es la protección para preservar nuestra pobreza: suya es la conversión para convertirnos a h1; suya es la acción de gracias para darnosla; Él nos concede el don de darle gracias; suya es la protección que nos guarda de la mano de nuestros enemigos. A Él la gloria y el honor por los siglos de los siglos. Amén.

Por tanto, estas cosas son las que provocan la discordia y derriban el alma: la palabrería, el discurso oscuro, decir palabras que gusten a los hombres, la familiaridad, el lenguaje con doblez, mantener con obstinación la propia palabra; quien hace esto tiene el alma vacía de virtudes. Después de todo esto, si el alma no se entrega al esfuerzo de lograr alguna virtud, no puede alcanzar el descanso del Hijo de Dios (*Mateo 11,29; Salmos 95,1 Os*). En efecto, el combate interior es lo que hace al alma entrar en el descanso del Hijo de Dios.

No seáis negligentes en vuestra vida, hermanos míos, que vuestro espíritu no alegue pretextos, Cada día, por pereza, para obrar la malicia, y que el tiempo no se nos escape antes de llegar al descanso del Hijo de Dios que es la humildad en todo, la inocencia, que no odiamos a nadie, que no consintamos ninguna acción que no sea de Dios, poner los pecados ante uno mismo y morir a toda obra de la malicia (Romanos 6,2). Dios no miente (Tito 1,2), para socorrer nuestra debilidad con su piedad. Amén.

## LOGOS 23

### Del mismo: sobre la perfección.

Hermanos míos, si el hombre no adquiere: el temor de Dios, amar a Dios en todo momento, la ausencia de malicia, no devolver mal por mal (Romanos 12, 17), la austeridad, la humildad, la pureza, el amor a los hombres, la renuncia, la dulzura, la mansedumbre, la longanimidad, implorar cada día a Dios con dolor de corazón, la caridad verdadera, no mirar hacia atrás, poner atención ante las cosas que vienen (Filipenses 3,13), no tener confianza en sus buenas obras, es decir, en su servicio (2 Corintios 1,9), y pedir la ayuda de Dios cada día ante lo que viene, no podrá ser salvado; pues tus enemigos, oh hombre, no están en silencio con respecto a ti.

No seas negligente ni desprecies tu conciencia y en nada te consideres seguro de haber alcanzado algo digno de Dios cuando te veas en el país de tus enemigos (Baruc 3.10). La mortificación con ciencia comprende las negligencias que han sucedido y el duelo de los sentidos cura las heridas de los adversarios interiores; al amor perfecto a Dios se levanta en su propia voluntad contra los enemigos interiores; en efecto, cuando la pureza interior vence a los enemigos internos, ella dispone los sentidos al descanso del Hijo de Dios (Mateo 11.29), y la pureza visible, es decir, la de las obras, guarda las virtudes. Ella engendra la ciencia y también la guarda. Encontrar la acción de gracias en el tiempo de la tribulación hace volver el rostro ante los males que se avecinan. No tener seguro que tu trabajo agradó a Dios, predispone la ayuda de Dios para protegerte. Aquél que entrega su corazón a buscar a Dios con la rectitud del temor en la verdad, no puede tener la idea de que agradó a Dios. Mientras que su conciencia le reprenda algo con respecto a lo que es contrario a la naturaleza, es ajeno a la libertad; pues mientras tenga alguien que lo reprenda, tiene un acusador y si hay acusador no hay libertad. Si cuando oras, nada de la malicia te acusa, eres verdaderamente libre y has entrado en su santo reposo (*Mateo 11,29; Salmos 94,11*), según su voluntad.

Si ves que el buen fruto se ha fortalecido y que la cizaña del Maligno (*Mateo 13,25*) ya no la sofoca (*Mateo 13, 7*), que los adversarios se han retirado, no persuaden con malicia y que no luchan más con tus sentidos; y si la nube recubre la tienda (*Éxodo 40,34*), si el sol ya no te abrasa durante el día ni la luna de noche (*Salmos 120,6*), si se halla en ti todo preparado para levantar la tienda (*Nehemías 2,18*) y para protegerla según su voluntad, la victoria ha llegado a ti gracias a Dios; entonces Él mismo descansará en la tienda (*Éxodo 40,35*), porque le pertenece, irá ante ella (*Éxodo 13,21*) y dispondrá por adelantado su lugar de descanso; si no permanece antes en el lugar que Él desea, no puede darle el descanso (*Éxodo 40,36s, Números 9,15-23*), como dice la Escritura.

El peligro es grande mientras el hombre no se conoce a sí mismo y no aprende con exactitud que no hay nada en él de los que han sido entregados a la acción de la cólera al fabricar el becerro de oro (*Éxodo 32,4-10*), que enseña lo contrario a la naturaleza. Tenemos necesidad del temor de su bondad, que es nuestro comienzo (*Eclesiástico 1,14*), del recuerdo que nos incita sin cesar y de la santa humildad, que domine nuestro corazón en todo momento por la misericordia de Dios. No seamos negligentes para las cosas que preparan esto y lo protegen, estemos en armonía con el espíritu hasta el fin; que el hombre reconozca sus pecados sin cesar y que no se sienta seguro mientras estamos en una servidumbre malvada. Pues condenar al prójimo, blasfemar del hermano y despreciarlo en el corazón, acusarlo si se encuentra ocasión, enseñarle con cólera, hacer el mal ante alguien; todo esto vuelve al hombre ajeno a la misericordia con la que son favorecidos los santos, y extraño a las preciosas virtudes; cosas semejantes destruyen los trabajos que hace el hombre y hacen perecer los buenos frutos.

Si alguien dice: "*Lloro por mis pecados*", y comete alguno, es un insensato. Si alguno dice: "*Veo mis pecados*", y tiene cualquiera de ellos, se hace caer a sí mismo (*1 Juan 1,8*). El que busca el silencio y no se preocupa por suprimir las pasiones, está ciego ante la santa morada de las virtudes. Quien abandona sus pecados y piensa en corregir a otros, está vacío de orar con todo el corazón (*2 Timoteo 2.22*) y de suplicar a Dios con ciencia.

La valentía es esto: que el hombre luche contra sus anteriores pecados y que ore para que le sean perdonados, buscando con toda su fuerza no obedecerlos ni con el corazón, ni con las obras, ni con los sentidos, Si el recuerdo de sus pecados no se impone sin cesar en su corazón, ni le aparta de la vida malvada (*Jeremías 42,15*) ni de todo lo que es del mundo para que no le esclavice, no puede tener presentes sus pecados ni hacer lo necesario para apartarse de la criatura de Dios sin juzgarla. Dichoso quien ha sido favorecido con estas cosas de verdad, y no hipócritamente ni con pensamiento de malicia.

Esta es la obra de quienes están en duelo con su espíritu y sus sentidos, en relación con las cosas visibles: no juzgar al prójimo. Si te son suficientes tus pecados, ellos te vuelven ajeno a los de tu prójimo. Devolver el mal (*Romanos 12,17*) aleja del duelo; fijarse en cualquier cosa del mundo por la vanagloria, aparta del espíritu. Tenerse por un guía también te aparta. Hacer tu voluntad según la carne (*Efesios 2,3*) te aleja. Decir de alguien que es malvado es vergüenza para ti, pues sólo piensas que el otro es peor que tú. Quien busca conocer algún asunto que no es suyo, se avergüenza y no le deja conocer sus pecados. Si alguien te insulta y te apenas por ello, en verdad no tienes el duelo. Si tienes un asunto comercial y te apenas por ello, no tienes duelo. Si dicen contra ti una palabra que no conoces y te turbas, no tiene duelo. Si alguien te alaba y lo aceptas, no tienes duelo. Si algunos te insultan y te entristeces, no tienes duelo. Si frecuentas a los famosos del mundo felicitándote por su amistad, no tienes duelo. Si alguien habla contigo y



discutes por mantener tu palabra, no tienes duelo. Todas estas cosas anuncian que el hombre viejo (*Efesios 4,22; Colosenses 3,9*) está vivo y permanece, nada le combate ni hay verdadero duelo.

Quien trabaje según Dios debe tener discernimiento, para saber que es enemigo de Dios (*Santiago 4,4*) según su voluntad. Si guardas los mandamientos de Dios, haces tus obras con ciencia a causa de Dios y estás persuadido de que no puedes complacer a Dios según su gloria, poniendo ante ti tus pecados; todo eso encontrarás que se alza contra el Maligno, que quiere eliminarte al hacerte pensar que eres justo: también estas cosas protegen la morada que construyó el duelo; entonces sabrás que te conoces a ti mismo y tú conocerás dónde habitas (*Apocalipsis 2,13*).

Que no esté seguro tu corazón de haber obtenido la victoria; si el hombre no llega al tribunal y no escucha la sentencia, no sabe cuál es su lugar, y no puede estar seguro, en cuanto al temor, de agradar a Dios. La tristeza que es de Dios, devora el corazón para poseer los sentidos. Mantenerse en el combate con vigilancia preserva sanos los sentidos del espíritu, pues el hombre no se basta a sí mismo ni puede confiar en sí (*Lucas 18,9*). El hombre debe estar en la fatiga sin cesar, mientras permanece en el cuerpo. Dichosos los que no confían sus obras como agradables al Señor (*2 Corintios 1,9*), y desean encontrar a Dios porque no confían en sus obras: dichosos los que conocen su gloria (*Romanos 1,21ss*); quienes no han llegado a hacer su voluntad, como El quiere, y conocen su debilidad, se contentan con sus tristezas, para llorar sobre sí mismos sin ocuparse de la criatura de Dios, que Él mismo debe juzgar (*Romanos 12,19; Santiago 4,11 s*).

Ésta es la victoria de quien trabaja cuando sea hecho perfecto todo entero por Dios (*Hebreos 13,21*), cuando haya sido consumado según la voluntad de Dios, es decir: está inscrito en el libro de la vida (*Apocalipsis 21,27*). Cuando los seres celestes testimonien sobre él que ha escapado de los príncipes de la «izquierda» (*Mateo 25,33*) y luego será mencionado (*Hechos 10,4*) con los habitantes del cielo. Mientras dura el combate, él estará con miedo y temblor (*Filipenses 2,12*), bien por vencer o bien por ser vencido hoy, o por vencer a ser vencido mañana. La impasibilidad no está sujeta a la guerra; en efecto, ella ha recibido la corona (*Santiago 1,2*) y no se preocupe de las tres partes del hombre una vez alcanzada, gracias a Dios, la paz entre unas y otras: estas tres partes son: el alma, el cuerpo y el espíritu; según dijo el Apóstol (*1 Tesalonicenses 5,23*), cuando las tres han llegado a ser uno por obra del Espíritu ya no podrán separarse unas de otras. Cristo ha muerto y ha resucitado, no morirá más y la muerte no tiene dominio sobre Él (*Romanos 6,9s*). Su muerte se ha convertido en nuestra salvación; en efecto por su muerte, acaecida una vez, ha hecho morir el pecado y su resurrección se convirtió en vida (*1 Pedro 1,3*) para todos aquellos que, con fuerza, creen en Él (*Romanos 4,24*); así ha curado a los suyos de las pasiones para que vivan según Dios (*Romanos 6,11*) y den frutos de justicia (*Filipenses 1, 11*). No te estimes muerto mientras eres atacado por los enemigos, ya estés en vigilia o en sueño. En tanto el hombre desdichado esté en

el estadio (*1 Corintios 9.24*), no tiene seguridad y quien mira hacia delante no cree en sus obras (*Lucas 18.19: 2 Corintios 1.9*). El insensato, cayendo cada día, piensa que ha vencido sin haber combatido en el estadio.

Por esto es por lo que Nuestro Señor Jesucristo dijo a sus discípulos cuando los envió a predicar: *"No saludéis a nadie en el camino, y si hay un hi) o de la paz, descansad en su casa y allí descansará vuestra paz"* (*Lucas 10,4.6*). También Elíseo dijo a Guezají al enviarlo: *"Si encuentras a un hombre no lo bendigas y no seas bendecido por nadie"* (*2 Reyes 4.29*), pues sabía que no daría la vida al niño y que no tenía las obras que podían resucitarlo. Pero cuando llegó el hombre de Dios y hubo visto al niño tendido en el lecho, cerró la puerta tras los dos y entabló combate con cada uno de los sentidos y con sus obras, subiendo al lecho sobre el niño, bajando y saliendo hasta siete veces, y cuando sus sentidos se calentaron según la voluntad del Espíritu de Dios, se abrieron *los ojos* del niño (*2 Reyes 4.32.35*). ¿Qué diremos, hermanos, nosotros que amamos la gloria de este mundo más que al amor de Dios? Que no sabemos cómo combatir y nos aplicamos a lo que nos obtiene el descanso sin trabajo, ignorando la magnanimidad de Dios, que deja la cizaña junto con los buenos frutos y que si los buenos frutos no han alcanzado la perfección no envía a arrancar la cizaña (*Mateo 13,29s*). Aunque Guezají corrió su camino, no llegó a resucitar al niño porque había amado la gloria de los hombres más que la gloria de Dios. Dichosos los *ojos* que, con ciencia, no osan mirar hacia Dios y se aplican en curar sus heridas con ciencia, que conocen sus pecados y suplican por su perdón. Desdichados quienes han derrochado su tiempo y piensan que no son pecadores, pisoteando su conciencia, sin querer ser recriminados por ella y desconociendo que no son perfectos por lo que les falta aunque sea algo pequeño. Los mismos que el agricultor considera inútil toda semilla que sembró y no produce frutos, y se desconsuela por su fatiga al ver que no da fruto, así el hombre que conociese todos los misterios y toda ciencia (*1 Corintios 13,2*), hiciese muchos prodigios y curaciones (*Mateo 7,22*), hiciese muchas mortificaciones y quedóse desnudo de su ropa, está aún bajo el temor, sin confianza en su conciencia (*1 Corintios 4,4*), pues todavía tiene enemigos tramposos e insidiosos, hasta que escuche esta palabra: *"La caridad no decae nunca"* (*1 Corintios 13,8*), *pues cree todo y soporta todo"* (*1 Corintios 13,7*).

Cuán laborioso es el camino de Dios, como se dijo: *"La puerta es estrecha y angosto el camino que conduce a la vida y son pocos quienes lo encuentran"* (*Mateo 7,14*). Y nosotros, perezosos y amigos de las pasiones, la tenemos por descanso porque no podemos soportar el yugo cuando dijo: *"Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón, y encontraréis reposo para vuestras almas, pues mi yugo es suave y mi carga ligera"* (*Mateo 11,29s*). Pues, ¿qué sabio en las cosas de nuestro Señor, lleno de temor, no luchará con toda su fuerza para mortificarse en todo trabajo y recogido en silencio, vigilancia y cuidado no se encontrará aún indigno de pronunciar el nombre de Dios? En efecto, a causa de las pasiones que nos agitan vino Nuestro Señor Jesucristo, para hacerlas morir en nosotros y así caminar

no según la carne, sino según el espíritu (*Gálatas 5,16*), después de habernos mostrando la voluntad del Padre. En su enseñanza decía a sus discípulos: "*Cuando hayas hecho todo lo que se os ordenó, decid: somos siervos inútiles; lo que debíamos hacer, eso hemos hecho*" (*Lucas 17,10*). Esto dijo a los que habían hecho su trabajo y lo guardaron, porque ellos reconocieron a aquellos que roban y esconden (*Mateo 6.19; Juan 10.1-10*) su trabajo. Todo lo que propaga veneno, el que lo ve, sea una serpiente, víbora, escorpión u otro que posea un veneno mortal, lo evita con miedo, pero el alma imprudente y desdichada está expuesta a todas las cosas que la matan, sin evitarlas y sin apartarse de ellas; al contrario, se complace en ellas y las obedece de corazón, así dilapida su tiempo estérilmente y sin frutos (*Mateo 13,22; 1 Corintios 14,14*).

## LOGOS 24

### Del mismo: sobre la impasibilidad (I).

En el camino de las virtudes hay caídas y enemigos, hay variación y hay cambio, hay abundancia y contentación, hay faltas y desaliento, hay alegría y aflicción de corazón, tristeza y reposo del corazón, hay crecimiento y violencia, pues existe un trayecto que recorrer antes de llegar al descanso.

Pero la impasibilidad está lejos de esas cosas, no necesita de nadie, pues está en Dios y Dios en ella (*Juan 15,4*), no tiene enemigos, ni caídas, ni ausencia de fe, ni la fatiga de la protección, ni temor a las pasiones, ni deseo de cosa alguna, ni defensa ante cualquier enemigo. Grandes e innumerables son sus glorias; mientras hay temor ante cualquier pasión, ella este lejos; mientras haya una acusación que hacer al corazón, se es ajeno a ella.

Éste es el cuerpo que ha tomado Nuestro Señor Jesucristo, es la caridad que ha enseriado a practicar a los suyos con alegría. Por eso muchos hombres ignorantes han pensado que la habían alcanzado, cuando aún vivían en ellos las pasiones y sus cuerpos no eran totalmente puros, y así se han apartado de lo que conviene (*Efesios 5,4*). ¡Perdonadme!

## LOGOS 25

### Al abad Pedro, su discípulo.

Según lo que me has escrito: *"Quiero presentar mi penitencia ante Dios por mis pecados, si el Señor me libera de la miserable preocupación que tenga por el mundo"*. Has dicho bien: si eres liberado de las obras de este mundo. Pues el espíritu no puede ocuparse de ellas, como el mismo Señor dijo: *"No podéis servir a Dios y al dinero"* (Mateo 6,24). El dinero es signo de todo servicio de este mundo: si el hombre no lo abandona, no puede servir a Dios. Ahora bien, ¿qué es el servicio de Dios, sino no tener nada extraño en nuestro espíritu cuando lo bendecimos, ninguna concupiscencia cuando lo oramos, ninguna maldad cuando lo cantamos, ningún odio cuando lo adoramos, ninguna envidia perversa que nos obstaculice cuando nos ocupamos en Él, ninguna vil concupiscencia en nuestros miembros cuando lo tenemos en nuestra memoria? En efecto, todo esto es un muro tenebroso que enferma al alma desdichada y no puede servir a Dios cuando tiene estas cosas en sí; pues ellas la detienen en el aire, no permiten que se encuentre con el Señor (1 Tesalonicenses 4,17) ni bendecirlo en secreto (Mateo 6,6), ni orar con la dulzura del amor, con la suavidad del corazón, ni con una voluntad santa, para ser iluminada por Él.

La razón por la cual el espíritu está constantemente oscurecido y no puede avanzar en las cosas de Dios es que él no se preocupa de suprimir estas cosas con conocimiento (2 Corintios 6,6). Pues le es imposible ocuparse en suprimirlas si no se encuentra sin preocupación de este mundo por el descanso del cuerpo; la otra interna, la preocupación de las pasiones, que impiden las virtudes. Así, el alma no percibe la interna, la de las pasiones, si no ha sido liberada de la externa. Nuestro Señor Jesucristo dijo: *"El que de vosotros no ha renunciado a toda su voluntad, no puede ser discípulo mío"* (Lucas 14,33). La materia externa proviene de la voluntad, la interna de los actos externos; porque sabía que la voluntad es origen de las dos, Nuestro Señor Jesucristo ordenó suprimirla. El espíritu muere a medida que el alma se ocupa en las cosas externas, las pasiones internas ejercen cómodamente su actividad sobre ellas. Si el alma escucha la palabra de nuestro Salvador que le imita a suprimir su voluntad, y a odiar toda obra de este mundo, entonces el espíritu se despierta y se levanta hasta que las expulsa de su morada, teniendo sin cesar los ojos en el alma y protegiéndola, para que no vuelva atrás (Juan 6,66), hacia aquello que la perjudicó.

El alma es semejante a una joven casada que, cuando su marido va al extranjero, pierde el temor y la contención, no cuidando con celo los asuntos de su casa, pero que, cuando regresa el marido a su casa, coge temor y cesa en lo que hacia, ocupándose de nuevo en los asuntos de la casa y en todo lo necesario, Así es el espíritu: si está despierto, se preocupa del alma y la protege sin cesar, de modo que engendra con él y educa a sus hijos; entonces los dos son un sólo

corazón (*Hechos 4,32*). el alma es sumisa al espíritu y le obedece, según escribió el Apóstol: *"El hombre es la cabeza de la mujer" (1 Corintios 11,3)*; y también: *"El hombre no debe cubrir su cabeza, pues él es la imagen y la gloria de Dios; la mujer fue sacada del hombre y no el hombre de la mujer; en efecto, el hombre no fue creado de la mujer, sino la mujer del hombre; así es necesario que la mujer tenga una señal de sujeción a causa de los ángeles; por tanto, no hay hombre sin mujer, ni mujer sin hombre, en el Señor. Lo mismo que la mujer es del hombre, así el hombre nace mediante la mujer, viniendo todo de Dios" (1 Corintios 11,7-12)*.

Esta palabra avisa a los que son dignos, que han llegado a estar en el Señor y que no están divididos (*1 Corintios 12,25*). Estos son los que oran a Dios en pureza; los que bendicen a Dios con un corazón santo, los que han sido iluminados (*Efesios 1. 18*) por Dios, son los verdaderos adoradores que busca Dios (*Juan 4,23*), de quien está dicho: *"Habitaré en ellos y caminaré en ellos" (2 Corintios 6,16)*; y también: *"Si dos se ponen de acuerdo, todo lo que pidan en mi nombre se les concederá" (Mateo 18,19)*. Él desea que los suyos queden indemnes en su alma tanto de la materia visible como de la materia oculta, y de todo lo que ha destruido en su cuerpo gracias a su Encarnación (*Romanos 6,6; Hebreos 2,14*); como ha dicho: *"Permaneced en mí y yo en vosotros" (Juan 15,4)*. Como ves, hermano mío, él quiere que permanezcamos en Él primero con los actos y luego Él permanecerá en nosotros gracias a la pureza adquirida, según nuestra fuerza.

Pero alguno dirá: *"Yo permanezco en Él por el bautismo, pero las obras no puedo cumplirlas"*. Escuchad, bienamados: cada vez que alguien recibe el bautismo es para destruir el pecado, como dijo el Apóstol: *"Por el bautismo, fuimos sepultados con Él en su muerte (Romanos 6,4), para que fuese abolido el cuerpo del pecado y no le sirvamos más" (Romanos 6,6)*. Es imposible que Cristo cohabite con el pecado: si Cristo habita en ti, el pecado está muerto y el espíritu vive por la justicia (*Romanos 8.10*), así dijo el Apóstol: *"La mujer casada está sujeta por ley a su marido mientras que él viva, pero si muere queda liberada de la ley del marido; mas es llamada adúltera si, viviendo su marido, está con otro hombre. Si su marido muere, está libre de la ley y no es adúltera si está con otro hombre" (Romanos 7,2s)*. Quien desea saber si Dios está en él, lo reconoce por sus pensamientos; mientras el pecado persuade su corazón, Dios no habita aún en él y su Espíritu no ha encontrado descanso en él (*1 Pedro 4,14*).

Es necesario que Dios habite en el hombre si éste hace sus obras, y que el hombre habite en Dios si el alma fue liberada, como dijo el Apóstol: *"Quien se une a una prostituta es un sólo cuerpo, pero quien se une al Señores un sólo espíritu" (1 Corintios 6,16.18)*. Todo lo que es contrario a la naturaleza es llamado prostituta. Si el alma fue liberada y pasó sobre lo que la detenía en el aire (*1 Tesalonicenses 4,17*), llega a Dios y recibe su Espíritu, por eso está escrito: *"Quien se adhiere al Señor es un solo espíritu" (1 Corintios 6,16)*; y Él le enseña cómo orar (*Romanos 8,26*); adorándolo constantemente y

adhiriéndose a Él sin cesar. Él permanece en el alma dándose (1 *Pedro* 4,11) y poniéndola en reposo, revelándole (*JCorintios* 2,10) sus honores y sus gracias inefables, pues fue engendrada de nuevo por Él, por medio del bautismo (*Juan* 3,5) y la insuflación de su Espíritu (*Juan* 20,22), según fue escrito: "El que ha nacido de Dios no peca y el Maligno no se acerca a él, pues ha nacido de Dios" (1 *Juan* 5,18); según está escrito en el Evangelio: "Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos" (*Mateo* 18,3); y también: "Sed como niños recién nacidos, desead la leche racional con la cual os alimentáis" (1 *Pedro* 2,2).

Pues, ¿cuál es la obra del niño? El niño llora si se le golpea, y está contento con aquellos que se alegran con él (*Romanos* 12,15); si se le insulta, no se irrita; cuando se le alaba, no se enorgullece. Si se estima a su compañero más que a él, no tiene envidia (1 *Corintios* 13,4s); si se ensalza a quien está con él, no se turba (*Lucas* 6,30); si se le deja algo en herencia, no lo tiene en cuenta; no entra en pleito con nadie, ni se querella por lo que posee (1 *Corintios* 6,7.13,5); no odia a nadie (1 *Juan* 4,20); si ve una mujer no la desea, ni le dominan el deseo a la preocupación; no juzga a nadie, ni envidia; no fanfarronea (1 *Corintios* 13,4) sobre lo que ignora; no se burla de su prójimo por un aspecto externo; no tiene enemistad con nadie; no es hipócrita, ni maquina perfidias; no busca el honor de este mundo ni acumular riquezas, ni ama los regalos (*Mateo* 23,6); no es arrogante ni querellante, no enseña estando sometido a una pasión; no se ocupa de nadie (*cfr.* 1 *Corintios* 7,32); se le despoja y no se entristece; no mantiene su propia voluntad; no teme al hambre (*Romanos* 8,35), ni tiene miedo a los malhechores, ni a las bestias salvajes (*Job* 5,2]s) no teme la guerra (*Lucas* 21,9); si hay una persecución no se turba (*Romanos* 8,35). Tal es aquél sobre quien Nuestro Señor Jesucristo dijo: "Sí no os volvéis como niños" (*Mateo* 18,3): sin malicias.

Pero cuando el niño crece un poco y el mal comienza a habitar en él (*Romanos* 7,17.20), el Apóstol le reprende diciendo: "No seamos como niños pequeños, traídos y llevados por todo tipo de doctrina mediante las argucias de los hombres, con malicia y llevádoles a las maquinaciones del error, sino, firmes en la cantidad, crezcamos en todo con relación a Él" (*Efesios* 4,14s). Y dijo también: "Como a niños pequeños, os he dado leche a beber, no alimento sólido que no podíais tomar y ahora tampoco" (1 *Corintios* 3,1 s). Dijo también: "Mientras el heredero es niño, aún no se diferencia en nada de los esclavos, aunque sea el dueño de todo, pues está bajo la tutela de los tutores y administradores, hasta el término fijado por su padre; así también nosotros, cuando éramos niños pequeños, estábamos sometidos a los elementos del mundo" (*Gálatas* 4,1-3). Y también: "Evitad las concupiscencias de la juventud" (2 *Timoteo* 2,22). Enseñándonos a acortar la infancia, dijo: "Hermanos míos, no seáis como niños en vuestras opiniones, sino sed niños para todo lo que es del mal; en cuanto a vuestras opiniones, sed adultos" (1 *Corintios* 14,20). Pues, cuál es la obra del niño, sino lo que antes indiqué, según la palabra del Apóstol Pedro: "Cesad en toda maldad, todo fraude e hipocresía,

*envidia y denigración, como niños recién nacidos" (1 Pedro 2,1 s). Conoces, hermano mío, cuál es la palabra que dijo Jesús: "En verdad, en verdad os digo, si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mateo 18,3). Muy temible es esta palabra que dijo nuestro Señor con juramento: "En verdad, en verdad os digo". Pues Él mismo es el Amén (Apocalipsis 3,14), a cuyo respecto dijo el Apóstol: "Porque no hay nada más grande que Él, juró por sí mismo: Te colmaré de bendiciones" (Hebreos 6,13s).*

Consideremos con atención esta palabra: preocupaos en todo momento por ella con temor y temblor (*Filipenses 2, 12*), cuando el Enemigo nos darte en el trato con nuestro prójimo, ya nos hiera o ultraje, nos critique o nos ponga pleito; no queriendo que seamos sumisos, nos atormentará con una excitación impura, con la intención de provocar en nosotros el mal recuerdo de los que nos hizo nuestro prójimo y así entenebrece nuestra alma con la cólera o el odio. Si algo de esto se acerca a nuestra alma, procuremos recordar la palabra que nuestro señor nos a certificado con juramento: *"En verdad, en verdad os digo, si no os volvéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mateo 18,3)*. ¿Quién no temerá al escuchar esta palabra? Pues. ¿Que sabio, que deseo salvar su alma, no expulsará de su corazón toda queja que tenga contra su prójimo o quién, temiendo ir a la *gehenna*, no expulsará de su corazón la disposición a odiar, para no ser echado del Reino?

Es severa la palabra dicha por nuestro señor. En efecto, es severa para aquellos que permanecen en su voluntad, para los que aman este mundo, para los que permanecen obstinadamente en su voluntad, para aquellos que no reconocen los dones del Espíritu Santo que, viniendo a ellos, les conceden el olvidar todo mal y les enseña todo (*Juan 14,26*) lo que procede de Él: en vez de cólera, dulzura; en lugar de odio, la caridad; en lugar del desaliento, la longanimidad; en vez de hostilidad, concordia; en vez de querellas, la humildad. Esto poseen aquellos que han sido juzgados dignos de un nacimiento nuevo (*Juan 3,3-5*).

Preocupémonos por apartar de nuestro corazón lo que el gran Apóstol nos indicó, y abandonarlo para llegar a la norma de los niños, pues eso son aquellos que han tenido cuidado por alejarlo de su alma, que han llegado a la edad santa y adulta, y a la perfección. En efecto, después de soplar sobre el rostro de sus discípulos y decir: *"Recibid el Espíritu Santo" (Juan 20,22)*; el Señor se les apareció junto al mar de Galilea, les llama y les dice: *"Muchachos, ¿tenéis algo de comer?" (Lucas 24,41)*. Recordándoles, por la insuflación del Espíritu, que les había hecho como niños para que no fuesen hijos según la carne (*Romanos 9,8*). Así está escrito: *"Henos aquí, a mi y a los hijos que Dios me dio. Por tanto, así como los hijos participan de la carne y de la sangre, así también Él participó de las mismas, para mediante su muerte, destruir a aquél que detenta el poder de la muerte, a Satán, y liberarlos" (Hebreos 2,13-15)*. ¿A qué semejanza llegó, sino a la de quienes abandonaron toda maldad y han alcanzado las normas de la santa infancia?; que han llegado a ser perfectos, según la palabra del Apóstol: *"Hasta que lleguemos todos a la juventud de la fe y al*



*conocimiento de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo" (Efesios 4,13); y también: "el crecimiento del cuerpo, lo realiza por su edificación en la caridad" (Efesios 4,16).*

Algo parecido escribió el Apóstol Juan, diciendo: "Os escribo a vosotros, hijos, que habéis conocido al Padre; os escribo a vosotros, padres, que habéis conocido a Aquél que existe desde el principio, os escribo a vosotros, jóvenes, que habéis vencido al Maligno" (1 Juan 2,13s). Tú sabes que éstos son los que han llegado a ser como niños en cuanto a la maldad (1 Corintios 14,20), que lucharon contra el enemigo, despojándose de la armadura de aquél, que es la maldad (Romanos 6,13); también han llegado a ser padres y han alcanzado las normas de la perfección, al punto de confiarles las revelaciones y los misterios (Efesios 3,3), hasta llegar a la sabiduría, a la inocencia, a la bondad, a la dulzura y a la pureza, pues éstos son los atributos de la dulzura; éstos son los que han glorificado a Cristo en su cuerpo (1 Corintios 6.20). Luchemos, hermanos míos, ante la gran hambruna que ha sobrevenido a la tierra (Lucas 15.14; Mateo 24.7), sin ninguna lasitud, sino implorando constantemente de su gracia que no nos permita caer en el engaño del Maligno (1 Juan 4,6) y del Envidioso (Sabiduría 2.24) que obra el mal sin piedad (Proverbios 17.1 1) y sin contención, que persiste diciendo: "Si no es hoy, será mañana en todo caso no abandonaré hasta haberlo dominado".

Oremos con tenacidad, como el santo rey David, que dijo: "Mira y respóndeme, mi Dios y Señor, ilumina mis ojos para que no me duerma en la muerte y que mi enemigo no diga: Le he vencido; y que mis opresores no se regocijen por mi causa cuanto esté quebrantado" (Salmos 12,4s). Si ellos se enfurecen contra nosotros, gritemos como David al decir: "Dios, ¿quién es semejante a ti? No te calles, no estés en silencio, oh Dios, pues he aquí que tus enemigos son un tumulto y los que te odian levantan la cabeza contra tu pueblo; ellos han concebido un propósito y han dicho: "No dejaremos ni el recuerdo de Israel" (Salmos 82.2-5); pero cuando le engrandeció por el Espíritu Santo, decía: "Dios, hazlos como una hoja en el remolino y como paja ante el viento (Salmos 82,14), llena su rostro de oprobios (Salmos 82,17) y sepan que Tú sólo eres Señor" (Salmos 82,19). Los que combaten por medio de su fe, se comportan como héroes contra los enemigos de su corazón: antes de entablar combate con ellos se afirman sobre la piedra santa que es Cristo (1 Corintios 10.4), diciendo con la fuerza del corazón: "Me cercaban como abejas, como fuego en zarzas habían prendido, pero en el nombre del Señor los hice perecer" (Salmos 117.12).

Si vemos que hemos sido cercados por su malicia, que es el desaliento, que debilita nuestra alma con la voluptuosidad, o que no soportamos la cólera contra nuestro prójimo cuando hace algo sin necesidad, o sea que meta por nuestros ojos el deseo de los cuerpos o nos quiera abajar con el placer de deseo carnal, o de una palabra del prójimo hace que sea para nosotros veneno, o nos hace sospechar de la palabra del hermano, o nos hace establecer diferencias entre los hermanos, diciendo: "Éste es bueno, aquél es

*malo", si estas cosas nos cercan, no nos acobardemos, sino sobre todo creamos con fuerte corazón, como David al decir: "¡Señor, defensa de mi vida! Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no temerá; si la guerra viene contra mí, en el mismo instante tendré confianza; sólo pido una cosa al Señor y eso buscaré: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para ver el esplendor del Señor y visitar su Templo, porque Él me protege y me exalta; he aquí que ahora me hace alzar la cabeza contra mis enemigos" (Salinos 26.1.3-6). Estas cosas las ven quienes hacen surgir el espíritu de entre los muertos (Romanos 6,13), que el Apóstol llama "noche" cuando dice: "No somos hijos de la noche ni hijos de las tinieblas" (1 Tesalonicenses 5.5). Reprendiendo a quienes desprecian su alma, dice: "Los que duermen, lo hacen en la noche; los que se embriagan, lo hacen por la noche" (1 Tesalonicenses 5.7). Y también: "El día del Señor vendrá como un ladrón y ellos no escaparán" (1 Tesalonicenses 5,3s), pues son hijos de la noche. Por el contrario, a aquellos que han despertado su espíritu de las pasiones, las cuales son la noche, les dice: "Revestíos con la coraza de Tajé y de la caridad y con el yelmo de la esperanza de la salvación" (1 Tesalonicenses 5,8).*

Hagamos todo esto teniendo nuestro espíritu en guardia frente a las obras muertas (Hebreos 6,1,9,14) y vigilando nuestra alma en todo momento para no hacer nada contrario a la naturaleza, pues su naturaleza es voluble, según la palabra del profeta Isaías que dijo: *"Piedad para ti, humillada y batida por los vientos, que no has sido consolada" (Isaías 54, 10s)*. El alma es semejante al hierro; si se la abandona, se llena de herrumbre, pero si se calienta al luego se purifica; mientras está en el fuego es como Él y nadie puede tenerlo en sus manos, porque es luego. Así el alma, mientras está con Dios y se mantiene en Él, es como el fuego y abrasa a sus enemigos que desean llenarla de herrumbre (Santiago 5,3) en los momentos de negligencia, y Él la purifica en lo nuevo, como el hierro; no tiene ningún deseo de algo de este mundo, no quiere nada, sino que encuentra el descanso en su naturaleza, la que le ha sido dada, pues es suya desde el principio. Si abandona su propia naturaleza, muere. Como los animales, si se les sumerge en el agua, mueren, pues son de la tierra, o los peces si se les saca del agua, pues son del agua; lo mismo ocurre con las diversas clases de pájaros, que en el aire tienen su medio natural, cuando quieren bajar a la tierra, se arriesgan a ser capturados. Así es el alma perfecta que permanece en su naturaleza: si la abandona, muere. Quienes han recibido dones semejantes como patrimonio consideran al mundo como una prisión y no quieren mezclarse con él, en el temor de morir.

Por otra parte, este alma no podría amar al mundo, aun cuando lo quisiera, pues recuerda el estado que tenía antes de mantenerse en Dios, lo que el mundo hizo de ella y cómo lo dejó vacía. Es como una ciudad en la que entra un rey usurpador, la población tiene miedo y se rinde a él; inmediatamente éste se ocupa, con su maldad, en derribar las efigies del rey, abole sus leyes e impone otras más duras, levanta efigies suyas y luego

esclaviza a la población. Pero si las gentes previenen en secreto al verdadero rey, diciéndole: *"¡Ven en nuestro auxilio!"*, él, furioso contra su enemigo, viene con su ejército; oyéndolo los de la ciudad, le abren las puertas con alegría y le reciben; entonces entra, hace perecer al enemigo y a los que están con él, derriba la efigie que el otro levantó por la fuerza y abole sus leyes. La ciudad entra en la alegría, el verdadero rey restablece su propia efigie y sus leyes, se instala en ella y la fortifica para que el enemigo no sea ya su dueño. Y enseña a luchar a los habitantes para que no tengan miedo frente a sus enemigos.

Así es el alma; después del bautismo, ha sido de nuevo tiranizada por el Enemigo, la humilla con todas sus perversas acciones, derriba de ella la efigie del Rey, instala la suya y le impone sus leyes, haciéndola preocuparse por las cosas de este mundo, la persuade para actuar mancillada e indiferente y la hace permanecer en lo que él quiera. Pero por fin, la gracia del gran Rey santo, Jesús, ha enviado la penitencia (*Romanos 2,4*), el alma ha sido introducida en la alegría y la penitencia la ha hecho abrirse al gran Rey santo, el Señor, y entró en ella; hizo perecer al enemigo, destruyó su efigie y sus impuras leyes y, una vez liberada, instaló en ella su santa imagen, le dio sus leyes puras y enseñó a sus sentidos a combatir. Luego descansa en este alma que ha llegado a ser suya. Tal es quien ha nacido de Dios (*1 Juan 3,9.5, 18*). Pues es imposible para el alma entrar en el descanso del Hijo de Dios (*Mateo 11,29*) cuando no tiene en sí la imagen del Rey. Lo mismo que ningún comerciante acepta o da una moneda que no lleve la efigie del rey, ningún cambista público las pone en la balanza ni el rey las pone en el tesoro, así también el alma que no posee la imagen del gran Rey Jesús, los santos no se alegran con ella y Él la expulsa, diciendo: *"No tienes ni imagen, ¿cómo has entrado aquí?" (Mateo 22,12).*

El signo de su imagen es la caridad, pues Él mismo dijo: *"Por esto sabrán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros" (Juan 13.35)*. Es imposible que su caridad esté con nosotros cuando el alma está dividida (*1 Corintios 7.33*), pues busca a Dios y ama las cosas del mundo. Como un pájaro no puede volar con una sola ala, ni con algo que le pese, así el alma no puede progresar en las cosas de Dios cuando está atada por cualquier cosa de este mundo. Como el barco al que le falla una pieza del aparejo no puede navegar, así el alma no puede sobrepasar el oleaje de las pasiones si le falta alguna virtud. Como los marinos en el mar no visten con bellos ropajes ni vestidos con mangas ni sandalias, pues si no están desnudos no pueden navegar, así el alma no puede superar las olas del viento contrario de la maldad si no se encuentra despojada de las cosas mundanas. Como el soldado que va a luchar contra los enemigos del rey no puede afrontarlos cuando le falta una pieza del conjunto de su armadura, así el alma del monje no puede resistir a las pasiones si le falta cualquier virtud. Como una ciudad que tiene un sector de sus murallas en ruinas, si los enemigos la quieren reducir, observan el lugar en ruinas para introducirse cuando los guardias

estén en las puertas, sin que pueda mantenerse contra los enemigos mientras el lugar en ruinas no sea reconstruido; así el monje paciente no puede resistir contra los enemigos mientras esté tiranizado por las pasiones, ni llegar a las dimensiones de la perfección.

No soy yo quien dice esto, sino la Santa Escritura: ella dice estas cosas. En efecto, está escrito en el Génesis: "*El Señor dijo a Noé: a ti sólo he visto justo y perfecto en esta generación*" (Génesis 7,1). Además dijo a Abraham: "*Sé objeto de complacencia ante mí y estate sin reproche. Yo estableceré en tu beneficio una alianza eterna*" (Génesis 17,1 s). Cuando Isaac bendijo a su hijo Jacob, le dijo: "*Que mi Dios te fortalezca, de modo que puedas hacer toda su voluntad*" (Génesis 27,28). También está escrito en el libro de los Números: "*Cualquiera que haga un voto, que se guarde de beber vino, vinagre de vino, cerveza, o cualquier producto de la viña ni su orujo*" (Números 6,2-4). Y en el Deuteronomio dice: "*Si sales a combatir contra tus enemigos, guárdate de toda palabra malvada*" (Deuteronomio 20,1) y así tu enemigo quede libre de tus manos. "*De estos siete pueblos (Deuteronomio 7,1; Josué 3,10), no dejarás a nadie con un soplo de vida, por miedo a que te enseñen a pecar contra mí*" (Éxodo 23,33).

Aprendamos a no desalentarnos y decir: "¿Cuándo haré perecer a todos ellos?" (Deuteronomio 7,17). Él dijo: "No podrás exterminarlos sólo en un año, no *hace falta que el país quede desierto y las bestias se multipliquen contra ti; si no que poco a poco los exterminarás*" (Deuteronomio 7,22), a medida que te multipliques, te engrandecerás y Dios extenderá tus fronteras. A menudo les daba esta orden: "No hagas alianza con los cananeos (Deuteronomio 7,2) *que voy a destruir delante de ti*". Cuando Josué hijo de Nun sitió Jericó para destruirla, Dios le había dicho: "*La entregarás al anatema, a ella y todo lo que contiene*" (Josué 6,17), pero cuando quiso hacer guerra a Ay, Israel huyó ante ellos, impedido para combatir a sus enemigos, a causa de lo que Akán había sustraído al anatema. Josué, con el rostro en tierra, lloró delante del Señor desde la mañana hasta la tarde, diciendo: "*Israel ha vuelto la espalda a sus enemigos, ¿qué haré?*". El jefe del ejercito de Dios le dijo: "*Esto sucede porque hay junto a ti algo sustraído al anatema, Israel y no puedes resistir a tus enemigos*". Josué no volvió a la batalla antes de haber ajusticiado a Akán junto con sus bienes (Josué 7). Luego vemos que Dios retira a Saúl la realeza, a causa de lo que sustrajo al anatema que había tomado a Amale<sup>2</sup> (I Samuel 15.9ss). Y también porque Jonatán había tomado con su lanza miel de un panal, Dios no escucho a Israel aquel día (I Samuel 14,27.37).

El Qohelet, para enseñarnos que la más mínima pasión destruye la fuerza de la virtud, y dijo: "Las moscas muertas estropean la preparación *del aceite*" (Qohelet 10,1). Y Ezequiel dijo: "El día en que el, justo se aparte *del camino de su justicia y cometa el pecado, pondré ante él un obstáculo y no recordaré su justicia*" (Ezequiel 18,24). El Apóstol dijo: "Un poco *de levadura* hace fermentar toda la masa, limpiemos la vieja *levadura* para alcanzar una masa nueva pues sois panes ázimos" (I Corintios 5,6s). Ananías y Safira, su

mujer, que se quedaron algo de la venta de un campo y habían mentido, se desplomaron de repente a los pies de los Apóstoles y murieron por este pequeño asunto (Hechos 5,1-10). Santiago dijo: "Quien *observa la Ley*, si falta en un solo punto se hace reo *de todos*" (Santiago 2,10).

Para alentarnos a volver al señor ha dicho Ezequiel: "*El día en que el perverso se aparte del camino de su perversidad y practique el derecho y la justicia, yo no me acordaré de sus iniquidades, sino que vivirá, pues no quiere la muerte del pecador, sino que se aparte de su malvado camino y viva, dice el Señor. ¡Volved, volved! ¿Por qué perecéis, casa de Israel? (Ezequiel 18,21-23.30s). También Jeremías dijo: "Volved a mí (Jeremías 3,22), toda la casa de Israel, y yo os perdonare, dice el Señor" (Jeremías 5,1). Y también: "Quien cae, ¿no se levantará? Quien se apartó, ¿no volverá? ¿Por qué este pueblo se ha apartado desvergonzadamente? Ellos se Izan reafirmado en sus ideas y no han querido volver a Mí, dice el Señor" (Jeremías 8,4s). "Volved a mí y Yo volveré a vosotros" (Zacarías 1,3).*

Nuestro Señor Jesús dijo: "Si perdonáis a los *hombres* sus faltas, vuestro padre *del* cielo os perdonará las vuestras; pero si no se las *perdonáis*, tampoco vuestro Padre os las perdonará" (Mateo 6,14s). Y el Apóstol ha dicho: "Si uno *de* vosotros es hallado en cualquier falta, vosotros los espirituales, restablecedle en el espíritu de la humildad, *atento* a ti mismo, con temor *que* tu seas tentado también" (Gálatas 6,1). Y Santiago dijo también: "Hermanos míos, sí uno se aparta del camino (le la *verdad* y alguno le hace volver sepa que quien hace volver al pecador *del* extravió *de* su vida, salvará su alma *de* la muerte y cubrirá la multitud *de* sus *propios* pecados" (Santiago 5,19s).

Todos estos testimonios de las escrituras nos animan a examinarnos, temiendo que al realizar nuestros trabajos caigamos en la maldad hacia nuestro prójimo o mantengamos nuestra cólera contra él. Esto arruinaría nuestros trabajos y Nuestro Señor Jesús no nos socorrería cuando nuestros enemigos nos hostigasen. El mismo rechaza a quienes obran así, diciendo: "*Servidor* malvado, te había perdonado todas las *deudas* *porque* me habías suplicado. ¿No debías tú también apiadarte *de* tu compañero como yo me había *apiadado* *de* ti? Su dueño *se irritará* contra él y *le* entregará *a* la justicia hasta que haya pagado toda su *deuda*. Así hará mi Padre celeste si alguno no perdona a su hermano *de* todo corazón" (Mateo 18,32-35). Obsérvate, hermano mío, examinando cada día tu corazón para conocer lo que tiene ante Dios, ya sea críticas contra tu hermano, u odio, insultos, envidias, orgullo, diciendo que no puedes tener consideración por tal hombre, pues se irritará el Señor si semejante veneno es sembrado (*Mateo 13,23*) en tu corazón. Recordemos la palabra de nuestro señor Jesús que dijo: " Así obrará *vuestro* padre *del* cielo con vosotros sí alguno no perdona *de* todo corazón a su *hermano*" (*Mateo 18,35*).

Quien teme ir al *gehenna* expulsa de su corazón toda aspereza, para que este juicio malvado no venga sobre él. Guarda, hermano mío, tu corazón y álzale contra tus enemigos pues son astutos en su malicia, y persuade a tu corazón con esta palabra: es imposible que el hombre, obrando el mal, haga el

bien, pero sí es posible al hombre, bajo pretexto del bien, hacer el mal. Por eso nuestro Salvador nos enseña a estar en la guardia contra ellos, diciendo: "*Estrecha* es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida, mas pocos son aquellos que lo encuentran; ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que van por él. Guardaos de los falsos profetas que llegan a vosotros *disfrazados* de corderos, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los reconoceréis" (Mateo 7,13-16). ¿Cuáles son sus frutos, sino todo lo que es contrario de la naturaleza?, ¿por qué se acercan a nosotros y quieren seducir nuestro corazón? A los que aman a Dios con todo su corazón, estos falsos profetas no les pueden persuadir con nada suyo, como dice el apóstol: "¿Quién me separará *del amor de Cristo*? ¿La tribulación la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, la espada? (Romanos 8,35). Pero estoy seguro que ni la muerte ni la vida, ni las potencias y principados ni las dominaciones, ni la altura ni la *profundidad*, ni criatura alguna me podrá separar del amor de Cristo"(Romanos 8,35). ¿Ves hermano mío? Quienes aman a Dios con todo su corazón, nada del mundo les puede separar de su amor. Examínate a ti mismo, temiendo que cualquier otro elemento de perdición te aparte del amor de Dios, ya sea oro o plata, casa o placer, odio o injuria, que te irrites por una palabra, o cualquier veneno de la serpiente (Apocalipsis 12,9) que silba en nuestro corazón; para que no seamos atormentados.

Apliquémonos, sobre todo, en observar la serpiente de bronce que Moisés hizo según la palabra del Señor; en efecto, la colocó sobre un madero al pie de la montaña, para que cualquiera de los mordidos por la serpientes la mirara y al momento fuese curado (Números 21,8s). Nuestro señor Jesucristo ha sido comparado a esa serpiente de bronce (Juan 3,14s), pues la serpiente es el Enemigo de Dios (Génesis 3). Ahora bien, nuestro Señor Jesucristo se hizo hombre perfecto como nosotros, por nosotros, a semejanza de Adán (Romanos 8,3), es decir en todo como nosotros, excepto en el pecado (Hebreos 4,15); pero aunque la serpiente de bronce es figura de este enemigo de Dios, Él no tiene pensamientos malvados, ni veneno, ni malicia, no repta ni silba, ni tiene la respiración del Enemigo. Éste es el modelo que ha realizado Nuestro Señor Jesús para extinguir el veneno que había tomado Adán de la boca de la serpiente \_y para que la naturaleza, que estaba cambiada de su estado, se transformase a su estado natural. El Señor habla como sigue a Moisés: "¿Qué tienes en la mano?". Él dice: "Un bastón". Dios le dice: "Arrójalo al suelo". Arroja el bastón y se convierte en una serpiente, ante la cual huye Moisés. Y Dios le dice: "*Extiende* tu mano y cógela por la cola". El extendió su mano y la serpiente se convirtió en un bastón al cogerla (Éxodo 4, 2-4), así el bastón que se transformó en serpiente volvió a ser bastón. Dios dijo: "Coge ese bastón que se *había* transformado en serpiente golpea el río de Egipto delante de Faraón, y sus aguas se convertirán en sangre"(Éxodo 7,19). Y también: "Coge ese bastón que se transformó en serpiente y golpea en el mar *Rojo*, él se abrirá" (Éxodo 14,16). Y además: "Coge el bastón que llevas en la mano, con el que golpeaste el mar, hablarás a la roca y dará agua" (Éxodo 17,5s). ¿Ves? Quien marcha sobre las huellas de Nuestro Señor Jesús (1 Pedro 2,21),

después de haber sido un enemigo y una serpiente se transforma en un bastón ante el cual ningún enemigo se resiste.

Este es un gran misterio (Efesios 5,32). Si la serpiente siembra (Mateo 13,25) en nosotros su ponzoña, apliquémonos en mirar a aquél que sube a la cruz; por nosotros ha hecho todo esto y lo ha soportado sin vacilar, sin acritud hacia aquéllos que le hacían el mal; no respondió con palabras duras, sino que permanece inmóvil, como la serpiente de bronce. Si le observamos y caminamos sobre sus pasos, seremos indemnes a las mordeduras de las serpientes anteriores. La fuerza y el auxilio pertenecen a aquél que dice: "Lo mismo que dice Moisés elevó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del hombre, para que cualquiera que crea en él no perezca, sino *que* reciba la vida eterna" (Juan 3,14s). Quien cree en Él hace esto: caminar sobre sus pasos, para ser curado por Él. ¿Cómo seremos sanados por Él, si no creemos que es poderoso? (Tito 1,13; Romanos 4,21).

En efecto, quienes habían sido mordidos en el desierto, no eran curados por la serpiente de bronce, sino que quien había sido mordido por una serpiente la miraba con fe en la entrada de su tienda, y quedaba curado. Pues fueron muchos los que murieron por las serpientes (Números 21,6), aquellos que no habían creído en la palabra de Dios. Así dijo el Apóstol: "No tentemos a Dios, como le *tentaron aquellos, los que murieron por las serpientes*" (1 Corintios 10,9). Tú sabes, hermano mío, que también hoy hay serpientes en el alma que desean tentar a Jesús. Qué es eso de tentar a Jesús, sino cuestionar sus mandamientos y no practicarlos, como está escrito en el Evangelio: "*Un escriba le habló para tentarle y le dio: "Maestro, ¿cuál es el mayor y principal mandamiento de la Ley?". Jesús le dijo: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu, y amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se contienen toda la Ley y los profetas"* (Mateo 22,35-40). Ves que quienes los cuestionan y no los hacen son llamados tentadores, porque no quieren creer en la serpiente de bronce que puede salvarles del veneno de la serpiente interior.

Domina tu corazón y no cedas al desaliento diciendo: "*¿Cómo podré observar sus preceptos yo, un hombre pecador?*". Cuando el hombre abandona sus pecados y vuelve a Dios, la penitencia lo hace renacer puro, como ha dicho el Apóstol: "*Como estamos revestidos con la forma del hombre terrestre, también nos revestimos con la forma del hombre celeste*" (1 Corintios 15,49). ¿Ves?: Él otorgó al hombre el transformarse por la penitencia y gracias a ella llega a ser totalmente nuevo. Ahora bien, mientras el niño está en el regazo de su madre, ella lo cuida en todo momento para que no le ocurra ningún mal. Si llora, le da su seno; si no hace caso y le muerde el seno, ella dulcemente le da unos cachetes que pueda soportar; le hace temer, para que tome su leche con temor y su corazón no se sobresalte; si llora, lo mima porque está en sus entrañas, lo anima, lo besa, lo acaricia para que tome el pecho y no se agite. Si se

muestra al niño oro o plata, perlas o cualquier objeto semejante, él los mira, pero mientras está en el regazo de su madre, los desprecia para tomar el pecho. Su padre no se ocupa de él diciendo: "*¿Por qué no trabajas o por qué no vas a la guerra contra mis enemigos?*", pues es pequeño y no puede hacerlo. Tiene pies, pero no puede mantenerse derecho; tiene manos, pero no puede coger un arma; pero su madre, con dulzura, es paciente con él hasta que crece. Una vez que ha crecido un poco y ya se pelea con otro que lo ha tirado al suelo, su padre no se enfada con él, sabiendo que es un niño. Después de llegar a ser hombre se revela su celo (*Hebreos 6,11*). Se hace enemigo para quienes su padre es enemigo, el padre le confía sus negocios y lo asocia, pues es su hijo; pero si, después de todos los pesares que sus padres han soportado por él, hecho hombre desprecia a sus padres, los detesta, no escucha sus consejos y se alía con los enemigos, los padres le retiran su benevolencia y lo expulsan de su casa para desheredarlo.

Cuidemos, hermanos míos, de nosotros mismos, de modo que permanezcamos bajo la protección de la Penitencia y tomemos la leche de sus pechos santos para que nos alimente. Despreciemos todo lo visible, de forma que su leche nos sea dulzura en la boca (*Proverbios 24,13*). Soportemos el yugo de la que nos educa, para que nos proteja. Si en la lucha con los enemigos nos arrojan al suelo como a los niños, lloremos ante ella para que pida a nuestro Padre vengarnos de quienes nos han hecho daño. Suprimamos toda voluntad de nuestro corazón y amemos el estado de extranjero, para que ella nos salve como a Abraham (*Génesis 12,1ss*). Pongámonos en sus manos como Jacob, para que recibamos la bendición de nuestro Padre (*Génesis 27,22*). Sujetemos la voluntad de nuestro corazón, como Moisés, que fue guardado bajo su protección hasta que adquirió la talla según Dios y fue capaz de retener todas sus voluntades y de resistir a los que querían matarlo, haciéndose un hombre libre de toda concupiscencia (*Éxodo 2,3*). Tampoco la despreciemos, para que no nos odie como a Esaú (*Génesis 27,39ss*). Guardemos su pureza para que nos exalte en tierra de enemigos como a Josué (*Génesis 27*). Que ella sea para nosotros una buena protección, como fue para Josué hijo de Nun, según está dicho: "*Era un niño y no salía de la tienda*" (*Éxodo 33,11*). No dejemos lugar al desaliento en nuestro corazón, para que ella no nos desherede en la tierra de la promesa (*Números 13,31*). Amemos la humildad y esforcémonos por entrar en la tierra que mana leche y miel, como Caleb (*Números 13,27*). No codiciemos nada que sea de la perdición, temiendo que seamos exterminados como Acar (*Josué 2,1ss.6, 22-25*). Amemos su conciencia que nos incita en todo momento, para que nos salve en la hora de la prueba como a Rahab (*1 Samuel 2,12*). No amemos la gula en el aliento, temiendo que nos mate como a los hijos de Elí, sino que guardémonos de toda iniquidad, como Samuel, al que su conciencia no reprochó haber hecho ningún mal a su prójimo (*1 Samuel 12,3-5*). No amemos la envidia malvada con respecto a nuestros compañeros, para que ella no nos



rechace como a Saúl (*1 Samuel 18,6ss*). Amemos no devolver el mal a nuestro prójimo, para que ella nos proteja del Maligno como a David (*1 Samuel 24*). No amemos la soberbia y la vanagloria, para que ella no nos expulse de su faz, como a Absalón (*2 Samuel 15ss*).

Amemos la humildad y la modestia, para que ella haga de nosotros vengadores contra los enemigos de nuestro Padre, como Salomón (*1 Reyes 2,5ss*). Amemos la renuncia en todo, dominando nuestros miembros (*Colosenses 3,5*) con respecto a las obras muertas (*Hebreos 6, 1.9, 14*), para que nos conceda un corazón valiente contra nuestros enemigos, como Elías el tesbita (*1 Reyes 17*). No seamos amigos de la voluptuosidad ni concupiscentes, para que no nos exterminen como a Acab, sino luchemos hasta la muerte para no perder su santa herencia, como Nabot de Yisreel (*1 Reyes 20.3*). Seamos sumisos a nuestros padres según Dios en toda cosa, sujetando toda voluntad de nuestro corazón, para serles sumisos, de forma que la bendición permanezca con nosotros, como con Eliseo (*2 Reyes 2*). No seamos amigos del dinero, mentirosos, complacientes con los hombres, para que ella [LA PENITENCIA] no les maldiga, como a Guejazí (*2 Reyes 5,20-27*), sino amemos en toda cosa a los fieles más que a nosotros mismos, para que nos bendiga como a la Sulamita (*2 Reyes 4,8ss*). No seamos amigos de pasiones vergonzosas, para que no nos exterminen delante de su faz, como a Acab y como a Sedecías, que fueron torturados por el rey de Babilonia (*2 Reyes, 7; Jeremías 52,10*). Odiemos el pecado, por causa de nuestra alma, hasta la muerte, para que nos socorra en la hora de la tribulación como a Susana (*Daniel 13*). No codiciemos alimentos variados, para que no nos abandone, como aquéllos que comieron en la mesa de Nabucodonosor; amemos la austeridad en todo, para que se regocije con nosotros, como los compañeros de Azarías (*Daniel 1*). No maquinemos el mal como los babilonios, murmurando contra los fieles, sino cumplamos nuestro servicio como Daniel, sin escuchar la pereza del cuerpo, pues prefería morir antes que suprimir los oficios que realizaba cada día (*Daniel 6,11*). En efecto, Dios es poderoso; Él, que salva a los pobres que le aman, pero arruina a los envidiosos (*Salmos 144,20*), pues la fe en Dios del justo vuelve a las bestias feroces como ovejas y corderos (*Isaías 11,6*). ¡Bendito sea el Dios de la Penitencia! Sea bendecido por Dios aquel a quien Él ama y pone su cuello bajo el yugo de su voluntad, para renacer por la voluntad de Dios (*Juan 1,13*).

Hermanos míos, el hombre necesita un gran discernimiento, poner coto a toda voluntad carnal y marchar por el camino con vigilancia para no apartarse ni caer en mano de los enemigos; muchos son los que le rodean y quieren separarnos de la penitencia. Un pretexto a la justicia la impide hacer juicios sobre los pecadores, la aparta; despreciar a los negligentes le es obstáculo. Está escrito en Proverbios: "*Todos sus senderos son rectos, no come su pan en la ociosidad; hace túnicas y mantos para su marido, se levanta por la noche y prepara el alimento a los de su casa y el trabajo a los sirvientes; es como a un navío que va lejos a conseguir riquezas*" (*Proverbios 31, 14.15.22.27*).

Consideremos, por esta palabra, al comerciante que sube al navío y no lleva sólo una mercancía sino todo aquello que sabe que le producirá beneficio; si ve algo desventajoso para él, no lo embarcará. La preocupación de los que le desprecian no la toma sobre sí, sino que rivaliza con los ricos que permanecen en sus casas. Todo lo desventajoso lo odia, pero todo lo que le beneficia se aplica en conseguirlo. Su preocupación es saber qué cosa le proporciona beneficio para aplicarse en ella. Interroga a los que no son rivales y se han enriquecido, que permanecen en sus casas, y se informa así: "*¿A cuánto compraré esto?*" o "*¿a cuánto lo venderé?*". Tal es el alma perfecta que quiere encontrar a Dios sin tropiezo (*Filipenses 1,10*). No le es sufriente una sola cosa, sino que se preocupa por todo lo que le traiga beneficio. Si sabe que algo es perjudicial, lo aparta para no sufrir daño, Ahora, hermano mío, ¡atención: tú te llamas comerciante de Jesús!

Pues el comercio de este rey está lejos de todo lo que daña, que es esto: el lenguaje de los hombres, el orgullo, tenerse por justo, enaltecerse, las palabras provocativas, amar la abundancia, enorgullecerse, amar la distracción. Todo eso daña a los comerciantes de Jesús. No le pueden agradar cuando tienen esto en sus almacenes.

Examínate, hermano mío, ¿qué posees? Que tu pensamiento sondee tus sentidos: ¿cuáles de ellos llevan los frutos de Dios? (*Romanos 7,4*), ¿cuáles obedecen al pecado? (*Romanos 6,12.17*). ¿Tus ojos están cautivados por la concupiscencia? ¿Tu lengua ha sido vencida por la traición? ¿Constatas que tu alma es halagada por el honor humano? ¿Tus oídos son dichosos con la infamia? En efecto, todas esas cosas son dañinas para el espíritu. Así está escrito en el Levítico; dijo a Aarón que no ofreciese en el altar animales puros que tengan un defecto, para que no muriera (*Levítico 22,20-25*). Aarón es ejemplo del espíritu, porque la enemistad mezcla su malicia con un pretexto de justicia que ordena examinar primero, antes del sacrificio, para no ofrecer de modo que muera. Morir es descender con él de la visión espiritual y encontrarse de acuerdo con los que quieren mancillar sus sentidos. Tales son las palabras de quienes han amado a Jesús y han esperado en Él (*Efesios 1,2*); el santo Esposo (*2 Corintios 11,2*), volviéndose su alma una esposa adornada con toda virtud (*Apocalipsis 21,2*), que tiene dignamente su santo espejo, según la palabra del Apóstol: "*Todos nosotros, viendo con el rostro descubierto, como en un espejo, la gloria de Dios, somos transformados en una misma imagen, de gloria en gloria, por el Espíritu del Señor*" (*2 Corintios 3,18*).

No perdamos el coraje, sino rechazamos los vergonzosos silencios (*2 Corintios 4,2*), abandonando a quienes nublan nuestros ojos y no nos permiten ver el esplendor de su santo espejo, para contemplar gracias a Él el brillo de su gloria y ser elevados a su santa contemplación, según la palabra del Apóstol: "*Ahora vemos como en un espejo, en enigma, pero luego veremos cara a cara*" (*1 Corintios 13,12*). Quienes han llegado a ser para Él como esposas por la pureza, se observan a sí mismos como en un

espejo, para no tener nunca mancha alguna en su imagen y no disgustar a su Esposo. Pues quiere vírgenes puras (2 *Corintios* 11,2) en las que no haya mancha (Efesios 5,27), como está escrito de Rebeca: *"Era una virgen muy bella, que no había conocido hombre alguno"* (*Génesis* 24,16). Y además. *"Es llevada ante el Rey: vírgenes tras ella, compañeras suyas, donde él son introducidas"* (*Salmos* 44,15), donde se señala su Encarnación, que están adheridas a Él (1 *Corintios* 6,17). Por el nuevo nacimiento del santo bautismo (*Juan* 3,3), les vuelve nuevo todo lo viejo (*Romanos* 7,6); la penitencia las purifica y las hace para Él santas vírgenes, les hace olvidar todo lo antiguo sin acordarse más (2 Pedro 1,9), así le dijo a ella: *"Escucha, hija mía, mira y abre el oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, el Rey deseará tu belleza porque es tu Señor"* (*Salinos* 44. 11s) y todos los poderes del cielo se admirarán a causa de la pureza con la que la purificó la penitencia y que ha hecho en ella un solo cuerpo con Él (1 *Corintios* 12,28); y se dirá: *"¿Quién es ésa que sube, blanca y apoyada en su amado?"* (*Cantar* 8,5) El gran Apóstol nos recomienda que, tras esta gran pureza, no volvamos a lo anterior, diciendo: *"Os tengo confianza como a un solo hombre, como a una virgen pura, para ofreceros a Cristo; pero temo que, al igual que la serpiente engañó a Eva con su astucia, vuestros pensamientos se corrompan, lejos de la simplicidad y de la pureza de Cristo"* (2 *Corintios* 11,2s). Hagamos todo lo posible en lágrimas, luchando poco a poco hasta despojarnos de la conducta del hombre viejo, guardándonos de toda causa de perdición, de modo que su amor nos alcance y vaya con nosotros, nos quite la imagen terrestre y ponga su santa imagen en nuestro corazón, para que seamos dignos de Él y santos sin mancha, como dijo el Apóstol: *"Como el hombre terreno, son los terrenos; como el hombre celeste, son los celestes. Lo mismo que estamos revestidos con la imagen del terrestre, revistámonos también con la imagen del celeste"* (1 *Corintios* 15,48s).

Porque el Apóstol sabía que no existe hombre sin pecado después de transgredir los mandamientos (*Romanos* 5,12); pero la penitencia es capaz de llevar al hombre a la novedad (*Romanos* 6,4) sin pecado, por eso dijo que abandone las artimañas quien es negligente con los mandamientos y que hagamos lo que hizo Nuestro Señor Jesús, conocer sus santos preceptos, recordar el amor de quien tuvo misericordia y soportó la servidumbre del hombre para elevar al paraíso de la delicia interior e invisible, gratificándolos con todas sus santas virtudes al darles a comer del árbol de la vida que está en medio del paraíso (*Génesis* 2,9), es decir, su propia pureza que nos ha revelado, calmando al querubín y a la lanza ardiente que blandía para guardar el camino del árbol de la vida (*Génesis* 3,24); a saber, el conocimiento de sus santas palabras que introduce la paz en el espíritu de los fieles, está sin cesar a su servicio, los protege constantemente, cierra sus oídos a toda palabra perversa de la serpiente, les recuerda la amarga esclavitud (*Hebreos* 2,15) en la que estaban antes, para que no vuelvan a caer más (*Gálatas* 5,1) y les hace dar gracias

constantemente (*Efesios 5,20*) a quien les ha rescatado al precio de su preciosa sangre (*1 Pedro 1,18s*), suprimiendo el libelo de esclavitud (*Colosenses 2,14*). Cuando subió a la cruz, los hizo sus hermanos (*Juan 20,17*) y amigos (*Juan 15,14*), infundió sobre ellos su Espíritu (*Juan 20,22*) por gracia e introdujo sus corazones en el descanso; les decía: "*Subo a mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios*" (*Juan 20,17*), también: "*Te pido, Padre mío, que allá donde yo esté, ellos también estén conmigo, porque Tú les has amado como me has amado a mí*" (*Juan 17,23s*). Nos muestra que no habla de todos, sino de quienes abandonaron su voluntad siguiendo la de Él y expulsaron de sí mismo toda sugestión de este mundo: Decía: "*Los he sacado del mundo, por eso el mundo los odia, porque no son de él*" (*Juan 15,19*). Mira cómo quienes abandonaron las cosas del mundo han llegado a ser dignos de convertirse en sus esposas y permanecen en su unidad, como dijo el Apóstol: "*El hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne; éste es un gran misterio, y lo digo en lo que concierne a Cristo y a su Iglesia*" (*Efesios 5,31s*). Dijo también: "*Los gentiles son admitidos en la misma herencia, en su cuerpo, participando de la promesa de Cristo Jesús por el Evangelio*" (*Efesios 3,6*).

¿Ves? Esto sucede en quienes han merecido formar un solo cuerpo en Él (*1 Corintios 12,27*) y en los que habita su Santo Espíritu. Les ayuda y se preocupa por ellos, como dijo: "*Pues no sois vosotros quienes hablaréis, es el Espíritu de vuestro padre quien hablará por vosotros*" (*Mateo 10,20*). El Apóstol dijo también: "*A quienes aman a Dios, Él les ayuda en todo para el bien, los cuales son llamados por su voluntad, a los que conoció de antemano y predestinó a semejanza de la imagen de su Hijo*" (*Romanos 8,28s*). Y además: "*Dios se nos ha revelado por su Espíritu, pues el Espíritu escruta todo, incluso las profundidades de Dios* (*1 Corintios 2,10*). *Nosotros tenemos el Espíritu de Cristo*" (*1 Corintios 2,16*). ¿Cómo podría el Espíritu de Cristo discurrir cualquier pecado? Pues, ¿qué escaparía a su Espíritu Santo? Estate atento, hermano mío, a este misterio en tu corazón: toda especie engendra otro ser de su especie en la tierra, no hay ninguna que engendre a una especie distinta, ya sea animal doméstico, bestia, reptil o pájaro. Por eso está escrito en el Génesis que en el principio Dios llevó a todos los animales a Adán, para ver si encontraba alguno semejante a él, pero no lo encontró, pues no eran de su naturaleza; entonces Dios tomó una de sus costillas y creó a la mujer, porque la había creado de su marido (*Génesis 2,19,23*).

Este misterio es grande (*Efesios 5,32*), quienes han llegado a ser esposas de la misma naturaleza que él, por un renacimiento, son miembros de su santo cuerpo, como dijo el Apóstol: "*Somos un solo cuerno con Cristo; entonces, somos miembros unos de otros*" (*Romanos 12,5*); y además: "*Somos miembros de su cuerpo, de su sangre y de sus huesos*" (*Efesios 5,30*). ¿Ves cómo quiere que el hombre sea como Él en todo, igual que Eva lo es con Adán (*cf. Colosenses 3,11; 1 Corintios 15,28*) en su naturaleza? Si tenemos la irracionalidad de los animales o la rapacidad de las bestias que se atrapan una a otra, la

inestabilidad de los pájaros o el veneno de las serpientes, tales almas no pueden ser para Él vírgenes, pues no son según sus actos ni según su camino. En efecto, lo mismo que Eva es semejante a Adán en su naturaleza, como dijimos antes, según lo dicho por el Apóstol, explicando la palabra, todos los santos son miembros de Cristo, por eso dijo que somos miembros de Cristo, de su carne y de sus huesos.

¿Ves, hermano mío, como quiere que el hombre sea semejante a sí, indemne a todo lo que es contrario a la naturaleza, para merecer de Él llegar a ser esposa? Por consiguiente, el alma conoce los pensamientos que tiene a partir de sus actos (*Mateo 7,16-20*). En efecto, si hace la obra de Él, el espíritu Santo habita en ella (*Juan 14,17*), pues son las obras quienes hacen renacer imposible al alma, siendo imposible que no tenga el Espíritu de Dios, como dijo el Señor: "*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos, Yo rogaré al Padre y Él os enviará al Paráclito, el Espíritu de la verdad*" (*Juan 14,15-17*). Y también el Apóstol dijo: "*En quienes está el Espíritu de Dios, éstos son los hijos de Dios. En efecto, no habéis recibido un espíritu de siervos con temor, sino el espíritu de adopción, por el cual nosotros clamamos: ¡abbá, Padre!* (*Romanos 8,14s*). Si hay alguien que no está en el Espíritu del Señor, ése no es de Él" (*Romanos 8,9*). Para que aprendamos si está o no en nosotros, dijo: " Si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu vive a causa de la justicia" (*Romanos 8, 10*) Y además: " ¿No sabéis que Cristo Jesús está en vosotros? Si éste no es vuestro caso, seréis expulsados" (*2 Corintios 13,5*). ¿Ves? Si el hombre no tiene la obra de Cristo, es expulsado por Él y no es un alma virgen a su lado (*2 Corintios 11,2*).

Todas las vírgenes prepararon sus lámparas, pero las que no tenían sus obras fueron expulsadas de la puerta (*Mateo 25,1-12*). La red que fue arrojada al mar recogió peces de toda clase, pero sólo los buenos entraron en su santo Reino (*Mateo 13,47s*). La cizaña creció junto con el trigo, pero, después de la cosecha, se la echa en haces al fuego (*Mateo 13,24-31*). Los sarmientos permanecían en la cepa, pero los que no habían dado fruto se tiraron al fuego (*Juan 15,1-6*). Corderos y cabras pastan en un mismo prado, pero sólo a los corderos hace entrar con él, sin embargo los cabritos fueron dejados fuera (*Mateo 25,32s*). El sembrador echa las semillas, pero sólo tuvo satisfacción con aquellas que germinaron en la buena tierra (*Mateo 13,4-8*). Él dio su dinero sin acepción de personas, pero sólo le satisfizo aquel que le devolvió el doble (*Mateo 25,14-30*). Todos fueron invitados al banquete de bodas, pero hizo expulsar a las tinieblas eternas a quien no llevaba vestido de fiesta (*Mateo 22,1.13*). Estas palabras nos conciernen. Todos decimos que creemos; por tanto, quienes no tienen obras, serán expulsados de su divinidad, según dijo: "*Muchos son los llamados, mas pocos los elegidos*" (*Mateo 22,14*).

Examinemos, hermanos míos, y observemos nuestras obras antes de encontrarnos con Él; no nos preocupemos de los que hacen las voluntades carnales de su corazón y no perdamos las grandes riquezas que debemos encontrar en el tiempo de la tribulación. Luchemos por adquirirlas y odiemos

todo lo que tenemos que abandonar expulsándolo como a nuestro enemigo (*Salmos 48,11: Eclesiástico 11,19. 14,15*).

Consideremos a quienes han pasado todo su tiempo ocupados en las cosas de la perdición, que han llevado en su persona, y a causa de las cuales han heredado la *gehenna*, porque no han querido caminar sobre sus huellas (I *Pedro 2,21*) para merecer de Él convertirse en esposas. Luchemos con lágrimas ante Dios, con corazón afligido y gemidos internos para no caer en la vergüenza.

Si sobreviene en el mar una tormenta en la cual perecen muchos navíos mientras que otros se salvan, las gentes no dicen: "Nos *hundiremos como ellos*", sino que se animan unos a otros a no desalentar en suplicar que Dios venga en su ayuda. ¡En verdad, que hay una tempestad en la tierra! Postrémonos y oremos para no perecer. Pues cuando hay una gran tempestad en el mar, hallas a los marineros y pasajeros animando al piloto. Si el hombre no se encuentra despojado de las obras de la perdición, no podrá escapar de esa tormenta. Así Moisés no pudo glorificar a Dios sino cuando pasó el mar y vio la muerte de aquellos que querían retener a su pueblo en Egipto sirviendo de esclavos, y cuando hizo pasar a todos y lograron ser libres, entonces dijo: "*Glorificad al Señor, que se ha cubierto de gloria: ha precipitado en el mar a caballos y caballeros, se ha hecho para mí auxiliador y protector, para la salvación*" (*Éxodo 15,21*).

Si el espíritu salva a los sentidos del alma de las voluntades carnales, la columna de fuego de su divinidad les hace cruzar el mar (*Éxodo 14,1 5ss*) y separa el alma de las voluntades de la carne; entonces, si Dios ve que la audacia de las pasiones se lanza sobre el alma queriendo retener sus sentidos en el pecado, mientras el espíritu, en secreto, está constantemente en conversación con Dios, Él envía su auxilio y las hace perecer todas juntas, como está escrito: "*Dijo Dios a Moisés: "¿Por qué clamas a mí? Ordena a los hijos de Israel que estén prestos, tú alza el bastón que llevas en la mano y bájalo sobre las aguas de mar: ellas se secarán"*" (*Éxodo 14,15s*). Dios es fiel para dar también hoy la mano a Moisés, para salvar a Israel de la mano de los egipcios, que son las voluntades de la carne que hacemos, y así merezcamos de él cantar un cántico nuevo y decir: "*¡Glorifiquemos al Señor, pues se cubrió de gloria!*" (*Éxodo 15,21*). ¿Cómo podremos decir que se ha cubierto de gloria mientras obedecemos a nuestros enemigos, que nos retienen en Egipto por nuestra voluntad, deseando lo que comíamos cuando éramos esclavos del Faraón (*Éxodo 16,3*) y violentamos a Aarón para que nos haga dioses que nos conduzcan a Egipto (*Éxodo 32,1 ss*), y nos envilecemos, por desaliento, al blasfemar del alimento espiritual? (*1 Corintios 10,3*). Dios tiene el poder de volver a traer a Moisés de la montaña para que destruya al becerro que corneaba (*Éxodo 21,29*), el que queríamos traernos en Egipto y por el cual nos convertimos en enemigos de Dios.

Dios es quien da la penitencia (*Hechos 5,31.11,18*), y puede atraernos hacia sí y dar a Moisés la fuerza de orar por nosotros con estas palabras: "*Sí perdonas sus pecados, perdónales, si no, bórrame del libro de la vida*" (*Éxodo 32,32*);

y también puede dar a Josué el poder destruir esos siete pueblos que habitan en la tierra de la promesa (*Deuteronomio 7,1; Josué 3,10*), por su perversa envidia, y que Israel reciba su heredad y habite allí sin ser objeto de envidia, por los siglos de los siglos. Amén.

Suya es la fuerza, suyo el auxilio, la protección, la vigilancia, la salvaguardia. Él está en todo: Nuestro Señor Jesucristo (*Colosenses 3,11*), para gloria y honor de Dios, Padre y Espíritu Santo, antes de los siglos, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Si lees esto, hermano mío, haz lo posible por aplicártelo, para que Él sea tu protección en la hora de la prueba. Amén.

## LOGOS 26

### Sentencias

Dijo mi santo Padre: Actúa virilmente, para poner en pie a quien debe ser levantado. La pureza ora a Dios (*cfr. 1 Timoteo 1,5; Santiago 4,8; 1 Pedro 1.22*). El temor de Dios y vivir en precariedad, perdona los pecados. El hombre que tiene la malicia de devolver el mal en su corazón (*Romanos 12,17*), hace en vano su servicio (*2 Pedro 1.8*). No quieras ser preguntado acerca de un consejo o de una palabra de este tiempo presente y no confíes en quien te pregunta. Abre tus oídos cerca de quienes hablan de ti e implora a Dios para que te otorgue conocer a cuál de ellos debes escuchar.

Dijo de nuevo: Postrarse ante Dios (*Salmos 54,23; 1 Pedro 5,7*) conciencia y escuchar sus mandamientos con humildad traen la caridad, y la caridad trae la impasibilidad.

Dijo también: Quien permanece en el silencio necesita examinarse en todo momento para saber si escapó de quienes lo retenían en el aire, y si se libró de ellos cuando aún vive. En efecto, mientras está sometido a su servidumbre, todavía no ha sido liberado y debe hacer su trabajo hasta que se produzca la misericordia. Dijo de nuevo: El hombre que mantiene en su corazón una acusación contra otro está lejos de la misericordia de Dios.

Cuando le pedía una palabra, me decía: Si quieres ir junto a nuestro Señor Jesús, guarda su palabra (*cfr. Mateo 10,37*); si quieres crucificar con Él al Hombre viejo y a los que te hacen bajar de la cruz, debes permanecer en ella hasta que muera y debes prepararle para soportar el desprecio y para poner en reposo el corazón de aquellos que le hacen el mal, humillarte delante de quienes quieren pasar por encima de ti, tener el silencio en la boca y no juzgar a nadie (*Mateo 7,1*) en tu corazón.

Dijo también: Cuando estás en silencio, el tener temor de Dios sea como tu respiración; mientras el pecado persuade tu corazón no está en ti el temor, y en tanto no esté en ti el temor estás lejos de la misericordia. Dijo también: Esto es lo que nos fatiga, que tengamos la impasibilidad en la boca y la maldad en el corazón. Dijo también: Si el hombre no combate hasta la muerte por hacer su cuerpo como el que tenía el Bienamado cuando vino entre nosotros, no encontrará alegría ni será liberado de la amarga esclavitud.

Dijo también: Te lo suplico: mientras estás en el cuerpo no relajes tu corazón. Lo mismo que un hombre no puede estar seguro de los frutos cuando se instala en una tierra de su propiedad pues no sabe lo que recogerá antes de haberlo puesto en sus graneros, así también el hombre no puede relajar su corazón mientras haya un aliento de vida en su nariz. El hombre siembra sus semillas y cuida los buenos frutos que ha de recoger llevando sus fatigas con esperanza, teme más la sazón, y así, vigilante, implora a Dios por el resultado.



Lo mismo que el hombre no sabe qué dolor tendrá su cuerpo hasta el último aliento, tampoco puede relajar su corazón mientras haya en él un aliento, sino que debe clamar alto hacia Dios sin cesar para que le dé su ayuda y su misericordia.

Le pregunté, diciendo: ¿Qué es la humildad y qué es lo que la engendra? Me contestó: La sumisión, reprimir la propia voluntad con humildad y si apenarse, la pureza, soportar el insulto, soportar una palabra del prójimo sin daño, eso es la humildad.

Dijo también: Dichoso el que ha logrado engendrar el hombre nuevo antes de reencontrarse con Cristo. De éste ha dicho el Apóstol: *"La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios"* (1 Corintios 15,30); y también: *"Cuando hay entre vosotros envidia y división, ¿no es porque sois carnales y camináis en las cosas humanas?"* (1 Corintios 3,3).

Dijo también: Por esto padecemos penas semejantes a las de nuestros enemigos, porque no vemos nuestras faltas con claridad ni conocemos con exactitud el duelo. De otra forma, si nos ha sido revelado lo que es realmente el duelo, nos haría conocer nuestros pecados, y si los viésemos en verdad, deberíamos sentir vergüenza frente a las prostitutas, pues ellas son mejores que nosotros: ellas, en verdad, hacen inocentemente sus pecados, porque no conocen a Dios, pero el corazón de los fieles es esclavo de sus pecados. Dijo también: Quien soporta la blasfemia de sí mismo y doblega su voluntad por su prójimo y por Dios para impedir que su enemigo se interponga, muestra que es un hombre trabajador. Si el espíritu está cada día vigilante, también está conscientemente a los pies de Nuestro Señor Jesucristo (cfr. *Lucas 7,38; Juan 11,32*); si está vigilante y piensa tener cuidados, debe aplicarse en anular su voluntad para no separarse de su bienamado Señor; quien mantiene su voluntad no está en paz con los fieles (*Marcos 9,50; Romanos 12.18*), pues la mezquindad del alma, la cólera y la irritación frente a los hermanos persiguen al corazón que cree tener la ciencia. Por tanto, pidamos a Dios que nos conceda ver nuestros pecados, hacer lo posible por evitar a los hombres y no tener familiaridad con las gentes del mundo con palabras vanas (*Mateo 12,36*), para que nuestra alma no sea entenebrecida ante Dios. Pues el hombre que busca decir las palabras del siglo o escucharlas, no puede tener familiaridad delante de Dios; quien dice: *"Poco importa lo que hablo y lo que escucho"*, es semejante a un ciego que trae y lleva una lámpara, pero no puede ver la luz. Considera este asunto viendo el sol que ilumina al mundo entero: cuando pasa una pequeña nube oculta el rayo de luz y el calor; pero esto no lo conocen todos los hombres, sino sólo aquellos que tienen ciencia.

Dijo de nuevo: Odia todo lo mundano y el ocio del cuerpo, pues estas cosas te hace enemigo de Dios (*Santiago 4,4*). Así como un hombre combate a su enemigo nosotros debemos también combatir nuestro cuerpo para que no se vuelva ocioso.

Dijo también: Fíjate atentamente en esta palabra; el trabajo, la pobreza, considerarse extranjero, tener coraje, no desalentarse y el silencio engendran la humildad y ésta perdona los pecados (1

*Juan 1,9; 1 Pedro 4,8*); quien no observa estas cosas, ha hecho su renuncia en vano (*2 Pedro 1, 5*). Por tanto, haz lo posible para no ser estimado, para que puedas llorar. Cuida con todas tus fuerzas no discutir de lo que respecta a la fe, fuera de lo que has recibido de tus Padres, pues el hombre no puede alcanzar nada de la divinidad (*1 Timoteo 6,16*). Dijo también: Quien trabaja y ama a Dios debe vigilar todos sus pensamientos, discernirlos y examinarlos para saber si son del cuerpo o no. En efecto, mientras lo antinatural tenga fuerza en uno de sus miembros, no puede considerarse virgen. Dijo también: Las cosas que expulsa del alma el recuerdo de Dios (*2 Timoteo 6,16*) son: la cólera, el desaliento, querer enseñar, la vanidad de las palabras (*Mateo 12,36*) de este mundo; en cambio, la longanimidad, la dulzura y toda bondad según Dios, traen la pureza.

Nuestros Padres han dicho que la anacoresis es la huida del cuerpo y la preocupación por la muerte. Pero existe peligro en que el hombre parta solo si no posee obras buenas frente a los pecados que le rodean, y el arrepentimiento por lo que ha hecho en el tiempo de su negligencia, creyendo que Dios perdonará sus pecados, diciendo además a su enemigo: "*No estoy seguro por ninguno de mis trabajos hasta que me encuentre ante el tribunal, y me vea absuelto al salir del juicio, y desprecio a quienes derriban la morada del alma que ella construyó si el corazón está de acuerdo con ellos*".

Dijo: El hombre tiene necesidad de una gran humildad y de postrarse delante de la bondad de Dios (*Salmos 54,23, 1 Pedro 5,7*), para conocer a los ladrones que están ocultos en él y ahuyentarlos. Sobre la paz con el prójimo dijo: Donde no existe paz con el prójimo (*Marcos 9,59; Romanos 12,18*), Dios no está allí, pero quien ve sus pecados ve también la paz; no es el lugar donde se vive, sino la humildad, lo que perdona los pecados (cf. *1 Juan 1,9*). En efecto, cuando David cae en el crimen contra Urías (*2 Samuel 11,22ss*), no encuentra nada que ofrecer a Dios, sino esto: "*El sacrificio para Dios es un espíritu quebrantado*" (*Salmos 50,19*).

Dijo también: El desaliento y blasfemar de alguien turban al espíritu, de tal manera que no le dejan ver la luz de Dios (*1 Pedro 2,9s, 1 Juan 5-7*). Dijo también: Haz lo posible por evitar estas tres pasiones que rodean el alma: el lucro, el honor y el ocio; pues cuando vencen al alma no la dejan crecer en las cosas de Dios.

Dijo también: Cuando estés sentado en tu celda, si te viene un juicio contra tu prójimo, júzgalo conforme a tus pecados, pensando que éstos son muchos más y mayores que los de tu prójimo. Y lo que piensas que es recto no estés seguro de que agrade a Dios.

Dijo también: Todo miembro sano del cuerpo que se endereza y piensa de sí mismo diciendo: "*¿Qué tengo en común con lo que está enfermo?*", ése no es del

cuerpo de Cristo. El que está enfermo no ha de ser censurado porque se haya vuelto débil, pero el que se apoya en sí mismo y no sufre con el miembro enfermo (1 *Corintios 12,26*; 2 *Corintios 11,29*), es duro de corazón y no piensa nunca en lo que ha faltado. Quien ha adquirido la humildad, toma sobre sí la reprobación de su prójimo, diciendo: "Soy yo *el que pecó*". Pero quien lo desprecia piensa en su corazón que no ha ofendido a nadie, sino que es sabio (*Romanos 11, 25, 12,16*). Quien tiene el temor de Dios piensa en las virtudes, para que ninguna de ellas perezca.

Dijo también: Si estás sentado en tu celda y haces en silencio tu trabajo por Dios y tu corazón consiente en algo que no es de Dios, pero consideras que eso no es un pecado, sino que son pensamientos, háblate así "Si *estas cosas son pensamientos y no son pecado, tampoco mi servicio en silencio es verdad*". Pero si dices: "*Dios recibirá el servicio de mi corazón que he hecho en silencio*", por eso mismo, el hecho de que tu corazón consienta la maldad en el silencio te será contado como pecado delante de Dios.

Dijo sobre la enseñanza: Si caes en lo que enseñas o temes caer en ello, no puedes enseñar. Dijo sobre la comunión: ¡Desdichado de mí! Mientras estoy en comunión con los enemigos de Dios, ¿qué comunión tengo con Él? (1 *Juan 1,6*). Pues tener esa comunión es para mí condena y reproche, ya que las cosas santas se darán a los santos; pero si yo soy santo, ¿qué son aquellos que obran en mí? Se le preguntó: "¿Qué *es el temor de Dios?*". Él dijo: Quien está de acuerdo con un hombre que no es Dios, en ése no está el temor de Dios.

Fue preguntado así: "¿Qué *es un servidor de Dios?*". Él contestó: Mientras el hombre sirva a una pasión, todavía no puede ser considerado servidor de Dios, pues es servidor de aquello que le domina (*Romanos 6,16*). En efecto, mientras está atado no puede enseñar a quien está dominado por la misma pasión. Es una vergüenza que un hombre enseñe antes de estar él mismo liberado en lo referente a aquello que enseña, o pedir por eso a Dios. ¿Cómo pedirá por otro, cuando él está prisionero por la pasión? Mientras que está en una esclavitud amarga, ¿cómo pedirá, puesto que no es servidor de Dios, ni su amigo, ni su hijo, para suplicar por otro?

Necesita pedir a diario por esto: ser él mismo salvado; si efectivamente ha sido salvado de las pasiones a las que había servido, entonces su rostro se cubre de vergüenza ante Dios y cada día llora al ver que no es digno de la familiaridad de ser hijo (2 *Corintios 6,18*); ésa es la verdadera pureza que Dios pide de él.

Dijo también: ¡Desdichado de mí! Que no luché para purificarme por ti, Señor, para ser hallado digno de un poco de misericordia. Que no combatí para poder vivir de ti (*Romanos 6, 10s*). Que no he luchado para vencer a los enemigos que te combaten, y para que puedas reinar sobre mí; pues, ¿cómo puede un leproso acercarse a tu Reino? ¡Desdichado de mí, sobre quien has puesto tu Nombre! (*Santiago 2,7*); y, sin embargo, yo sirvo a tus enemigos. ¡Desdichado de mí, que me alimento de cosas impuras que odia mi Dios y por eso no estoy curado! ¡Desdichado de mí, que no soy digno de que Dios sea mi

maestro! Examiné mi alma y vi mi tristeza a causa de mi enfermedad, porque, acercándome a la muerte con estas enfermedades, me apeno, pues me acuerdo de aquella hora amarga. La salud del cuerpo no está segura frente a esta muerte (cfr. *Romanos 7,24*), pues pide la salud para convertirse en enemigo de Dios (*Santiago 4,4*). En efecto, el árbol que se riega cada día, teniendo su raíz seca, no produce frutos.

El hombre necesita gran firmeza de corazón y preocuparse por permanecer constantemente junto a su fuente; estar seguro de ella y protegerla (*Números 19,15*); no ser negligente, pues cuando lo sea lo que la cubre saltará. Esas son las aguas amargas y saladas que le darán a beber en su lugar, y se hundirá en el abismo. ¡Desdichado de mí, que tengo ante mí a mis acusadores: a unos los conozco y a otros no, y no puede refutarlos! ¡Desdichado de mí!, ¿cómo podré encontrar a mi Señor y a sus santos, yo, en quién mis enemigos no han dejado un solo miembro santo ante Él?

Se le preguntó: "*¿Qué necesita quien quiere estar en silencio?*". Dijo: El que está en silencio necesita estas tres obras: el temor sin interrupción, pedir sin cesar y no relajar su corazón. Dijo también: El que está en silencio debe guardarse de escuchar ninguna palabra inútil; si no, destruirá su trabajo. Es como una mujer encinta que se cuida; pero si viene alguien que le anuncia una mala noticia y la golpea, hará que aborte y se destruya lo que fue sembrado en ella; después ¿cuánto tiempo y trabajo no será necesario hasta que esté preparada para recibir otra semilla? De nuevo expulsa la semilla al sufrir las mismas cosas y muere con gran tristeza de corazón, porque pasó los trabajos, pero no vio a sus hijos, y su marido está en la angustia. Así también el alma, por ser un poco negligente, aborta luego recuerda lo que concibió con pena y esfuerzo.

*Abba Serapión* fue preguntado por un Anciano: "*Por favor, ¿cómo te ves a ti mismo?*". El contestó: "*Soy como un hombre que está en una torre y que vigila a su alrededor, que hace señales a los que pasan para que no se acerquen a él*". El Anciano le dijo: "*Yo me veo como si hubiese construido una ciudadela la cual aseguré con cerrojos de hierro, de modo que si alguien llama, no sé quién es o de dónde viene, o qué quiere, o cómo es; así no abro hasta que no se ha ido*". Dijo también [ISAÍAS: Quien busca al Señor con dolor de corazón, el Señor lo escucha si le pido con ciencia y se cuida con dolor de corazón para no estar atada a ninguna cosa del mundo, teniendo cuidado de su alma para que se presente al tribunal sin tropiezo (1 *Filipenses 1,10*), según su poder, como un hombre despreciado y pequeño, como le agrada a Dios.

## LOGOS 27

### Del abad Isaías: sobre la impasibilidad (II).

Fíjate atentamente en ti mismo teniendo confianza y creyendo que Nuestro Señor Jesucristo, siendo Dios y teniendo una gran gloria inefable, se ha hecho modelo por nosotros para que caminemos sobre sus huellas (1 *Pedro 2,21*). El se ha humillado grandemente y sin medida por nosotros, tomando la forma de esclavo (*Filipenses 2, 7*), soportó una gran pobreza y vergüenza, sufrió muchos insultos y ultrajes, como está escrito: "Como un cordero fue llevado a la inmolación, como cordero que calla ante el esquilador, así no abrió la boca en su humillación, en su juicio fue arrebatado" (*Isaías 53,7s*). Sufrió una muerte con muchos oprobios por nosotros, para que también nosotros, a causa de su mandato y por nuestros pecados, soportemos con solicitud si un hombre cualquiera, justa o injustamente, nos insulta o nos desprecia, nos hace daño o profiere maldades contra nosotros, incluso hasta la muerte, de modo que, llevados a la inmolación como una oveja, seamos como un animal mudo, sin responder palabra alguna; pero sobre todo, si tiene miedo, implora; si no, calla completamente con una gran humildad.

Fíjate en ti, pensando que son de gran provecho y salvación para el alma los oprobios, desprecios y humillaciones sufridos por el Señor. Sopórtalos con alegría y sin turbación, pensando: Merezco sufrir todavía más por mis pecados, de modo que merezco sufrir cualquier cosa y soportarlos a causa de mis pecados, pudiendo llegar a ser, aunque sea por un breve momento, por muchas tribulaciones y desprecios, un imitador (*Efesios 5,1*) de la Pasión del Señor (1 *Pedro 4:13*), mi Dios. Y cada vez que recuerdes a quienes te han afligido, ora por ellos, de corazón y con sinceridad, como por los que te han hecho grandes beneficios y no te irrites contra nadie. Pero si, si por el contrario, alguno te honra o te alaba, apénate y ora para ser liberado de esa carga (*Hebreos 12:1*), y lo mismo con todo lo que tenga alabanza o grandeza, aunque sea pequeño. Ruega a Dios en cada instante con toda tu alma, para que aparte de ti estas cosas y piensa: No lo merezco, pues soy débil. Busca cada día lo humilde y condúctete en ello con duelo, humildad y sin reserva, viendo que estás muerto por así decirlo, al renunciar a este mundo que eres el menor sin importarte y que eres más pecador que nadie. Estas cosas son de gran provecho para tu alma.

Presta atención a ti mismo, odia y rechaza totalmente, tanto como la gran muerte (1 *Apocalipsis 2,11*), la pérdida de tu alma y el suplicio eterno, todo amor a la preeminencia y a la vanagloria, desear alabanzas y honores o una gloria proveniente de los hombres: estimar que eres algo o que tienes las virtudes que eres mejor que otro; toda vergonzosa concupiscencia y voluptuosidad de la carne, aunque sea mínima; tener en el espíritu a alguien sin necesidad, tocar el cuerpo de otro o preguntar por algo sin necesidad. Para

que, guardándote y sobrellevando así estas pequeñas cosas, no caigas en algo grave y no seas tentado, pues al despreciar las cosas pequeñas, te haces caer poco a poco (*Eclesiástico 19,1*).

Fíjate en ti mismo, de tal forma que examines en cada momento tus pecados, y haz lo posible por tener cuidado para que en el espíritu las obras, los vestidos, la forma de ser y en todo, te hagas pequeño y te humilles a ti mismo, siendo como basura, (*Eclesiástico 22,2*), como tierra y ceniza (*Eclesiástico 10, 9, 17,32*), como el último de todos y su servidor (*Marcos 9, 35, 10,44*). Así protégete a cada instante con toda tu alma, pues eres el más pequeño y el más pecador de todos los cristianos, que estás lejos de toda virtud. Pensarás: En comparación con los cristianos, soy tierra y ceniza, toda mi justicia es como ropa de una mujer con la regla (*Isaías 64,5*). Si no hallo piedad de la gran misericordia y bondad de Dios, mereceré los suplicios eternos, pues Dios quiere pleitear conmigo (*Job 9,3*), no podría comparecer, pues estoy lleno de villanía. Mantén siempre tu alma en duelo, en la humildad, gimiendo y esperando cada día la muerte (*1 Corintios 4,9*), y tú mismo eres la causa del suplicio eterno más que de tu vida. Clama a Dios sin cesar, para que por su abundante misericordia te restablezca y se apiade de ti, que sientes en tu alma que trabajas con tristeza y gemidos; nunca estés alegre o en trance de reír sino que cada día cambie tu risa en duelo y tu alegría en tristeza para que tu alma se llene de heridas. Estas cosas son de gran provecho y salvación para tu alma.

Pon atención en ti mismo, para que te considere sin cesar el más pequeño (*Marcos 9,35*) y más pecador de todos los cristianos con toda tu alma; que tu alma esté siempre en duelo y con gemidos abundantes, guardando silencio como un hombre indigno e inculto, sin decir nada, aunque sea pequeño, cuando no hay necesidad. Préstate atención, para que constantemente recuerdes y tengas ante tus ojos el fuego eterno (*Mateo 18,8*), los tormentos eternos, las tinieblas eternas; estímate como estando entre los que están ahí más que entre los vivos. En efecto, si Dios quisiera pleitear con nosotros (*2 Job 9,3*), no podríamos aparecer, pues estamos llenos de villanía, siendo la causa de tal tormento. Aquí abajo, mientras hay tiempo para la penitencia (*Hebreos 12,17*), arrepintámonos, para ser salvados de estos grandes y terribles tormentos. Como si estuviésemos muertos, pensando anticipadamente en ese duelo terrible e incesante, su gran tristeza y su angustia, procúrate muchos trabajos según la voluntad de Dios, la fatiga del cuerpo y del alma, con ellos trabaja por tus pecados mientras estés en el cuerpo. Con toda tu fuerza, haz tu trabajo manual sin cesar, con ayunos y otras muchas cosas, en la humildad que es según Dios, verificando con la acción esta palabra: "El más pequeño y servidor de todos" (*Marcos 9, 35, 10,44*). Que tu alma esté trabajando y recuerde en cada momento los lloros incesantes y el rechinar de dientes (*Mateo 8,12*). Esfuérzate en la meditación de la escritura, de modo que con pequeños intervalos, dentro de la misma meditación, gime y ora sin cesar, para que estés continuamente en tu espíritu como en la reunión y los

demonios no encuentren sitio para lanzar pensamientos dañinos en tu corazón (*Mateo 13,39*).

Pon atención en ti mismo, sabiendo que el Señor murió y resucitó por nosotros (*Romanos 14,9*), y nos rescató con su sangre (*Romanos 5,8s; 1 Corintios 6,20,7,23*), para que tampoco tú vivas para ti mismo sino para Aquél que ha muerto y resucitado por nosotros (*2 Corintios 5,14s*), teniendo confianza y creyendo que estás cada día ante sus ojos, que examina tu corazón y permanece ante ti, de modo que tú seas en tu conciencia como un muerto que ha salido de este mundo, como estando ante Él y compareciendo ante Él cada día.

Fíjate en ti mismo, para que como el siervo que con miedo, temblando y con gran humildad, se mantiene siempre cerca de su dueño, y no se aparta de él, sino que está en disposición de obedecer su voluntad (*Filipenses 2,12*), así tú, de pie o sentado, sólo o con otros, permanece como conviene ante Dios, con temor y temblor (*Salmos 122,2; Mateo 8,9*), de modo que cada día tu cuerpo y tu alma tiemblen. Haz lo que puedas por purificar tu espíritu de pensamientos malvados y de injurias, con toda humildad, gran silencio y conocimiento a causa de Dios que te ve, sin tener seguridad alguna de ser visto a causa de tus pecados.

Préstate atención en todo momento, para estar presto a escuchar la voluntad de Dios, sea para la muerte, sea para la vida (*Filipenses 1,20*), sea para cualquier tribulación, con gran alegría, doctrina y fe, y esperar siempre grandes y terribles tribulaciones y tentaciones que vendrá sobre ti.

Pon atención en ti mismo, permaneciendo ante Dios constantemente, de modo que no hagas nada en contra de su voluntad; sino que en todo lo quieras hacer: hablar, visitar a alguien, comer, beber, dormir, sea lo que sea examina antes si es según Dios y luego confiesa al Señor la causa del asunto. Si no, no desees hacerlo, y, en lo sucesivo, haz como conviene ante Dios. Así, en todo pensamiento y acción, confíalos a Dios, para que por ello tengas gran cercanía y seguridad al lado de Dios.

Fíjate en ti mismo, sabiendo que está escrito: "*Cuando hagáis todo esto, decid: Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que debíamos hacer*" (*Lucas 17,10*), para que cuando hagas algo según Dios, no lo hagas por un salario, sino con toda humildad, como un siervo inútil que debe mucho y devuelve poco (*Mateo 18,24s*); considera cada día, con respecto a ti, que aumentas tus pecados, pues el que sabiendo obrar bien no lo hace, ya que tiene un pecado (*Santiago 4,7*); y, sobre todo, lo que te falta de los mandamientos de Dios, que el ojo de tu espíritu lo tenga fijo siempre; gemirás y te afligirás sin cesar e implorarás a Dios constantemente que, por su gran piedad y misericordia, perdone tus pecados. Pon atención en ti mismo; si alguien te veja en uno de tus asuntos, provocando en ti tristeza o irritación, estate en silencio y sin decir nada en contra de lo que conviene (*Efesios 5,4*), hasta que primero, con una

oración constante (*1 Tesalonicenses 5,17*), tu corazón esté en reposo; luego implora a tu hermano.

Si tienes necesidad de reprender a un hermano y ves que está con cólera y agitado, no le digas nada, por temor a que se turbe más; pero cuando estés con él en gran orden y dulzura, entonces habla sin ser como quien reprende, sino como el que advierte con humildad, dulzura y honor (*Efesios 4,2*). Así, persiste luchando en todo tiempo, para que no salga de tu boca ninguna palabra con cólera, en la seguridad y confianza de que estás ante los *ojos* de Dios, y que Él escruta tu corazón al verlo constantemente. Mantente ante Él con temor, sabiendo que, ante su gloria y grandeza inefables, tú eres como si no existieras, como polvo y ceniza (*Eclesiástico 10, 9, 17, 32*), basura y gusano (*Salmos 21,7*).

Préstate atención, sabiendo que el Señor, que es rico, por nosotros se hizo pobre (*2 Corintios 8,9*), murió y resucitó (*Romanos 14,9*), rescatándonos por su sangre (*Romanos 3,25*), para que también tú, que has sido rescatado por un gran precio (*1 Corintios 6,20,7,23*), no vivas ya para ti, sino para el Señor (*2 Corintios 5,15*), y seas un servidor perfecto en todo, realizando perfectamente la impasibilidad, y, como un animal doméstico sumiso a su dueño (*Salmos 72,22*). Que así estés siempre ante Dios, muriendo a las humanas pasiones y al deseo carnal (*1 Pedro 2,11*), de modo que no tengas ninguna voluntad o deseo propios, sino que toda tu voluntad y todo tu deseo sean soportar y hacer la obra del Señor, sin jamás tenerte por libre o por poderoso, sino como servidor de Dios que necesita estar sometido a la voluntad a la que sirve.

Pon atención en ti, para que toda prueba que te suceda la soportes con alegría, pensando que por medio de pruebas numerosas es como entraremos en el Reino de Dios (*Hechos 14,22*). Fíjate en ti mismo, como quien está constantemente ante Dios, para no atender a nadie, sino sólo a Dios, en la fe. LO que necesites, pide sin cesar a Dios que sea según su voluntad; y por lo que encuentres, da gracias a Dios en todo momento (*1 Tesalonicenses 5,18*), así como a aquél que te lo da (*1 Pedro 4,11*). Si te falta algo, no murmures contra nadie, sopórtalo con alegría, pensando que por medio de muchas tribulaciones es como entraremos en el Reino de Dios (*Hechos 14,22*).

Pon atención en ti mismo, esfuérgate en guardar silencio, para que Dios te dé la fuerza de combatir y soportar no hablar de todo sin necesidad, aunque sea decirle a alguien: "*¿Dónde está esto? o ¿qué es?*". Pero si quieres hablar y es voluntad de Dios que hables en vez de callar, habla sirviendo a su voluntad; pon cada día el rostro en tierra y ten la palabra grave, di dos o tres palabras, por caridad y cállate. Si alguien te pregunta algo, escucha sólo al que te requiere y no a otro.

Fíjate en ti mismo, lo mismo que te abstienes de la fornicación, así también abstente del deseo de los *ojos*, del *oído*, de la boca y del tacto. Que tus *ojos* estén constantemente mirando hacia abajo, en ti y en el trabajo de tus manos; no lo hagas rodar para mirar arriba, sin tener necesidad. Pero a una mujer o a un varón de buen aspecto, no lo mires en absoluto, salvo por gran necesidad. No



permitas a tus orejas escuchar nada sobre nadie, ni tengas conversaciones inútiles. Que tu boca esté siempre callada, ni hable sin necesidad. Si desprecias tu alma hasta el punto de pasar a otro estas reglas, preocúpate en cumplirlas, gime y aflígete, ora y camina recto, para que juzgándote y estando vigilante, no caigas en nada grave ni seas tentado.

## LOGOS 28

### Sobre las ramas de la malicia.

Sobre las ramas del mal, que el hombre sepa qué es la pasión o qué le separa de Dios, y que implore la bondad de Dios con respecto a esto, para que su auxilio venga al hombre y le dé la fuerza para despojarse de ello. Son reclamos para el alma y la separan de Dios. Dichoso quien se despoje de ellas, para ser un cordero espiritual puesto sobre el altar de Dios (*Romanos 12,1*) y pueda escuchar su voz llena de alegría: "Ven, siervo bueno y fiel: en pequeñas cosas fuiste fiel, en las grandes te pondré; entra en la alegría de tu dueño " (*Mateo 25,21*).

Pero los que quieren hacer su voluntad según la carne y no se quieren curar con el santo tratamiento que es la penitencia que nos vuelve puros, se hallarán desnudos de la túnica santa (*Lucas 15,22; Apocalipsis 6,11*) de las virtudes en la hora de la angustia, y serán arrojados en las tinieblas exteriores (*Mateo 8,12*), donde está el Calumniador (*Mateo 25,41*), revestido con la túnica de las pasiones, las cuales son: la fornicación, el amor al dinero, la detracción, la cólera, la envidia, la vanagloria, el orgullo. Estas son dichas ramas y lo que se les parece. ¿Qué es la fornicación? La fornicación es el deseo, la incontinenia, la apariencia del cuerpo, la distracción, la pereza, la chanza, mirar impúdicamente. ¿Qué es el amor al dinero? No creer que Dios se ocupa de ti ni tener la esperanza puesta en las promesas de Dios, amar estar en la abundancia -porque buscas la soberbia del mundo (*1 Juan 2,16*) y amas la impiedad, porque amas la vanagloria que no tiene ni medida ni conciencia- y no observar el juicio de Dios. ¿Qué es la detracción? Que no conozca la gloria de Dios; envidiar al prójimo porque no te estima; es decir en falso contra tu hermano, tener la mirada perversa, querer complacer a los hombres, testimoniar con mentiras. ¿Qué es la cólera? Buscar tu voluntad antes que nada, la querrela, la falsa ciencia (*1 Timoteo 6,20*), querer, enseñar, amar usar el mundo, la pusilanimidad, ser violento, no soportar nada, tener tratos comerciales [LAS TRANSACCIONES COMERCIALES SE TENÍAN COMO UNA OCASIÓN PARA LA CÓLERA). ¿Qué es la envidia? Odiar al prójimo, que no te censures por pereza porque no ves que la gloria de tu prójimo es Dios, el amor por la comida, querer mezclarte con el mundo. ¿Qué es la vanagloria? Que ames este mundo percedero, que te mortifiques por alcanzar renombre, que ames la gloria humana más que la que viene de Dios, que busques ser famoso entre los hombres, que pongas de manifiesto tus obras para ser estimado entre los hombres, que no veas la gloria de Dios, que realices las pasiones del cuerpo en tu corazón. ¿Qué es el orgullo? Que haya en ti escándalo porque no se te estime, que te jactes de no necesitar nada, que seas un provocador, que mantengas tu voluntad, que te consideres bueno (*Romanos 12,16*), que mires a tu hermano como alguien sin espíritu ante ti, que desprecias a tu prójimo, que te sometas a él, que pongas tu confianza en tu fuerza (*2 Corintios 1,9*). Todas

estas cosas las realiza el Calumniador en el alma desdichada y la domina para separarla de Dios.

Éstas son las pesadas cargas (*Jeremías 17,24*) que toma Adán cuando come del árbol prohibido (*Génesis 3,6s*). Estas son las cargas que señala la Escritura: "*Él tomo nuestros dolores y llevó nuestras enfermedades*" (*Isaías 53,4*). Estas son las enfermedades que se abatieron sobre Adán; son las cosas que Nuestro Señor Jesucristo ha destruido en su santa cruz (*Efesios 2,16*). Son los viejos odres en los que no se pone el vino nuevo (*Mateo 9,17*). Son las vendas con las que Lázaro fue atado (*Juan 11,14*). Son los demonios que introdujo en los cerdos (*Mateo 8,32*). Son el hombre viejo del cual el Apóstol nos invita a despojarnos (*Colosenses 3,9*). De estas cosas se dijo: "*La carne y la sangre no heredarán el Reino de Dios*" (*1 Corintios 12,50*). De estas cosas también dijo: "*Si vivís según la carne, moriréis*" (*Romanos 8,13*). Estos son los golpes que dieron los ladrones al que bajaba desde Jerusalén a Jericó (*Lucas 10,30*). Son la cizaña que la tierra produjo para Adán cuando salió del Paraíso (*Génesis 3,18*). Son el sacrificio de Caín, que Dios odia porque quiso mezclar las cosas antinaturales con las naturales; el sacrificio que no miró propicio y por el cual Caín mató a Abel (*Génesis 4,3-8*). Son el sacrificio de Lámek cuando dijo: "*Maté aun hombre por un golpe que me dio y a un joven por una herida; Caín será vengado siete veces, pero Lámek lo será setenta y siete*" (*Génesis 4,23s*). Son la jactancia que eligió Cam al burlarse de su padre, y Canaán recibió una maldición eterna (*Génesis 9, 20,27*). Son la torre que construyeron los impíos en el país de Senaar, cuando Dios vio su orgullo y confundió sus lenguas (*Génesis 11,1.9*). Son la parte que ama Esaú, que perdió su bendición por un alimento vil (*Génesis 25,29-34*). Son los frutos de los sodomitas y su abyecto corazón (*Génesis 19,4s*). Son los filisteos que odiaban a Isaac y querían sellar sus pozos (*Génesis 26,14s*). Son el egipcio que encarceló a José (*Génesis 37,36*) porque su mujer quería corromperlo (*Génesis 39,4*). Son el egipcio que quiso matar a Moisés, por lo que se convirtió en enemigo del Faraón y huyó a Madián (*Éxodo 2,11-15*) hasta que recibió de Dios permiso para volver junto a Faraón y salvar a sus hermanos (*Éxodo 3,7-10*). Son la levadura de los egipcios, de la cual Dios dijo a Moisés: "*No toméis la levadura de los egipcios; durante siete días comeréis ázimos, el octavo día es fiesta para el Señor Dios vuestro*" (*Éxodo 12,15s*), de modo que, una vez liberada de estas siete pasiones, el alma hace una fiesta para el Señor al ser salvada de la antigua maldad (*1 Corintios 5,8*) y tener confianza en Dios (*Gálatas 2,4; 1 Pedro 2,16*). Son las concupiscencias que ama el pueblo en el desierto al desdeñar el alimento espiritual. Volvieron sus corazones a Egipto deseando los puerros, los ajos y las cebollas (*Números 11,4-6*), y se convirtieron en extraños en la tierra de la promesa. Son la parte que amaron los hijos de Coré, cuando la tierra abrió su boca y se tragó a Datán y Abiram (*Números 26,9s*). Son los siete pueblos que heredaron la tierra prometida, a los que destruyó Josué hijo de Nun (*Deuteronomio 7,1; Josué 3,10, 24,1 l*). Son la doctrina que enseña Balaam a Baraq (*Números 24,10*), de modo que el pueblo comió lo sacrificado a los ídolos (*Números 25, 1 s*) y se hizo enemigo de Dios. Son el anatema que desobedeció

Akán (*Josué 7,1*) y pereció (*Josué 7,25*). Son la jactancia de los hijos de Elí y su abyecto corazón (*1 Samuel 2,12-17*) que causó la ruina de su casa (*1 Samuel 4,11*). Son Amalec, que destruyó a Saúl porque no guardó la anatema que le prescribió Samuel (*1 Samuel 15,1-23*). Son el reino que codiciaba Absalón cuando quiso matar a su padre (*2 Samuel 15*). Son las raposas que estropean las viñas (*Jueces 15,4s*). Son las moscas que pudren la preparación del aceite con su veneno (*Qohelet 10,1*). Son la maldición que ama Jeroboam y fue exterminado con su casa porque destruyó al pueblo, estando él mismo prisionero de las pasiones (*1 Reyes 14, 7-10*). Son la codicia de Acab y Jezabel, que mata a los santos (*1 Reyes 21,1-16*). Son los falsos profetas que enfrentaron a Elías, que si no los hubiera hecho perecer, la lluvia no descendería sobre el país (*1 Reyes 18,40-45*). Son la claudicación cuando Elías dijo: "*¿Hasta cuándo vais a estar cojeando de los dos pies?*" (*1 Reyes 18,21*). Son los leones que atrapan a la oveja y la matan (*1 Samuel 17,34*). Son las espinas de las que Isaías dice: "*Esperaba sus racimos y me dieron espinas*" (*Isaías 5,4*), son los pueblos que comerciaban con Tiro (*Ezequiel 27.1s*). Son la viña sobre la que llora Jeremías diciendo: "*¿Cómo te has cambiado en amargura, vid bastarda?*" (*Jeremías 2,21*). Son los asirios que amaron Oholá y Oholibá, con los cuales se prostituyeron (*Ezequiel 23,1-7*), hasta que les arrancaron la nariz y las orejas (*Ezequiel 23,25*). Son los caldeos que quemaron la casa del Señor (*2 Reyes 25,9*) y robaron los vasos del servicio (*2 Reyes 25.13-16*). Son la estatua de Nabucodonosor a la cual todos adoraban, salvo los que se habían preparado a morir (*Daniel 3*). Son la parte de los viejos con respecto a Susana, que fueron ejecutados a causa de su impiedad. Son la parte de Guejazí, cuando corrió tras Naamán y se volvió leproso junto con su descendencia (*2 Reyes 5,20-27*).

Todo esto tienen quienes amaron lo antinatural y se han vuelto ajenos a la vida eterna (*Efesios 4,18*). Amaron éste mundo (*1 Juan 2,15*) y buscaron sus voluntades carnales (*Efesios 2,3*); se volvieron ciegos para la luz de Dios (*Sabiduría 9,17; Efesios 4,18*) y se hicieron alimento de serpiente (*Ezequiel 29,3; Apocalipsis 12,3*), como está escrito: "*Comerás polvo siempre y caminarás sobre tu pecho y tu vientre*" (*Génesis 3,14*), pues cuando Adán comió, volvió a la tierra y fue expulsado de su honor ante Dios (*Romanos 1.23*), entonces fue dado como alimento a quien él obedeció. Pero nuestro Señor Jesucristo que ha dado la libertad a los suyos (*Gálatas 5,1*) y los ha llevado al paraíso con su venida, los arranca de la boca de la serpiente y les dice: "*Vosotros sois la sal de la tierra*" (*Mateo 5,13*), y también: "*Vosotros sois la luz del mundo*" (*Mateo 5,14*). Si la tierra se transforma y se vuelve sal alumbrará a todo hombre (*Juan 1,9*) como una luz. No rivalicemos con quienes se han vuelto violentos por la serpiente y se hicieron su alimento; sino rivalicemos más bien con los que han tomado la bondad de la sal y se volvieron luz inextinguible (*Sabiduría 7,10; Proverbios 31,18*) para todas las generaciones, porque se aligeraron de las pesadas cargas (*Jeremías 17,24*) y llevaron el peso ligero de las virtudes, el que les dio su maestro diciendo: "*Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón, y encontraréis*

*reposo para vuestras almas, pues mi yugo es suave y mi carga es ligera" (Mateo 11,29s). ¿Cuál es su carga si no está?: la pureza, la ausencia de cólera, la bondad, la dulzura, la alegría del Espíritu, la templanza frente a las pasiones, la caridad con todos, el discernimiento, la santa fe inquebrantable, soportar las tribulaciones, considerarse ajeno al mundo, desear salir del cuerpo y encontrarse con Dios (Filipenses 1,23); estas son las cargas ligeras. Hagamos lo posible, bienamados, por quitarnos las cargas pesadas y por llevar su carga ligera, pues no hará acepción de personas en el día del juicio (1 Pedro 1,17), cuando cada uno será reconocido por la carga que lleve sobre sí (Gálatas 6,5).*

Tal es el camino por el que van los santos, en el cual han soportado sus trabajos, hasta alcanzar la meta. Estas son las cosas que no pueden encontrar los hombres si no se han despojado del hombre viejo (Colosenses 3,9) para ser liberados y adquirir la caridad, la cual los deja sin preocupación alguna (1 Corintios 7,32). Es imposible que habite en nosotros la caridad mientras amemos cualquier cosa de este mundo, según está escrito: *"No podéis tener parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios, no podéis beber del cáliz del Señor y del cáliz de los demonios"*(1 Corintios 10,21). Isaías el profeta, dijo: *"¿Quién os anunciará el fuego que arde, quién os anunciará el lugar eterno?, sino quien camina en la justicia, que habla con rectitud, que odia el camino de la iniquidad y de la opresión, que sacude sus manos ante los regalos, que hace oídos sordos para no escuchar un juicio sanguinario y que cierra sus ojos para no ver la opresión"* (Isaías 33, 14s). También dijo: *"Aquél habitará en lo alto, en una gruta de roca sólida; se le dará su pan y tendrá segura el agua"* (Isaías 33,16). Pero una vez muerto lo antiguo, dijo: *"El rey, vosotros lo veréis desde ahora en su gloria, vuestros ojos verán la tierra desde lejos; vuestra alma meditará con temor"* (Isaías 33,17s).

En cuanto a los que han permanecido en su voluntad y buscan realizar sus pasiones, comienzan por el espíritu, pero incapaces de levantarse contra sus enemigos para destruirlos, acaban sucumbiendo por la carne (Gálatas 3,5), y hacen sus trabajos en vano (2 Pedro 1,8). Dios los amonesta por medio de Jeremías y les dice: *"Maldito sea quien haga las obras del Señor con negligencia y retiene su mano lejos de la sangre"*. Moab descansó después de su infancia, tenía confianza en su gloria; no se derramó de vaso en vaso ni partió a otra morada; por eso su salvador permanece en él y quien lo odia no permaneció. *"Vienen los días, dice el Señor, en los que enviaré decantadores que lo decanten. Sus vastas vaciarán y sus odres reventarán"* (Jeremías 48,10-12).

Mira: para todos los que vienen a servir al Señor y sirven a las pasiones, el Señor no saldrá, sino que los dejará en su voluntad y los entregará en la mano de quienes lo odian; en lugar del honor que pedían a los hombres, el oprobio es lo que tendrán a la vista de todos, porque no se alzaron contra sus enemigos para que Dios los humillara por ellos.

Como se dijo en el evangelio: *"Muchos me dirán aquél día: "Señor, Señor, ¿no hemos profetizado y hemos hecho muchos milagros en tu nombre?". Y entonces les declararé: "No os conozco" (Mateo 7,22s)*. Pues hacemos el trabajo, pero no lo cuidamos. Sí estamos en la celda en silencio, pero el hombre interior (*2 Corintios 4,16b*) camina en la impureza; hacemos los servicios pero la cautividad los lleva lejos de vosotros. Damos nuestro pan a los necesitados, el odio y el desprecio por nuestro hermano lo llevan lejos de nosotros. Ponemos a nuestro compañero en la mesa a causa de Dios, la mirada malvada y la parcimonia destruyen lo que hacemos. Todo esto nos sucede porque no permanecemos en la voluntad de Dios. El motivo por el cual les dice «no os conozco» es por que no habían luchado con ciencia, sino que habían dado palos al aire (*1 Corintios 9,26*). En efecto, cuando ha visto que la corona no estaba puesta sobre sus cabezas, les dice: *"No os conozco, porque no lleváis mi señal; apartaos lejos de mí" (Mateo 7,23)*.

Hagamos lo posible hermanos míos, por realizar nuestro trabajo, pidiendo la bondad de Dios que nos envíe su temor y sea protección que conserve nuestra labor, temiendo que al salir del cuerpo, seamos encontrados desnudos de las preciosas virtudes y nos atrape la serpiente. Pues nuestro Enemigo está lleno de ardides, es envidioso (*Sabiduría 2,24*), amargo, y su temor es grande sobre los suyos, por eso su aspecto es odioso y sin piedad (*Proverbios 17,11*) en su maldad, y combate en favor de los que buscan el mundo. Considerad a todos los santos: ellos se despojaron primero del mundo y de su alma (*Mateo 10,39*) antes de salir a combatirlo [AL ENEMIGO], y cuando el Señor lo humilla por ellos, entonces fue un fugitivo lejos de ellos. Cuando Daniel salió a luchar contra él, no encontró en éste nada suyo al ser cogido por los sátrapas de Babilonia, pues por el amor que tenía a Dios, los leones se le sometieron (*Daniel 6,24*), en efecto, le olfatearon y no encontraron en él el olor de aquel que come de lo que es contrario a la naturaleza. Los tres jóvenes santos tuvieron paz en medio del fuego porque estaban sin preocupación en el alma y en el cuerpo; y, por la caridad que se hallaba en ellos por Dios, el olor del humo no se encuentra en sus vestidos (*Daniel 3, 9,4*) y transformaron en dulzura la amenaza del rey, quien vio el combate que habían aceptado por Dios. Job acepta la lucha después de haber sido liberado de todas las cosas del mundo y hizo aparecer como fugitivo a quien se jactaba y decía: *"He recorrido lo que está bajo el cielo y toda la tierra, y heme aquí" (Job 1,7)*, luego estaba atado cerca de él, como un gorrión en la mano de un niño (*Job 40,29*).

Imploremos la bondad de Dios con diligencia de corazón, con lágrimas y mortificación, con un corazón que trabaja sometiéndonos a todo hombre por el Señor (*1 Pedro 2,13*), humillándonos ante nuestros hermanos al saber que son mejores que nosotros, no devolviendo el mal a nadie (*1 Pedro 3,9*), ni pensando mal de nadie en nuestro corazón (*1 Corintios 13,5*), sino siendo todo un sólo corazón ante los bienes de este mundo ni diciendo de nada: *"Esto es mío" (Hechos 4,32)*; estimando cada día dónde está nuestro espíritu, vigilando nuestra alma para que no piense en la impureza, privando nuestro cuerpo de la

saciedad (*Colosenses 2,23*) para que no nos reclame algo suyo. Para que así, estando el cuerpo sometido al alma y ésta sumisa al espíritu, se convierta en una novia limpia de toda mancha (*2 Corintios 11,2*), que llamará a su novio con seguridad y le dirá: *"Que el hijo de mi hermana baje a su jardín y coma del fruto de sus árboles (Cantar 4,16); ante las puertas están todos los árboles, los viejos y los nuevos; yo los guardé para el hijo de mi hermana" (Cantar 7,14)*. Él la llamará y dirá: *"Entra, entra, entra a mi jardín, mi hermana y mi novia; he recogido mi mirra y mis aromas" (Cantar 5,1)*; para que cuando tengamos esta seguridad ante Él, le oigamos decir: *Allí donde yo esté, quiero que estén también aquellos a quienes he amado, como tú, Padre mío, me has amado" (Juan 17, 24); tú estás en mí y yo en ellos (Juan 17,23)*. Pues la Trinidad Santa tiene poder para apiadarse de nosotros en el día del juicio. Sea glorificada por los siglos de los siglos. Amén.

## LOGOS 29

### Lamentaciones.

Desdicha para nosotros, voluptuosos y efímeros que, a causa de un deseo carnal pasajero e inicuo, no veremos la gloria del Señor. Desdicha para nosotros, porque lo corruptible no hereda lo incorruptible (1 Corintios 15,50) y, despreciando lo incorruptible, nos ligamos impetuosamente a lo corruptible.

Desdicha para nosotros, que alimentamos con pecados nuestra carne, destinada a descomponerse en gusanos y podredumbre, y no tenemos ni el fuego que debe torturarnos sin fin, ni el gusano que no descansa jamás (*cfr.* Isaías 66, 24). Desdicha para nosotros, pues los buenos cristianos saludan y abrazan nuestro cuerpo, manchado en las impurezas; somos "sepulcros blanqueados" (Mateo 23,27), hediendo a pecado mortal.

Desdicha para nosotros, que por intemperancia en el alimento y por molicie, acumulamos en nosotros la semilla genital, y somos así excitados hacia el comercio carnal de una manera inicua. Desdicha para nosotros, que nos disponemos a ser un refugio para los demonios en lugar de un receptáculo para Dios.

Desdicha para nosotros, que estamos llenos de benevolencia cuando se nos halaga, pero careceremos de esa virtud cuando se nos irrita. Desdicha para nosotros, que no discernimos lo corruptible de lo incorruptible y despreciamos la terrible justicia divina.

Desdicha para nosotros, que somos débiles para el bien, pero estamos llenos de celo y de entusiasmo para el mal. Desdicha para nosotros, que hemos preparado nuestro cuerpo para las tinieblas eternas, cuando estaba destinado a la eterna luz.

Desdicha para nosotros, pues aquél que llegó a ser el Hijo del Hombre y que, siendo consubstancial con Dios Padre, se encarnó por nosotros, no tiene en nosotros un lugar donde reposar su cabeza, mientras los zorros -- los espíritus malignos y engañosos-- cavan en nosotros sus madrigueras (*cfr.* Mateo 8,20).

Desdicha para nosotros, pues aquellos que tienen el corazón recto presentan al juez sus almas inmaculadas y sus cuerpos santos y sin mancha, mientras nosotros, que tenemos almas manchadas y cuerpos impuros, esperamos la sentencia del castigo eterno.

Desdicha para nosotros, que estamos llenos de ansiedad por los excesos y toda clase de impurezas, y reclamamos el honor debido a los santos. Desdicha para nosotros, pues aunque estamos condenados y cargados de muchos pecados, vivimos en medio de los santos y los inocentes cual si



fuéramos puros y libres. Desdicha para nosotros pues, aunque somos enteramente dignos de reprensión, reprendemos y corregimos a aquéllos que nos sobrepasan en mucho. Desdicha para nosotros, pues, aunque tenemos la viga en el ojo, censuramos con cólera las más ligeras faltas de nuestros hermanos como si fuéramos irreprochables (*cfr.* Mateo 7,3).

Desdicha para nosotros, que cargamos sobre los demás fardos pesados e insoportables, pero nos negamos a tocarlos nosotros mismos, alegando un cuerpo más frágil (*cf.* Mateo 23, 4). Desdicha para nosotros, que no agradecemos a Dios lo que nos da y que, olvidando las desdichas, las penas y pruebas pasadas, no nos mostramos dignos ante el Dios bienhechor por la ayuda y la gracia obtenidas.

Desdicha para nosotros, que amamos lo que es malo y que a causa de esto soportamos con pena lo que es bueno. Desdicha para nosotros, que buscamos las consideraciones y los cuidados corporales bajo el pretexto de que estamos agotados por una gran ascesis, cuando deberíamos hacer penitencia bajo el cilicio y la ceniza, a pan y agua, entre lágrimas y gemidos.

Desdicha para nosotros, que abandonamos la divina observancia monástica y tenemos la temeridad de enseñar a los demás la práctica de la virtud. Desdicha para nosotros, que, olvidando nuestros pecados pasados, no tenemos ni inquietud ni lágrimas por aquellos que acabamos de cometer.

Desdicha para nosotros, que, después de haber comenzado bien mediante el socorro y la gracia de Dios, ahora nos hemos convertido en carnales (*cfr.* *Gálatas 3,3*). Desdicha para nosotros, que estamos de tal manera sumergidos en los pensamientos impuros que nos preguntamos si hemos cometido pecados a los que no hemos prestado atención.

Desdicha para nosotros, que, cuando comemos y bebemos, no reflexionamos sobre la guerra que nuestra glotonería producirá en nosotros. Desdicha para nosotros, que no sabemos cuán grandes somos por la dignidad de nuestra alma inmortal, y que, por causa de los placeres, estimamos más carne que es inferior a ella. Desdicha para nosotros, pues la piedad se reduce en nosotros a la palabra y al hábito. Desdicha para nosotros, que, abandonando la meditación de las oraciones y la lectura divina, perdemos nuestros días en distracciones y charlatanerías.

Desdicha para nosotros, pues, en el momento en que los demonios excitan en nosotros recuerdos impuros, nos encuentran bien preparados para adecuar a ellos nuestros pensamientos. Desdicha para nosotros, pues nuestros corazones están tan endurecidos que, a menudo, cuando buscamos alcanzar la compunción y las lágrimas, no sabemos qué hacer en el exceso de nuestra despreocupación y nuestra indolencia.

Desdicha para nuestra alma, pues, mientras Dios ha dicho "*El alma que haya pecado, esa morirá*" (*Éxodo 18, 4*), *aunque ella peca siempre, nosotros*

*no nos preocupamos jamás.* Desdicha para nosotros, que, por la saciedad y la malicia, excitamos nuestro cuerpo inclinado al pecado, a los deseos impuros y a los malos pensamientos, que por nuestros ojos recibimos en nuestros corazones las huellas del Malvado, que al contacto de los cuerpos nos convertimos en sementales en celo (*Jeremías 5,8*) y que no tenemos cuidado ni respeto a nuestra dignidad espiritual ni al castigo eterno. Desdicha para la decadencia voluntaria del alma, pues desdeña la vida celestial por la ambición malvada de las cosas pasajeras, y se convierte en asociada de los demonios impuros por su carne indisciplinada.

Desdicha para nosotros, que, por no negarnos a nosotros mismos, somos atacados por las pasiones domésticas. Desdicha para nosotros, que gemimos mucho y nos afligimos por las enfermedades y dolores de nuestra carne, y sufrimos de insensibilidad ante las heridas y las penas que afligen el alma.

Desdicha para nosotros, pues la autoridad del alma está completamente sometida a su sirviente, la carne; lo peor comanda a lo mejor y la única voluntad de ambas es no servir a Dios, su creador. Desdicha para nosotros, pues los pensamientos malos e impuros hacen rejuvenecer nuestros pecados. Dios se aleja y los espíritus impuros sobrevienen. Desdicha para nosotros, que, en nuestra locura y nuestra sinrazón, amamos y reivindicamos las alabanzas debidas a los santos, pero no sus obras y su conducta.

Desdicha para nosotros, que, en la práctica de los mandamientos de Dios, no tenemos ni el temor de los esclavos, ni el celo y la buena disposición de los mercenarios, ni el amor de los hijos. Desdicha para nosotros, que no rehusamos decir todo y hacer todo para complacer a los hombres, y que desdeñamos totalmente lo que es justo. Desdicha para nosotros, que pecamos por vergüenza ante los hombres sin tener en cuenta para nada la vergüenza eterna.

Desdicha para nosotros, que no reconocemos haber nacido de padres pobres y oscuros, y que, habiendo hecho profesión de amar por Dios la pobreza y la humildad, ambicionamos ser asimilados a los ricos y a los grandes. Desdicha para nosotros, que practicábamos la abstinencia en el mundo por pobreza y, ahora que somos llamados a ella por vocación, tenemos gran cuidado de saciar nuestro vientre y dar reposo a nuestra carne.

Desdicha para nosotros, pues, mientras los ángeles acampan alrededor de aquéllos que temen a Dios (*cf. Salmos 33,8*) y los demonios alrededor de aquellos que no lo temen y transgreden sus mandamientos, nosotros nos alistamos en el campo de los demonios. Desdicha para nosotros, pues nuestros ojos, que permanecen secos aquí abajo, deberán soportar el tormento de las lágrimas ardientes y amargas en el fuego, la lamentación y los sufrimientos inextinguibles.

Desdicha para nosotros, que abandonamos la divina observancia monástica y tenemos la temeridad de enseñar a los demás la práctica de la

virtud. Desdicha para nosotros, que, olvidando nuestros pecados pasados, no tenemos ni inquietud ni lágrimas por aquellos que acabamos de cometer.

Desdicha para nosotros, que, después de haber comenzado bien mediante el socorro y la gracia de Dios, ahora nos hemos convertido en carnales (*cfr. Gálatas 3,3*). Desdicha para nosotros, que estamos de tal manera sumergidos en los pensamientos impuros que nos preguntamos si hemos cometido pecados a los que no hemos prestado atención.

Desdicha para nosotros, que, cuando comemos y bebemos, no reflexionamos sobre la guerra que nuestra glotonería producirá en nosotros. Desdicha para nosotros, que no sabemos cuán grandes somos por la dignidad de nuestra alma inmortal, y que, por causa de los placeres, estimamos más carne que es inferior a ella. Desdicha para nosotros, pues la piedad se reduce en nosotros a la palabra y al hábito. Desdicha para nosotros, que, abandonando la meditación de las oraciones y la lectura divina, perdemos nuestros días en distracciones y charlatanerías.

Desdicha para nosotros, pues, en el momento en que los demonios excitan en nosotros recuerdos impuros, nos encuentran bien preparados para adecuar a ellos nuestros pensamientos. Desdicha para nosotros, pues nuestros corazones están tan endurecidos que, a menudo, cuando buscamos alcanzar la compunción y las lágrimas, no sabemos qué hacer en el exceso de nuestra despreocupación y nuestra indolencia.

Desdicha para nuestra alma, pues, mientras Dios ha dicho "*El alma que haya pecado, esa morirá*" (*Éxodo 18, 4*), *aunque ella peca siempre, nosotros no nos preocupamos jamás*. Desdicha para nosotros, que, por la saciedad y la malicia, excitamos nuestro cuerpo inclinado al pecado, a los deseos impuros y a los malos pensamientos, que por nuestros *ojos* recibimos en nuestros corazones las huellas del Malvado, que al contacto de los cuerpos nos convertimos en sementales en celo (*Jeremías 5,8*) y que no tenemos cuidado ni respeto a nuestra dignidad espiritual ni al castigo eterno. Desdicha para la decadencia voluntaria del alma, pues desdeña la vida celestial por la ambición malvada de las cosas pasajeras, y se convierte en asociada de los demonios impuros por su carne indisciplinada.

Desdicha para nosotros, que, por no negarnos a nosotros mismos, somos atacados por las pasiones domésticas. Desdicha para nosotros, que gemimos mucho y nos afligimos por las enfermedades y dolores de nuestra carne, y sufrimos de insensibilidad ante las heridas y las penas que afligen el alma.

Desdicha para nosotros, pues la autoridad del alma está completamente sometida a su sirviente, la carne; lo peor comanda a lo mejor y la única voluntad de ambas es no servir a Dios, su creador. Desdicha para nosotros, pues los pensamientos malos e impuros hacen rejuvenecer nuestros pecados. Dios se aleja y los espíritus impuros sobrevienen. Desdicha para nosotros, que, en nuestra locura y nuestra sinrazón, amamos y reivindicamos las alabanzas debidas a los santos, pero no sus obras y su conducta.

Desdicha para nosotros, que, en la práctica de los mandamientos de Dios, no tenemos ni el temor de los esclavos, ni el celo y la buena disposición de los mercenarios, ni el amor de los hijos. Desdicha para nosotros, que no rehusamos decir todo y hacer todo para complacer a los hombres, y que desdeñamos totalmente lo que es justo. Desdicha para nosotros, que pecamos por vergüenza ante los hombres sin tener en cuenta para nada la vergüenza eterna.

Desdicha para nosotros, que no reconocemos haber nacido de padres pobres y oscuros, y que, habiendo hecho profesión de amar por Dios la pobreza y la humildad, ambicionamos ser asimilados a los ricos y a los grandes. Desdicha para nosotros, que practicábamos la abstinencia en el mundo por pobreza y, ahora que somos llamados a ella por vocación, tenemos gran cuidado de saciar nuestro vientre y dar reposo a nuestra carne.

Desdicha para nosotros, pues, mientras los ángeles acampan alrededor de aquéllos que temen a Dios (*cf. Salmos 33,8*) y los demonios alrededor de aquellos que no lo temen y transgreden sus mandamientos, nosotros nos alistamos en el campo de los demonios. Desdicha para nosotros, pues nuestros ojos, que permanecen secos aquí abajo, deberán soportar el tormento de las lágrimas ardientes y amargas en el fuego, la lamentación y los sufrimientos inextinguibles.

Desdicha para nosotros, que nos empeñamos en complacer a los ricos y poderosos que encontramos, separándonos de los pobres que se acercan a nosotros suplicándonos, como si fuera importunos. Desdicha para nosotros, que no actuamos según nuestro deber hacia cada uno de los hombres, sino que nos determinamos según nuestro buen parecer.

Desdicha para nosotros, que definimos, juzgamos y enseñamos lo que es justo y nos mantenemos totalmente alejados de la práctica del bien. Desdicha para nosotros, que limpiamos cuidadosamente la tierra de espinas, cardos y plantas que arruinan los frutos y no limpiamos con cuidado nuestras almas, por el temor de Dios, de pensamientos malos e impuros que arruinan las santas virtudes.

Desdicha para nosotros, que, aunque deberemos abandonar la tierra donde residimos, consagramos mucho tiempo a la atención de los asuntos terrenales y perecederos, sabiendo que no tendremos ningún poder sobre ellos en el momento de nuestra inevitable partida de aquí abajo. Desdicha para nosotros, que rendiremos cuenta al terrible juez de todo acto de nuestra vida terrestre, de toda palabra vana, de todo mal pensamiento impuro y de la menor preocupación y que no nos inquietamos por nuestras almas como si debiéramos pasar todo el tiempo de nuestra vida en la despreocupación.

Desdicha para nosotros, ciertamente, a causa de las impiedades e iniquidades que hemos cometido pero también a causa de nuestro desprecio y de nuestra incredulidad respecto de las promesas de Dios. Desdicha para nosotros, que nos complacemos como insensatos en la corrupción, y que

teniendo la posibilidad de participar en la incorruptibilidad por una vida conforme al Evangelio, nos entretenemos por amor a las cosas terrestres ligados a la corrupción y extraños a la incorruptibilidad eterna. Desdicha para nosotros, que hemos preferido la corrupción maldita a la incorruptibilidad.

Desdicha para nosotros, que pudiendo vencer toda voluptuosidad, por complacencia hacia nosotros mismos, hemos preferido ser vencidos por las pasiones. Desdicha para nosotros, que no utilizamos experiencias ni discernimiento en nuestras palabras, nuestros pensamientos y nuestros actos, pero que, como los animales sin razón, seguimos lo que no es más agradable o más atrayente. Desdicha para nosotros, pues, mientras el Dios Altísimo se ha manifestado a nosotros para destruir las obras del diablo, nosotros todavía estamos ligados a él (*cfr. 1 Juan 3,8*). Desdicha para nosotros, que enrojecemos y tememos pecar delante de los hombres y no temblamos ni tememos mientras cometemos impiedades y pecados bajo los ojos de Aquél que ve las cosas más ocultas.

Desdicha para nosotros, que no sazonamos nuestra palabras con la sal divina (*cfr. Colosenses 4,6*) sino que continuamente proferimos palabras inútiles e irrespetuosas hacia el prójimo. Desdicha para nosotros, que tenemos con los hombres conversaciones llenas de adulación, de engaño e hipocresía y no tememos ser condenados por ello.

Desdicha para nosotros, pues el sueño y acidia permiten al demonio despojar nuestros corazones de la compunción. Desdicha para nosotros, que hemos renunciado al mundo, pero sobrepasamos a los mundanos en nuestros vicios. Desdicha para nosotros, pues, mientras que tenemos gran necesidad de ser educados e instruidos, corregimos los pecadillos de otros.

Desdicha para nosotros, si el Señor, que nos prueba sobre la tierra nos ve llegar al juicio sin que nos hayamos enmendado. Desdicha para nosotros, que no tenemos en cuenta lo que hay en nuestro vientre y por eso somos vencidos por la voluptuosidad y el orgullo. Desdicha para nosotros, pues, mientras manchamos sin cesar nuestras manchas con pensamientos impuros queremos ser considerados como santos y honrados.

Desdicha para nosotros, que, muy ocupados con cosas vanas, olvidamos la lucha contra el diablo. Desdicha para nosotros, que aquí pecamos desvergonzadamente, pues allá abajo seremos recibidos por el fuego inextinguible de la *gehenna*, por las tinieblas exteriores, por el gusano que no descansa jamás, por el llanto y el rechinar de dientes (*cfr. Isaías 66,24; Mateo 25,30*) y la vergüenza eterna ante toda la creación, superior e inferior.

Desdicha para nuestra alma impenitente y privada de discernimiento, pues en la resurrección de los muertos se lamentará, gemirá y no sabrá qué hacer con su cuerpo pecador, envuelta en lágrimas y crujido de dientes (*cfr. Mateo 25,30*) a causa de las torturas agudas, amargas y dolorosas del fuego eterno.

Desdicha para nosotros que, por egoísmo, no amamos ni a Dios ni al prójimo, y por ello hemos caído en poder de todas las pasiones, de los deseos desordenados y del orgullo diabólico. Desdicha para nosotros, en quienes no predominan el temor y el amor de Dios: por eso estamos tan lejos del Cristo que nos ama.

Desdicha para nosotros, pues, aunque se nos ha dado mucho tiempo para hacer penitencia, esperamos que se nos arranque como a la higuera estéril, que agotaba la tierra (*cf. Lucas 13,7*). Desdicha para nosotros, que, en nuestro exilio pasajero, amamos los placeres malditos sin recordar las delicias del corazón, desdeñando incluso el Reino de los Cielos.

Desdicha para nosotros, que, semejantes a las vírgenes imprudentes por nuestra dureza, no compramos aquí abajo el aceite que alimenta las lámparas, por medio de beneficios al prójimo (*cf. Mateo 25,8-9*). Desdicha para nosotros, que dirigimos día y noche oraciones a Dios, diciendo "*¡Señor, Señor!*" sin hacer lo que Él nos ordena (*cf. Mateo 7,21*).

¡Desdicha para aquél que escribió estas lamentaciones! Yo soy víctima de todo lo que he descrito, y no tengo el menor suspiro de lamentación. Desdicha para aquél que se aflige por los demás y se priva de hacerlo por sí mismo.

Desdicha para nosotros, que no sentimos vergüenza mientras los reproches de nuestra conciencia nos acusan y testimonian sin cesar contra nosotros, y que no tememos el tribunal de Dios a pesar de los castigos que merecen nuestros actos. Desdicha para nosotros, que, a pesar del hedor de nuestras acciones, nos regocijamos con las alabanzas de los hombres.

Desdicha para nosotros, pues la ilusión, la distracción y el olvido, quitan el temor de Dios de nuestros corazones. Desdicha para nosotros, pues nuestro celo por las cosas vanas vuelve nuestra inteligencia estéril y obtusa.

Desdicha para nosotros, pues, mientras la paciencia de Dios nos soporta sin hacernos parecer por nuestros actos, no nos apresuramos por llegar a ser mejores. Desdicha para nosotros, que ahora no recordamos nuestros pecados, pues cuando nuestra alma se despoje de su cuerpo, veremos, con doloroso y amargo arrepentimiento, todas las faltas cometidas en palabras, en pensamientos y en actos, escritos y grabados en el recuerdo de nuestro espíritu. Desdicha para nosotros, que, a pesar de la afirmación del Apóstol: "*Aquél que come el pan y bebe la copa del Señor indignamente, come y bebe su propia condena, pues no discierne el Cuerpo del Señor*" (*1 Corintios 11, 27,29*), nos acercamos a los terribles y temibles misterios de Dios llenos de impurezas, concediéndonos nosotros mismos el perdón por las faltas cometidas en imaginaciones nocturnas y pensamientos impuros. En efecto, ¿a cuántas penas para su cuerpo, a cuántas enfermedades para su alma se expone aquél que se acerca a Dios sin tener los pensamientos limpios, los ojos sin mancha, y purificados los impulsos de su alma y de su cuerpo?

Desdicha para mí, que escribo esto llorando amargamente, pero que no he comenzado aún la obra de la penitencia. Desdicha para mí, que digo la verdad pero no hago el bien. Desdicha para mí, que alabo el bien y realizo el mal. Desdicha para aquéllos que pecan en la voluptuosidad, pues un fin amargo les espera, y una vergüenza eterna.

Desdicha para aquéllos que se entristecen sin ningún beneficio, pues se han privado de la tristeza que es útil para la penitencia. Desdicha para los ofensores y los coléricos, pues se separan de la bienaventurada caridad. Desdicha para los envidiosos y los celosos, pues se hacen extraños y hostiles a la bondad y a la benevolencia de Dios. Desdicha para aquellos que buscan complacer a los hombres, pues no pueden complacer a Dios. Desdicha para aquéllos que hacen acepción de personas, pues se han separado de la verdad de Dios.

Desdicha para los orgullosos, pues ellos pertenecen al lote del Diablo renegado. Desdicha para aquéllos que no temen a Dios, pues por ese hecho se verán envueltos en numerosos pecados y serán flagelados, aquí y allá abajo.

Desdicha para nosotros, que, soportando la picadura y la mordida de pulgas, liendres, piojos, moscas, mosquitos y abejas, no nos procuramos ni ayuda ni refugio contra la boca del dragón que nos muerde y nos traga como si estuviéramos reducidos a papilla y nos inyecta con sus dardos en veneno mortal.

Desdicha para nosotros, pues el Diablo nos agota en placeres, penas, obligaciones, y toda clase de engaños de este mundo; sin embargo, nosotros no queremos detener nuestros males.

Desdicha para nosotros, pues mientras la apostasía triunfa desde hace muchos años y se rechaza cada vez más la fe ortodoxa, no lloramos, no tenemos el corazón apenado y no nos abstenemos de nuestras pasiones cotidianas, sino que agregamos pecado sobre pecado, para recibir juntos en la gehenna el amargo y eterno castigo por nuestros malos actos y nuestra incredulidad.

Desdicha para nosotros, ante estas lamentaciones, pues, mientras llegamos al fin del mundo, lejos de arrepentirnos y llorar sobre las faltas de nuestra juventud, durante nuestra vejez agregamos a ellas errores grandes e insoportables, y pecados más intolerables.

Desdicha para nosotros, que no sólo no tenemos vergüenza por los intolerables sufrimientos de nuestro cuerpo y sus diferentes enfermedades, sino que, además, lo fortificamos y alimentamos en el pecado, con menosprecio y con gran intemperancia, dejándolo manchado.

Desdicha para nosotros, que debemos pasar a través de un fuego más agitado que las olas del mar "a fin de que cada uno de nosotros reciba lo que ha hecho mientras estaba en su cuerpo, sea en bien, sea en mal" (2 Corintios 5,10).

Desdicha para nosotros, que no pensamos en esa hoguera oscura e inmaterial, ni en los llantos amargos ni el rechinar de dientes de allá abajo (cfr.

Mateo 25,30); en efecto, Dios quitará a la llama su luz, y dará en reparto a los impíos y a los pecados la quemadura y la oscuridad del fuego.

Desdichado de mí, alma miserable, pues "yo experimento la tristeza y un dolor incesante en mi corazón" (Romanos 9,2). En efecto, llorando sobre mí, yo diría que el mal ha alterado la conciencia, lo corruptible ha vencido lo incorruptible, la mentira ha ocultado la verdad, la muerte ha triunfado sobre la vida, lo terrestre, perecedero y efímero ha reemplazado lo celeste, incorruptible y eterno; lo que es abominable y digno de odio me ha parecido más dulce y más amable que el verdadero amor de Cristo y la santidad; el error, habiendo expulsado la verdad de mi alma, ha cambiado la alegría por la tristeza; yo he elegido la vergüenza y el deshonor en lugar de la seguridad y las alabanzas; he preferido la amargura a la dulzura, he amado a la tierra y su polvo más que al Cielo y a su Reino; las tinieblas del enemigo que odia el bien han venido a mí corazón y han borrado de mi inteligencia la luz de la ciencia. ¡Desdichado de mí! ¿Cuáles son las asechanzas del diablo que me han aprisionado, me han trastornado y me han hecho precipitar desde semejante altura? Yo he sido quebrado en plena carrera y mis sudores han corrido en vano. ¿Quién no se lamentará sobre mí, quién no llorará amargamente sobre mí, que he sido quebrantado por esfuerzos inútiles y que he naufragado cerca del puerto? ¡Tened piedad de mí, tened piedad de mí, oh amigos! (Job 19,21), y suplicad con insistencia a mi buen y generoso maestro Jesús, a fin de que, tocado de compasión, disipe de mi inteligencia la oscuridad espantosa que en ella produjo el Diablo, enemigo del bien.

No hay sufrimiento más grande que el mío, no hay herida comparable a la mía, ni dolor como el de mi corazón, pues mis iniquidades sobrepasan mi cabeza (Salmos 37,5), mis heridas no han sido producidas por la espada, ni mis muertos han muerto en el combate (Isaías 22,2). Los dardos inflamados del enemigo se han clavado en mí (Proverbios 37,3) y han cegado mi hombre interior; me hundo en el cieno que no tiene fondo (Salmos 68,3), el temor que yo esperaba me ha llegado (Job 3,25) y la sombra de la muerte me ha cubierto (Salmos 43,20).

¡Desdichado de mí! Mi alma mira y contempla el presente efímero, que pasará dentro de poco con amargura y dolor, y el futuro espantoso. Considera, oh alma, los bienes y las esperanzas de que te hayas desprendido y los castigos que pronto recibirás, como heredero sin sucesor y sin consolador. Antes de que la luz se extinga por encima de tu cabeza, toma la delantera, adelántate, prostérnate, ora y suplica al dispensador de la luz inmortal que te aparte de la llama devoradora y de las sombrías tinieblas, pues Él tiene el poder de perdonar los pecados y otorgar los bienes a los que, como nosotros, somos indignos de su misericordia; pues Él es la gloria y el poder en los siglos de los siglos. Amén.



## LOGOS 30

### Palabras de los Ancianos, recogidas por el mismo.

Hermanos, lo que yo he escuchado y visto entre los Ancianos, os lo relato sin suprimir ni agregar nada (cfr. *Deuteronomio 12,32*).

#### Poimén y sus hermanos: condiciones de la convivencia pacífica

*El abba Juan me ha dicho: "Cuando los Maziques llegaron por primera vez a Escete y la devastaron, abba Anoub, abba Poimén y otros cinco --en total siete hermanos nacidos de la misma madre y todos ellos monjes-- partieron de allí y llegaron a un sitio llamado Terenouthis, en el cual, después de haberlo examinado, decidieron permanecer".*

Habiendo encontrado allí un antiguo templo, se detuvieron en él algunos días. El anciano *abba Anoub* dijo entonces a Poimén: *"Que tú y tus hermanos me hagan esta caridad: que cada uno viva aparte, en el recogimiento. No nos encontraremos unos a otros esta semana"*. El *abba Poimén* le dijo: *"Haremos como tú quieras"*. Y así lo hicieron. Había en el lugar una gran estatua de piedra y, cada mañana, el anciano *abba Anoub* se levantaba y maltrataba el rostro de la estatua. En cambio, cada tarde, él le pedía: *"¡Perdóname!"*. Y actuando siempre de ese modo, terminó la semana.

El sábado se reunieron nuevamente, y Poimén, dirigiéndose a Anoub, le dijo: *"Yo te he visto esta semana, abba, maltratar el rostro de la estatua y hacerle metanía. [METANÍA: INCLINACIÓN PROFUNDA ACOMPAÑADA DE UNA SEÑAL DE LA CRUZ Y DE LA ORACIÓN: "SEÑOR, TEN PIEDAD DE MI, QUE SOY PECADOR"]*, *¿Un hombre fiel actúa así?"*. Respondió el Anciano: *"Eso lo he hecho por vuestra causa. Cuando me habéis visto maltratar el rostro de la estatua, ¿caso ella habló o se irritó?"*. "No", respondió Poimén. *"Y cuando le hice una metanía, ¿se turbó o dijo: Yo no te perdono?"*. "No", dijo Poimén. *"Pues bien, he aquí que somos siete hermanos. Si queréis que permanezcamos juntos, seamos como esa estatua: ya sea que se la injurie o se la glorifique, ella no se turba. Pero si no queréis llegar a ser así, hay cuatro puertas en este templo: ¡que cada uno se vaya donde quiera!"* Entonces ellos se arrojaron por tierra e hicieron una metanía al *abba Anoub* diciendo: *"Como tú quieras, Padre, así actuaremos, y escucharemos lo que nos digas"*. Y el *abba Poimén* contó más tarde *"Permanecemos juntos todo el tiempo, actuando según las palabras del Anciano: establecimos a uno de nosotros como ecónomo y todo lo que él disponía para nosotros sobre la mesa, lo comíamos! No era posible que alguno dijera: "¡Tráenos otra cosa!", o bien: "Yo no quiero comer esto"*. Ellos pasaron todo su tiempo en la paz y murieron en una hermosa ancianidad. En cuanto a mí, comparto su opinión y construyo sobre la palabra de los Ancianos: *sí el hombre no llega a ser como la estatua, no puede cohabitar con su prójimo"*.

## Condición de la visita del Espíritu Santo

El abba Panucio me ha dicho: *"Mientras vivieron Anoub y Poimén, yo los visitaba dos veces por mes; mi celda estaba a una distancia de doce millas aproximadamente, y yo acudía a ellos y los interrogaba sobre todo pensamiento. Y ellos me decían: "En el lugar que habites, no seas estimado, y tendrás el reposo. Pues cuando la Sulamita recibió a Elíseo, ella no tenía tratos con varón (cfr. 2 Reyes 4,14-17). Ahora bien, se dice que la Sulamita es el alma y Elíseo el Espíritu de Dios. En efecto, cuando el alma se eleva por encima de la distracción, el Espíritu la visita; entonces ella, que era estéril, puede engendrar"*.

## Conversaciones entre monjes

El abba Amoun me ha relatado: *"Yo dije al Anciano Poimén: Si voy a la celda de un hermano, o si él viene a la mía por necesidad, tememos hablar uno con el otro, por temor a que una conversación extraña surja entre nosotros.*

*"Hacéis bien -respondió el Anciano- pues la juventud necesita vigilancia". Yo le pregunté: ¿Cómo, entonces, hablan los Ancianos? Y él me respondió: "Los Ancianos han trascendido la vigilancia. Además, ellos no encuentran en sí mismos nada extraño para decir". Yo le pregunté, además: Si es necesario hablar con el hermano ¿hablaré de la Escritura o de las palabras de los Ancianos? "Si tú no puedes recogerte en el silencio --me contestó-- es mejor que hables de las palabras de los Ancianos antes que de las Escrituras, pues hablar de la Escritura es peligroso".*

## Vigilancia y duelo

Yo dije a Pedro, el discípulo del abba Lot: ¿Qué haré? Cuando estoy ya solo en el recogimiento, mi corazón está en paz; pero si un hermano me visita y me cuenta palabras de las gentes de afuera, turba mi corazón. Y el respondió, citando lo que decía Lot: *"Es tu llave la que abre mi puerta"*. Yo le pregunté: ¿Qué significan esas palabras? El respondió: *"Si el hermano viene a tu celda, tú le dices: ¿Cómo te va? ¿De dónde vienes? ¿Cómo andan los hermanos? ¿Ellos te recibieron, o no? ¿Has escuchado alguna cosa que haya sucedido en este tiempo? Entonces tú abres la puerta de tu hermano y escuchas lo que no quieres. Entonces yo le dije: ¿Qué haré, pues, Padre, si un hermano me visita? "El duelo es vigilancia perfecta -dijo el Anciano--: allí donde no hay duelo, no puede haber vigilancia". Pero yo objeté: Sí estoy en mi celda el duelo está en mí; sin embargo, cuando alguien me visita o salgo por necesidad, no lo encuentro. "Es porque tú no estás todavía sometido --me dio el Anciano--, sino que lo finges; sin embargo, si tú realizas la sumisión, él permanecerá contigo". Yo le pregunté entonces: ¿Qué es la sumisión Padre? Y el Anciano contestó: "Es no entristecer tu conciencia y obligarte a suprimir tu voluntad en todo. Entonces Dios tiene compasión de ti y te la otorga. De ese modo,*

*terminará tus días en el reposo. Así está escrito en efecto, en el (Deuteronomio 15,1217): "Si tu hermano hebreo te ha sido vendido, él te servirá seis años y el séptimo año lo liberarás de tu casa. Si le das una mujer, de modo que tenga hijos en tu casa y él no quiere irse por causa de la mujer y los hijos, tomarás un punzón y le perforarás la oreja sobre tu puerta, y él será tu doméstico para siempre". Yo le pregunté: ¿Qué significan estas palabras? El dijo: "Si un hombre cumple con el trabajo que requiere adquirir una cosa a toda hora que la necesita la encontrará a su disposición". Yo le dije: Explicame bien. Y el respondió: "Si alguien toma hijos, en adopción, ellos no permanecen con él, pero los que él engendra, esos no pueden huir y abandonarlo".*

### **Del abad Agatón: evitar la familiaridad**

Una vez cuando yo estaba sentado en la celda de Abraham, discípulo de Agatón, un hermano vino a decirle: *"Padre, quiero quedarme con los hermanos. Dime pues, ¿cómo debo permanecer con ellos?"*. El Anciano le respondió: *"Conserva tu estado de extranjero todos los días de tu vida para evitar la familiaridad"*.

En efecto, mi Padre, él Abba Agatón, permaneció una vez en Tebaida con un hermano llamado Macario y pasó todo el tiempo en su compañía como si fuera un recién llegado y, cuando el hermano Macario le preguntó: *"Hermano Agatón, ¿por qué te conducen como un extraño, luchando contra ti mismo para no tener familiaridad conmigo?, el Abba Agatón le respondió: "¡Es necesario! Pues con los extraños, quiéralo o no, me es imposible tener familiaridad, pero contigo es necesario que me cuide de la familiaridad."* ¿Qué es, pues la familiaridad?", le dijo Macario. Y el Anciano contestó: *"La familiaridad es como un fuerte viento ardiente: si sopla todos huyen, pues él destruye hasta el fruto de los árboles"*. El Abba Macario le dijo: *"¿Es tan mala la familiaridad?"*. Agatón respondió: *"No hay pasión más, fuerte que la familiaridad. Es ella, en efecto, la que engendra los males. Es necesario que el trabajador no tenga familiaridad, ni siquiera con la soledad de su celda"*.

### **Delicadeza de conciencia del abad Agatón**

Abraham contó que el Abba Agatón decía: *"Es necesario que el monje viva deforma tal que su conciencia no pueda acusarlo de nada"*. Había con nosotros otro hermano llamado Martirios. El encontró sobre el camino un poco de salitre, caído de los camellos que pasaban hacia Terenouthis descendiendo desde Escete, y lo llevó a la celda. Cuando Agatón lo vio, su corazón se emocionó grandemente y le dijo: *"Si quieres permanecer conmigo toma eso y llévalo donde lo encontraste --el lugar estaba a doce millas--, pues no es sabiduría para el monje tomar lo que él no ha dejado; y para él, lo que no es sabiduría es pecado. En efecto, aún cuando tenga mucho afecto por alguien, si me doy cuenta de que me lleva al pecado, me separo de él"*. Pero el hermano le dijo: *"¿Qué historia por este pequeño trozo de salitre! ¿Acaso es un pecado?"*. "Sí --

le contestó Agatón--, *todo fraude es falta y pecado*". Y no cedió hasta que el hermano llevó el trozo de salitre hasta el sitio que lo había hallado. Como vemos, él cuidaba incluso las más pequeñas cosas.

### **Muerte del abad Agatón**

El decía: *"Es necesario que, sin cesar, el hombre preste atención al juicio de Dios"*. En el momento de su muerte, pasó tres días con los ojos abiertos, sin moverse. Los hermanos lo sacudieron, diciendo: *"Abba Agatón, ¿dónde estás?"*, y él respondió: *"¡Estoy ante el tribunal de Dios!"*. Ellos preguntaron: *"¿Tienes miedo?"*. El contestó: *"Hasta este momento he hecho lo posible por guardar los mandamientos pero soy un hombre ¿cómo saber si mi obra complace a Dios?"*. Los hermanos le dijeron: *"¿No tienes confianza en que tu obra sea de Dios?"*. *"Yo no me fío de mi mismo antes de haber encontrado a Dios. Pues uno es el juicio de Dios y otro el de los hombres"*. Los hermanos querían hacerle otras preguntas, pero él los detuvo: *"Hacedme la caridad de no decir nada, pues no tengo tiempo"*. Y de ese modo terminó su vida en la alegría: despidiéndose de los hermanos como alguien que saluda a sus amigos.

### **Del abad Agatón: vigilancia y trabajo corporal**

El tenía una gran vigilancia en todo, y afirmaba que, sin ella, el hombre no puede progresar en ninguna de las virtudes, una vez, un hermano le preguntó: *"¿Qué es más grande, el trabajo corporal o la vigilancia?"*. Él respondió en estos términos: *"El hombre es semejante al árbol: los trabajos corporales son las hojas, la vigilancia el fruto. Si el asceta no tiene vigilancia, es como el sicómoro que, visto de lejos, es frondoso, pero cuando uno se aproxima a él no encuentra ningún fruto, lo considera seco y estéril"*.

### **Del abad Agatón: el trabajo de la oración**

En otra oportunidad los hermanos le interrogaron: *"Abba Agatón, entre todas las prácticas ¿cuál es la que exige más esfuerzo?"*. Él respondió: *"Perdóname, yo estimo que no hay trabajo comparable al de orar a Dios. Cuando el hombre quiere orar, es distraído por los demonios; ellos saben bien, en efecto, que nada tiene tanto poder para rechazarlos como la oración. En toda práctica en la cual el hombre se aplica y en la que persevera, encuentra el reposo, pero cuando él se entrega a la oración, los demonios luchan para ponerle obstáculos hasta su último suspiro"*.

### **Retrato del abad Agatón**

El *abba* Agatón era naturalmente sabio en cuanto al espíritu, y sin pereza en cuanto al cuerpo, bastándose a sí mismo en todo, en su trabajo manual, su alimento y su vestimenta. El hábito que llevaba no se podía considerar ni muy hermoso ni muy vil. Iba por sí mismo a vender el trabajo de nuestras manos y lo

cedía al comprador en la paz. El precio de un tamiz eran cien piezas y el de una canasta de doscientos cincuenta. Decía el precio al que quería hacer la compra y tomaba en silencio lo que le daba, sin contarle jamás. Decía, en efecto, con discernimiento y sabiduría, *"¿De qué sirve regatear con el comprador y pecar por un juramento, sólo por obtener algunos sueldos más que daré a los pobres? ¡Dios no querrá de mí esas limosnas si yo debo hacer pecar a un hombre para conseguirlas!".* Y si uno de los hermanos le preguntaba: *"¿De dónde vendrá el pan a la celda?"*, el le replicaba: *"¿Cuál es el pan para el hombre que vive retirado en la celda y se basta a sí mismo?"*.

Cuando él debía comprar una túnica, un manto o un utensilio, daba vueltas por el mercado y si veía que una viuda necesitada tenía el objeto que él buscaba, le decía: *"¿A cuánto vendes esto?"*. Y lo que ella pedía, lo daba si lo tenía, pero si no lo tenía, le decía: *"Perdóname"*, y la dejaba. Sus ojos eran fieles con él y no se extraviaba. Decía a menudo con libertad: *"Que yo sepa, jamás introduje a través de mis ojos una cautividad de pensamiento en mi celda"*. No estaba turbado haciendo su trabajo manual ni se ataba a él cuando se presentaba la necesidad de cumplir el mandato del Señor. Se sentaba para trabajar hasta la novena hora, pero si llegaba la hora de su oficio \_y le faltaba un poco para terminar, lo dejaba para el día siguiente y se entregaba a su oficio.

Si en la celda faltaba algún objeto lo compraba; pero si un hermano enfermo le decía: *"¿Te has ido al mercado, Abba Agatón, y yo no lo sabía! Yo quería que me compraras algo"*, y lo que deseaba era lo que él había comprado, se lo daba. Y si el hermano Martirios objetaba: *"¡Nosotros también lo necesitamos!"*, el Abba Agatón le respondía: *"Yo lo compré para la celda sin necesitarlo todavía, pues tenemos otros objetos semejantes, pero para el hermano es ahora imprescindible"*. A menudo nos decía: *"No adquiriréis jamás un objeto que, si un hermano os lo pide para su uso, lamentéis dárselo"*.

Permanecía sin turbación en sus sentidos, y si alguien le decía una palabra mordaz, callaba y no le respondía, fingiendo que no había escuchado. Pero si nosotros le preguntábamos: *"¿No has escuchado lo que te dijo ese hermano?"*, el contestaba: *"¡Si!", la palabra que él me dijo, mirando la he visto en mí: esa es mi falta y yo soy culpable"*. Entonces nosotros le decíamos: *"¿Por qué no le has hecho una metanía?"*. Y él nos respondía: *"Porque no quería herir su conciencia"*. El era pacífico con todos, y todos los hermanos lo amaban e imitaban su manera de vivir.

He aquí lo que relató el Abba Abraham, que vivió con él. Por lo tanto, hermanos, si nosotros amamos nuestra vida, imitemos a quienes han complacido a Dios y marchemos sobre sus huellas, pues ellos han encontrado el buen camino.

### **El abad Sisoos**

Un hermano digno de fe me contó: Nosotros éramos siete anacoretas y fuimos a ver al *abba* Sisoos, que habitaba en la isla de Clisma, para pedirle que

nos dijera una palabra. Pero él dijo: *"Perdonadme, soy un hombre inculto. Pero una vez fui a visitar al abba Or y al abba Atre. El abba Or estaba enfermo desde hacía dieciocho años, y yo le hice una metanía para que dijera una palabra. El abba Or me dijo: "¿Qué puedo decirte? Ve y haz lo que vieres: Dios pertenece al ambicioso, al que se hace violencia en todo" (cfr. Mateo 11,12). Abba Or y abba Atre no tenían el mismo origen, pero hubo entre ellos gran paz hasta que abandonaron su cuerpo. Grande, en efecto, era la obediencia de abba Atre y profunda la humildad del abba Or. Yo pasaba algunos días con ellos, siguiéndolos paso a paso, y vi la gran maravilla operada por abba Atre. Le habían llevado un pequeño pescado; él quería hacerlo cocinar para el abba Or y, cuando había empuñado el cuchillo para cortar el pescado, el abba Or lo llamó, diciendo: "¡Aire, Atre!". El abba Atre, dejó el cuchillo sobre el pescado y no lo cortó. Yo admiraba esta obediencia, pues él no había dicho: "¡Ten paciencia hasta que corte el pescado!". Pregunté entonces al abba Atre: "¿Dónde has encontrado esa gran obediencia?". "No es mi obediencia, me contestó, es la obediencia del Anciano". Luego hizo que lo acompañara diciendo: "¡Ven, mira su obediencia!". Hizo cocinar un poco de pescado y lo estropeó voluntariamente; lo presentó al Anciano, que lo comió sin decir una palabra. Le preguntó: "¿Está bueno, Anciano?". "Muy bueno", le respondió. Después de esto, Atre trajo un poco de pescado que estaba muy bueno, y le dijo: "Yo lo he estropeado. Anciano". "Sí, le contestó, tú lo has estropeado un poco". Y el abba Atre me dijo: "¿Ves tú la obediencia del Anciano?". Cuando salí de esa casa hice lo posible para guardar lo que había visto". He aquí lo que dijo a los hermanos el abba Sisoés.*

Entonces, uno de nosotros le rogó diciendo: *"Por caridad, dinos tú mismo también una palabra". Y él dijo: "Aquel que mantiene la no estima de sí mismo con ciencia, cumple totalmente la Escritura". Otro de nosotros lo interrogó una vez más: "Padre, ¿qué es el estado de extranjero?". Y él dijo: "Cállate, y di respecto de todo: "¿Qué soy? Yo no tengo ningún asunto", y no te mezcles para nada en ninguna cosa de las gentes del lugar donde habitas. Ese es el estado de extranjero". He aquí lo que me dijo el hermano que lo había escuchado del abba Sisoés.*

## CONCLUSIÓN

Luchemos, pues, nosotros también, bienamados, construyendo sobre el fundamento que los Padres han colocado, con el recuerdo de aquello que hemos visto y escuchado, por temor a despreciarlo, a fin de que no se convierta para nosotros en juicio y acusación. Si lo cumplimos según nuestras fuerzas, la misericordia nos alcanzará, con todos los santos que han complacido a Dios, pues la gloria y el honor le pertenecen, en los siglos de los siglos. Amen.